

ANTONIO B. MASSIOTI

TIERRA Y CIELO

ESTUDIO SOCIAL BONAERENSE



BUENOS AIRES

FELIX LAJOUANE, EDITOR

meiant
1889-

Imprenta de M. BIEDMA, Bolivar 535 (nuevo)



NOCHES DE COLON

SOFÍA

Lluvia y viento interminables.

El invierno de 1880 se despide con el temporal más displicente de la estación. Desde la noche anterior la lluvia no ha cesado un solo instante; desmenúzase á ratos en chispas finísimas que cabrillean por los aires acabando en cerrazon pardusca, despejada luego por cadentes goteras—semejando inmensa redeci-

Illa alargada de cordones diáfanos—que se estiran, se acortan y desploman, con la oblicuidad que les comunica la brisa pronunciada del nordeste; una de esas ráfagas precoces de aproximación equinoccial, tibia y persistente como de primavera deslucida, pero que reseca la piel, embota el cerebro, provoca el spleen y derrama la bilis hasta rebosar en humor de perros: malestar que acrece callejeando á cuerpo gentil, sufriendo los rudos sinsabores de baño incongruente ú obligado á las rápidas evoluciones del continuo lunanquear del paraguas, ora á medio cerrar, ora enristrado, efectuando las cabriolas más risibles por las encrucijadas llenas de vehículos; mientras la implacable ventolera muge en los miradores y campanarios ó se humaniza con antojos plañideros, al interceptar los hilos telefónicos esmaltados de goteras transparentes, que aparecen como collares de vueltas múltiples, ó á guisa de diademas cristalinas ciñendo el fróntis de los majestuosos edificios.

Hacia el bajo de la calle de Piedad, allá por el declive que se avecina con la estación central, repecha garbosamente, enfardelado en luengo waterproof de seda color plomo, calado el sombrero mitrista con dejo especial de gachería provocativa, chocando de tiempo en tiempo las piedras con la contera del paraguas

recogido—el joven Tulio Argüelles, oriundo de la provincia de Entre-ríos y alumno sobresaliente de la Universidad de Córdoba. Se presenta por segunda vez en Buenos Aires, ávido de experimentar las emociones consiguientes á un teatro amplio, anhelando fama, posicion, halagos sociales, quizá riquezas—todo aquello que puede estimular un corazón de veinticinco años, servido por sangre generosa, apuntalado por un organismo fuerte y regido por una cabeza no mal repleta de conocimientos útiles. Secunda sus propósitos, regular roce social y una figura aceptable.

—«Mal día para una entrada en poblado ageno» esclama para su capote: Pero desecha bien pronto vanos temores, porque un joven á su edad, no hace caudal de augurios pavorosos, máxime cuando el conocimiento de las ciencias, le ha acostumbrado á mirar las pueriles supercherías del vulgo como inconciliables con inteligencias engalanadas por ideales superiores. Semejantes turpideces de la ignorancia no encuentran cabida en su animosidad voluntariosa; así, pues, asciende con entera despreocupacion la primera pendiente de su arribo á la capital de la patria.

Síguelo de cerca en la travesía ascensional el cachazudo mozo que lleva á la grupa el equipaje;—pobre cosa en verdad, pues

todo se reduce á una maleta de poco bulto, un cajon de muy escasas dimensiones y dos ó tres chirimbolos más de embalaje indeterminado. Penetra en el hotel de la Paix, se le aloja en el aposento número 46, se expone su nombre y apellido en el tablillero del zaguan, y desde aquel instante el Sr. Tulio Argüelles entra á formar parte de los habitantes del municipio de la capital, con ánimo de permanecer por tiempo indeterminado.

La noche presenta el mismo cariz de la anterior: los flamígeros relámpagos iluminan periódicamente un cielo cubierto de nubes estriadas. La ciudad momentaneamente tranquila al toque de oraciones, se agita con nuevo estrépito á la hora de dar comienzo á las representaciones teatrales. El mundo elegante entra en accion: el ruido de los carruajes y el choque vibrante de las herraduras de los trotones sobre el adoquinado húmedo, se hace cada vez mas frecuente. Colon funciona esa noche con *Hugonotes*, tomando parte en la interpretacion, tres grandes celebridades líricas: Tamagno, la Borghi y la Schalchi Lolli. Por aquella época nadie se resignaba á perder la audicion de la gran partitura de Meyerbeer. De ahí que la boletería se viera desde temprano encajada en tropel, aglomerada de solicitantes ruidosos. A las ocho y media, los coches no

se dan tregua en parar á la puerta principal; una fila interminable dobla por las calles adyacentes, y que no da acceso á los tramways repletos de cazueleras. Las damas del gran tono bonaerense, ataviadas como para una noche de baile, encucuruchadas en sus abrigos de armiño—descienden rápidamente de sus carruajes tocando apenas con sus zapatos de raso blanco las piedras de la acera y la escalinata de mármol del vestíbulo. Ya en el interior del pórtico, se sacuden como cisnes, y luego penetran acompañadas de sus maridos, de sus papás ó de sus primillos rígidos, al gran recinto de operaciones del bello sexo. Los sombreros se repiten, altos, acentuados, prepotentes, mientras dura el lujoso desfile; hasta que el portero da golpes de puño al maderámen de la puerta, indicando que ha dado comienzo la partitura. Entonces la doble fila de dandys, que montaban la guardia de honor, se dispersa entrando unos y tomando otros en dirección á la calle.

Una sala luciente, casi radiosa—exhibiendo como de intento, el conjunto entonado de la alta sociedad porteña. En la triple fila de palcos, las consabidas, con sus vaporosos trajes de soirée: una primavera esplendente de matices, excepcional alboroto de colorido; vestidos blancos, vestidos rosa, vestidos lila, adorna-

dos de encajes y cintas y flores; chispeando la luz dispersa al refractarse en las facetas clibadas de los nítidos diamantes, perdidos entre los pétalos de las flores de artificio, entre las hojas de guirnaldas que cuelgan á lo largo de las cabelleras blondas, entremezclados coquetuelamente á los penachos de multicoloreado plumaje, ó escurriéndose por la carne mórbida del nacimiento de un seno nacarado—donde la luz irisada parece arrebolarse los contornos voluptuosos, titilantes y fugaces de aquel sagrario adorable de la belleza femenina, que toda mujer coqueta ó no, prefiere dejar adivinar antes que ver—pero que siempre exhibe al desden, con cierto aire de beatitud, remarcada é indefinible mezcla de candor ruborositad y picardía.

En la platea, mezcolanza atrabiliaria: damas proscriptas de los palcos para dar asiento espectral á vejestorios tiesos con el bigote ebánificado y el cabello resembruno, ó á chuchumecos peli-rubios emperejilados con la percha de las grandes solemnidades.

Sombreros colosales y penachos más colosales aún, recubiertos de gasas y flores, matizando con sus colorines pronunciados, aquel mar de cabezas acicaladas, y «donde la indiscreta promiscuidad de los teatros, coloca la reservada y púdica sonrisa de la muger ho

nesta al lado de los ojos encendidos por el kohl, de los labios pintados al bermellon de la que no lo es». En seguida, la crema del foro, de la diplomacia, del alto comercio, de la banca, de la Bolsa y del falso mundo literario; todas las sumidades de la fortuna: introductores de mercancías con su airecillo calado de corredores de frutos del país, críticos de amplia calva ó prolongada crencha partida de mano maestra, sentados en actitud desdeñosa, apoltronados con encogimiento sesgado, mirando desairadamente á las artistas como juez que se preocupa en no dejarse imponer por la mímica suplicante ó las miradas pedigüeñas de la dama joven. Leguleyos que atacan ó defienden un actor en estilo forense, aplicando desastrosamente la terminología del código, y poniendo de paso al corriente á sus adláteres de cuanta banalidad brota de sus cascos á la gineta: médicos, diputados y pulperos en trajes de bautizar; gordos unos hasta rebozar en la butaca, perfumados á trévol algunos, tiesos los menos, comentaristas incómodos la mayoría.

Allá arriba, en la cazuela, el conjunto habitual de las noches de gran complet: alguna que otra dama de corte, alguna que otra niña de origen conocido; — despues, la menudencia diversificada de barrio: al lado de la señorona de dudosa residencia, que deja traslucir bajo

el albayalde y colorete, el no sé que de la mujer galante, la tendera que asiste á Colon la vispera de su natalicio en compañía de toda la recua de maricuelas, que riñen de entrada por los asientos alegando derechos adquiridos, que buscan camorra despues de sentadas á las que vienen detrás porque las aprietan, que llevan horquillas punzantes para agujijonear á escelentes madres de familia, y que arman finalmente.



Flechador

chistosos caramillos de repercusion paradisiaca, hasta obligar la presencia del «periforme» comisario de policia ; al lado de la diletante de alto copete, empingorotada como para festividad de carnestolendas, con el rostro ahilado y el seno fané — la marisavidilla de apostura beatífica y mirada ignifluente. Más arriba, la variedad antojadiza de hombres de diversa profesion, condicion y catadura.

A la mitad del primer acto, apareció en la

puerta principal de entrada el jóven provinciano. Observó la sala, pero se abstuvo de entrar.

Para vosotros, porteños de raza, que habeis nacido bajo cortinas de brocato y berinchado en cunas recamadas de oro, sin experimentar de entónces otros dolores, que los causados por los pellizcos de vuestras hurañas nodrizas, una entrada semejante hubiera sido la cosa más natural del mundo; al contrario, la habriais fraguado con demoras insidiosas por el café de allado. Pero para nuestro novicio, que no gozaba ni con mucho de los beneficios arrogantes de esa frialdad inconmovible de los pánfilos, una aparicion tan á des-tiempo iba revestida de los efectos de mayúscula exhibicion escénica: se le hubiera figurado que todas las miradas se detenian á analizar los rasgos de su fisonomía y hasta los detalles de su emperchado — y á la verdad, que no fiaba mucho en los resultados favorables del análisis. Por eso aguardó el momento bullicioso del entreacto, en que las miradas se distraían por distintas direcciones para decidirse entónces á ocupar su asiento de platea.

Rato hacia que se deleitaba en la contemplacion de los palcos, admirándolo todo con la ingenuidad de su carácter, en cierto modo selvático, cuando uno de los asistentes vecinos,

esclamó dirigiéndose al que ocupaba la butaca más próxima á la suya.

—Observo que tienes razones una muger divina! posee exhuberancia de nervios, fuego en los ojos...y?...

—Ps!,,,

Seguía una retahíla de maledicencia social: «ella, una mujer originalísima—indudablemente caprichosa; él un alma cándida, educado en una escuela de indiferentismo rúdo; frío por temperamento, apegado á sus negocios, fiel á sus compromisos; que consideraba el matrimonio como una operacion realizada sin vuelta de hoja»... «De ella, no se hablaba nada concreto; pero un hombre que se animara á acometer tal empresa, tratándose de una mujer fogosa, sin hijos...provista de un marido, que ni de encargo, campechano...con quien se podía entrar en relaciones comerciales y pasar á las privadas»... «Convengamos en que cuando menos es un caso sospechoso... «Ya se hablaba de»... «Y además con salvar las apariencias... vaya uno á saber»...!

Así como había escuchado la conversacion, Tulio se interesó en seguir la visual de los comentaristas filósofos no tardando en descubrir que las miradas insistían sobre un matrimonio que ocupaba sitial preferente.

Grande fué su sorpresa, cuando descubrió

en el porte magestuoso de la dama insinuada, á una antigua conocida suya.

En uno de sus anteriores regresos á la Concepcion del Uruguay, seis años no cumplidos de la fecha, había tratado incidentalmente á la Sta. Sofia Lara, hija de un acaudalado estanciero del Norte de Entre-rios, educada en uno de los colegios más mentados de Buenos Aires, é hija única, mimada por ende de su padre que la quería con locura. Durante la citada travesía la proximidad de un asiento en el comedor de pasajeros, hizo que Tulio trabara relacion con Sofia.

Era esta una muchacha encantadora, bien apesar de su frivolidad inveterada. Despues de pasar cuatro años soterrada en un colegio de especulacion educacionista, se volvía á su provincia con cierto barniz de instruccion mediocre: tocaba el piano, sabía algo de gramática, menos de historia, poco de geografía, casi nada de religion, escribía mal y bordaba detestablemente; pero en cambio se sentaba con dñosura, caminaba con cierto garbo, y era maestra en el arte de «decir» con la sonrisa y mucho más con la mirada de sus dos grandes ojos castaños, de suyo decidores y elocuentes.

Dotada de un temperamento nervioso, ágil en sus movimientos como garza brasileña,

vivaz y dotada de imaginacion bulliciosa, era entonces Sofía un preámbulo de felicidad que bien podía elevarse á cuerpo de doctrina, sin perjuicio de un rápido exámen de conciencia. Buscaba á hurtadillas, como la mayoría de las niñas que adivinan los goces de la pubertad, la idealizacion de su kaleidoscopio amoroso, en la fácil lectura de los romances ingeniosos, había releído las aventuras de *Don Juan Tenorio* y se sabía de memoria párrafos enteros de la *María* de Jorge Isac, los que repetía en las dulces horas de inspiracion pasagera. Una niña en tales disposiciones de espíritu, en viaje fluvial, es siempre una bendicion del cielo.

Tulio tendría entonces diez y nueve años; era un jovenzuelo de rostro seráfico, pálido y algo demacrado por las continuas vigiliass de la vida estudiantil, ojos brillantes y boca expresiva apenas sombreada por ligero bozo. Algo tímido mientras no entraba en confianza, hacíaase luego decidor y bullicioso. Ella le miró al principio con indiferencia, luego con curiosidad, y más tarde cuando el jóven cesó de ruborizarse y de hacer y decir tonterias, disertando sobre un tema de historia argentina con la vivacidad que sigue á los momentos del café, lo observó con más atencion, y concluyó por parecerle como á su papá, «un jó-

ven muy aprovechado y de mucho porvenir». Ella era entusiasta por las referencias legendarias y Tulio había disertado a propósito de la batalla de Maipo.

Terminada la comida, los pasajeros subieron á la cubierta á gozar de las deliciosas brisas de una noche de verano, en que la «bella mensajera» escintilaba sobre las aguas rumorosas, «ondulando apenas en plácido abandono por las riberas bordeadas de malezas y bosquecillos de concavidades misteriosas».

Mientras los viejos se agrupaban en los asientos de una banda de popa, á departir sobre el estado de los campos y de los ganados, los amagos de seca, el cruzamiento y la selección de las razas, la ventaja de los alambrados y la muerte de las revoluciones, nuestra juvenil pareja se entregaba á las expansiones, avivadas por el grato consonar de sus corazones al unísono. Cubileteaban con las frases de répercusion embriagadora—ya que no ardorosa, como los niños juegan al lado del brasero con los desperdicios del arte pirótecnico al día siguiente de una noche de fuegos de artificio. ¡Ni el más mínimo temor á las quemaduras imprevistas!

—Yo amo, decía Tulio con énfasis que juraría no encerrar nada de fingido—amo en una noche como esta, bogando en plena calma á la luz

plateada de la luna que trasforma esos matorrales en ántros misteriosos—la santa inspiracion que siento bullir aquí, en mi cerebro ardiente, y que provoca los goces más puros de mi corazon y de mi vida!..

Ella hubiera deseado entonces, haber aprendido á frasear en el colegio, para retribuir con la espresion más altilocuente de su palabra el estado desentimentalismo especial, indómito



que la embargaba. Pero como á «corazon ladino lengua no ayuda», veíase limitada á contestar con alguna que otra puerilidad—muchas veces agena al asunto de la conversacion.

Felizmente el diálogo se fué deslizando insensiblemente al terreno de las apreciaciones y de las confidencias personales. Existe en los corazones juveniles el deseo de preferir á todos los asuntos, en el terreno de las intimidades, el de los hechos que se relacionan con su vida propia: de ahí que los enamorados comiencen ó acaben por referirse su pasado. Sin

atribuir á Tulio que lo estuviera en debida forma, aunque se hallen comprobados los casos de amor fulminante, acariciaba el lujo de ahondar en el corazon de una mujer hermosa, joven y expansiva.

Á los diez y nueve años nadie negará que aquello era un hallazgo.

Empezó él por narrar su vida en los cláustros universitarios: las rencillas con sus conolegas, las que exageró en importancia; las privaciones de la vida estudiantil, pocos teatros menos bailes; los anhelos de terminar su carrera pronto para disfrutar más de lleno los goces de la vida, y sobretodo, hallarse en situacion de querer libremente á una mujer capaz de complementar el elevado concepto que el tenía, de un amor grande, verdadero, idílico!....

Con mucho menos, su estimable conocida de instantes próximos, tenía de sobra para compadecer aquella cabeza de poeta, melancólicamente iluminada por un rayo de luna que atravesaba la toldilla de popa.

Le habló á su vez, por simpatía de causa quizás, de sus padecimientos: huerfana de madre cuando aun no contaba seis años, pasó á manos de una tia, muy buena, muy piadosa, toda una santa, pero que amaba entrañablemente á sus hijas y se preocupaba poco de de la su

querida hermana. Luego, la vida de colegio la directora, un modelo de sabiduría, dotada de una erudición magistral, por lo pronto filósofa, muy versada en asuntos de pedagogía yanke, especialista en ciencias naturales, extremadamente ducha en literatura, tenía al dedillo las matemáticas y era un concordante en asuntos musicales. Además, correcta, buena, equitativa, pues no hacía ninguna clase de distinciones con sus pupilas, medio el más discreto de no querer realmente á ninguna.

Las «ingenuidades» de Sofía la llevaron á confesar que aun cuando la directora era extremadamente enciclopédica, sus discípulas terminaban por ser sobrado ignorantes, y eso que en los exámenes de fin de año, rara era la niña que no obtenía la nota de sobresaliente, con mención especial de la mesa examinadora, compuesta por los profesores y profesoras del establecimiento.

Hacía dos años que había salido del colegio para volver á la casa de su amada tia que no cesaba de proponerle «buenos partidos», para que «tomara estado».

—Pero qué quiere Vd. agregó al fin, hasta la fecha ninguno de mis cortejantes más asiduos ha sido capaz de hacerse sentir debidamente aquí....—é indicó su corazón acompañando la mímica de cierto mohín indefinible.

Tulio hubiera deseado penetrar hondo en el peligroso arcano del tema propuesto, y por de pronto estuvo tentado de «largar prenda»; un «quien fuera feliz, que pudiera...» etc.; pero el papá



de Sofía optó por invitar á su hija á que tomara posesion de su camarote.

Despidiéronse padre é hija del jóven viajero, quedando el recinto de popa sin más circunstancias que un señor que alegaba no acostarse porque «se mareaba horriblemente», y el estu-

dian­te desvelado por las emociones de la con­ver­sa­cion reciente. Por largo rato siguió impa­si­ble, ob­ser­van­do la ámplia es­te­la del buque sobre las aguas del Uruguay y acariciando la dicha inesperada de su encuentro lisonjero. Indudablemente Sofía era un tipo encantador, lo que no impedía que su bondadoso papá fuera un importuno.

El día siguiente al romper el alba, despertóse á los pasajeros comunicándoles el arribo del buque á la Concepcion del Uruguay.

Poco antes de llegar, una alborada esplendente. Sobre ambas márgenes del río, arboledas ubérrimas, animadas por el variado concierto de las aves canoras, y allá lejos, los resplandores igneos que preceden á la aparición de un sol de estío. Momentos despues el vapor llegó á su fondeadero, aproximándose los botes al costado de estribor. No tardó Tulio en ver á su amiga arre­bujada en un chal liviano. Sirvióla galantemente de apoyo en todas las faenas de trasbordo y desembarco, conduciéndola del brazo por los ríscosos desperfectos de la costa entre­rriana. Ella estaba pálida, lo que atribuía á no haber dormido á causa del molesto golpeteo de la máquina: él á su vez no había pegado los ojos por idénticas razones. ¡Eran tan barulleras las máquinas de aquel tiempo!

Despues de una despedida algo más tierna de

lo establecido por las reglas de la etiqueta, los jóvenes se separaron haciéndose mútuas promesas de recordar la velada trascurrida.

Tulio, que tenía imperiosamente que marcharse, por haber experimentado su señor padre grave recaída de antiguas dolencias, prometió volver al Uruguay, á visitar á sus compañeros de viaje, dentro de una semana á más tardar.



Pero al llegar á la casa paterna se encontró de manos á boca, con los lamentos de su familia acongojada: el autor de su vida había exhalado el último suspiro dos dias antes. Los cuidados de los dolientes, las tribulaciones de su espiritu en trance tan amargo agravados por la enfermedad de su adorada madre, todo reunido, hizo que Tulio pensara lo menos posible en las gratas impre-

siones de la travesía, y menos en dar fiel cumplimiento á la promesa de agasajar á sus amigos en la Concepcion del Uruguay. Para colmo de desgracias, el estado de su señora madre se reagravó más cada día, y despues de cuatro meses de luchas y cuidados asiduos, la pobre señora espiró en momentos en que su hijo se dirijía al Paraná en demanda de las luces de un facultativo, el más afamado de la provincia, el Dr. Prix, que trataba á sus enfermos por el sistema hidroterápico—habiendo muerto á no pocos.

Nuevas tribulaciones y mayores desconciertos en la familia: los menores huérfanos, los intrincados asuntos de la testamentaría, las cartas á los ausentes, la incertidumbre general. Demás parecerá decir, que Tulio, por aquella fecha, despues de tantos y tan cruentos dolores, no conservaba sino un vago recuerdo de su viaje á bordo del Jupiter.

Trascurridos tres años de lo que dejamos espuesto, residiendo Tulio en el Rosario, tuvo conocimiento del matrimonio de Sofía con un personaje de alta prosapia. Segun se supo despues, la boda se había realizado cediendo á los consejos é indicaciones de la excelente tía, que esclamaba diariamente «que á Sofita no se le presentaría en ninguna otra vuelta mejor partido». Con efecto, su pretendiente el Señor

Ramon Zamora, era un hombre de estirpe; su padre había sido rico, poderoso como él, su madre millonaria, y como decía la tuitriz de Sofía ¡«qué más para hacer la felicidad de una muchacha como ella!»

—Se empeñan en que me case, exclamó un día la solicitada, en su cuarto de hora raveliano, —pues bien, me caso!

Y como era el asunto más natural del mundo se arregló todo lo concerniente á los desposorios. Ella recibió conjuntamente con las felicitaciones de encargo, los valiosos obsequios de la parentela suya y de su marido. Vistió la noche de bodas un riquísimo traje enviado espresamente de Paris. Hubo gran fiesta en la casa de sus venerables suegros, que veían en la juventud de su nuera la reafirmacion y prosecucion de su estirpe. El viejo soñó la misma noche del casamiento, con un nietecito rubicundo; el novio la hizo un regalo que costaba quinientos mil pesos de la antigua moneda; pero el baile sobre todo hizo época en los «anales de la sociedad bonaerense». Empero, justo es declarar, que estas y otras halagadoras finezas del Sr. Zamora, no pudieron lograr que Sofía experimentara otra afeccion que la del más tranquilo respeto por el que pasaba á ser el compañero de toda su vida «Eso sí, seré tu esposa, pero no tu esclava»,

manifestó, sin reticencias á su novio la víspera del casamiento

Y hétélos ahí, en plena sala de Colon; él con su cara de día de pascuas, y ella, deslumbradora de belleza.

Al terminar el espectáculo, nuestro provinciano se colocó entre los corrillos, para ver y ser visto por su antigua conocida. Sofia pasó por su lado, rozandolo con la orla de su riquísimo tapado, y andando con la garbosidad abasalladora, que dá á las mujeres casadas la conviccion de la belleza invulnerable.

¿Lo vió, lo desconoció ó no lo vió siquiera?



En la Exposicion Continental

Es dia de fiesta, y todo el mundo afluye al local de la Exposicion. Gente y más gente, repartida en grupos por las inmensas crugias, atestadas de maquinarias, de escaparates, de colecciones mineralógicas, de curiosidades etnográficas. Utensilios diversos, desde el arado

que abre los surcos para fecundar la mies, hasta los aparatos más perfeccionados de elaborar el pan de cada día.

Lujosísimos mostruarios. Las modistas como Mme. Vigneaux, entonces en boga, y Mme. Carrau su infatigable competidora, exponen las habilidades de sus pasmosas tijeras de corte audaz; vestidos de brocato de un gusto delicadísimo y un precio más delicado aún; ajuares completos de novia, trajes de baile con profusion de encajes y blondas de valor inestimable. Objetos de ebanistería tallados artísticamente: juegos de comedor, de dormitorio, de sala; ampulosos cortinados damasquinos, poltronas tapizadas de valiosas sederías, lechos matrimoniales con resortes escondidos que hacen que los elásticos bailen solos.

Maravillas de quincallería; obras de cincel. valiosos aderezos é infinidad de menudencias del confort bonaerense.

Más allá, en los pesebres, enfilados, límpios y cómodos, como los que Calígula hiciera edificar á su pro-consul, ejemplâres de animales de raza; toros como elefantes, caballos capaces de disputar el premio del Derby, carneros Negrette, Lincoln, Rambillet; avestruces africanos y ñandúes del país; gamas, vicuñas y guanacos; diversidades de gallináceas y aves de vistosas plumas cazadas en los agres-

tes desfiladeros de los Andes ó en las selvas vírgenes del Chaco, desde el cóndor de majestuoso vuelo hasta el colibrí de plumaje pintoresco que anida en los bambúes.

Por otro lado, hortalizas y cereales; uvas como ciruelas enviadas de las provincias del vino; maderas del Chaco, vistosos mármoles, cuarzo-amatistas, agatas preciosas, relucientes cornalinas, todo en fin lo que un pueblo jóven puede exhibir, en cuanto á riquezas naturales, á industrias á cultura general.

En medio de todo aquel gaudeamus, el continuo curiosear de la jente apiñada, nerviosa, pispoletera, que se codea y se abalanza en oleadas á los sitios donde la atencion se halla más solicitada, de consuno por una estraña bagatela, una maquinilla de hacer café, un aserrador de huesos y metales, ó un simple perorador de mercancías averiadas. Verdad que las manifestaciones artísticas no tuvieron en la Exposicion Continental sino alguno que otro representante digno, aunque antiquísimo. En lo demás, chafarriones y nada más que chafarriones; lienzos de principiantes menos modestos que atrevidos, esculturas que daban grima y zoquetes de alfarería elevados al rango de terra-cotas.

De ahí que el salon de pinturas y demás «creaciones» del genio fuera el menos concurrido

y eso que las fotografías de mujeres bellas ofrecían su aliciente seductor; pero nadie se demora en copias fieles cuando puede admirar originales fidelísimos. Por eso el recinto de cuadros se veía poco ó nada frecuentado: alguno que otro curioso de cuanto había, alguna que otra pareja volante de las que prefieren la soledad misteriosa y el silencio de los sitios apartados, para dar ámplio vuelo á su inspiracion y ventilar sin peligro de falsos testimonios el estado de sus corazones en perfecto desbarajuste.

Desde temprano Tulio vagaba sin rumbo, de sala en sala, observando la mayoría de los objetos en exhibicion, sin detenerse fijamente en ninguno; algo aturdido por el ruido general de la reunion, ese ruido indefinible de las turbas en pleno jolgorio, zumbido de mangangaes alternado de carcajadas morrudas ó aflautadas, maremagnum de gritos de chicuelos que se áporrean, y andar crujiente de botines sonadores, barullo inmenso, mezclado, informe, casi sordo, pero que apaga hasta los acordes de las bandas de música que deleitan los oidos de un nutrido círculo de personajes tiesos y graves, que de tiempo en tiempo se remolinean, reempujan y comprimen, allá por el patio de la Exposicion ó por las estrecheces del salon de conciertos.

Hacia rato que nuestro provinciano había dejado de mirar los objetos, ahito de impresiones inanimadas. Ahora se especializaba con las figuras correctas de damas y caballeros: los mohines caprichosos y variados de las caritas angélicas; la mirada flébil del galan desafortunado; la astucia carialegre de la matrona zarandeada, que expone al través de muchos tules, blondas y granadinas, las ruborositades ebúrneas de su temperamento fustigado por las múltiples primaveras de la vida.

Tulio buscaba en medio de tanta cara estraña el rostro luminoso de Sofia; aquellas facciones sin tacha, que él había admirado por primera vez á la luz de la luna navegando sobre las correntosas aguas del Uruguay. Y no era que formulara un problema de amor criminal, sobre aquel fantaseo caliente de una noche de verano, fugáz como bólide que va á hundirse en las profundidades de la tierra. Especialmente á bordo de un buque que habilita toda clase de conocimientos, soñando despierto, pero soñando al fin con expansiones de verdadero sentimentalismo.

Era el fútil deseo de persuadir su vanidad de hombre, cara á cara de la mujer que había experimentado el fuego de su palabra y compenetrado en lo profundo de su corazon y de su vida: él siempre había creído en los

recuerdos perennes, esas impresiones fatales que el tiempo no remueve y que viven en el lámpo de nuestra imaginacion, enclavadas é imborrables como las luminarias del cielo. En su memoria, aquella noche reaparecía siempre, ornada por los encantos de la lealtad más pura, hija del ingénuo confidenciar de dos almas que fraternizan, y que fraternizan por los fuertes lazos de la identidad de origen, de sufrimientos, de aspiraciones y de tendencias. Por eso el día que recibió la nueva del enlace de su compañera de viaje, experimentó una displicencia estraña, pero íntima. Aun cuando no hubiera pensado nunca en unirse á Sofia, habría no obstante dado cualquier cosa, «su brazo derecho», porque no se casara.

Divagando en mil tópicos á cual más fuera de quicio, pero muy propios de una imaginacion ardorosa, reparó que en el sitio donde se detuviera, varias damas elogiaban el artesonado de un piano.

—¡Divino! exclamó una de ellas.

Las señoras prodigan con frecuencia este hiperbólico epíteto.

El encargado del magnífico instrumento, para realzar, sin duda, el mérito intrínseco de la obra, recorrió el teclado ejecutando algunas variaciones rápidas.

—Ah! sublime!... dijo otra.

—Pues yo le diré á papá que me lo compre. ¿No te parece mamá? añadió la más pequeña de todas.

—Sí, hija,—contestó la madre observando distraida á la gente que pasaba. Al lado de la matrona, un arquetipo de belleza.

Algo de vuelta á un costado, exponiendo á la vista de los transeuntes el perfil de un rostro beatífico con tonalidades de reina, encantadora singularidad que predominaba en sus ojos azules, de un azul oscuro, casi negro, azul de abismo... á ratos languidecientes cual si fugaran la vision de los objetos que la circundaban, á ratos frios y solo reanimados por fulgores estraños, mezcla indefinible de esquivéz y de dominio; la mirada de aquellos ojos parecía venir de lo infinito, ó cuando menos, de una «distancia no encontrada jamás en ninguna vista humana»: boca de corte purísimo con lábios apenas sonrosados que semejaban bizbicear una plegaria; tez pálida, de una tersura inefable como de aparicion angélica en noche de ensueños vaporosos; cejas arqueadas y cabellos de un dorado parecido al de las espigas que el labrador abandona en los trojes y que el sol de estío bafia con reflejos brilladores; su talle, que alguien hubiera equiparado al «gentil de las palmeras», se identificaba al que se dibuja de mano maestra en los cromotipos de la «Moda

Elegante», y su seno, aquel seno virginal apenas ondulado, podía, sin profanacion, cotejarse al de esas vírgenes de nicho, en que la lascibia humana no encuentra ni rastro de las morbideces mundanales...

A pesar de su porte aristocrático, su postura era laxa, cual si la embargara el descaecimiento de un destino fatigoso.

—Yo he visto á esa mujer!... murmuró de pronto Tulio como hablando consigo mismo. Y sin precisar circunstancia, ni sitio, ni fecha, habría jurado que no le era desconocida.

La magnetogénia y el charlatanismo espiritista no lo explotan para la vision del porvenir; pero ocurre á muchos espíritus soñadores, re-veer en la realidad, lo que han imaginado sencillamente, en las noches de lucidez fantástica.

Hace algun tiempo cabalgábamos en compañía de dos amigos periodistas sobre la colina que se interna entre las aguas de Mar del Plata: Al llegar á lo más alto del promontorio, detuvimos nuestro caballo á algunos metros del precipicio: la tarde ofrecía cierto cariz nebuloso, gris, y los objetos se diseñaban bañados por los tintes claro-oscuros de los momentos que preceden á los cataclismos atmosféricos; las olas se debatían rugiendo contra los peñascales de la costa, y tres pescados negruzcos, grandes, parejos, aparecían y desaparecían entre las aguas.

—Tres toninas! gritamos á nuestros compañeros alborozados, en cierto modo, por la primacía del descubrimiento.

—No! que son delfines, replicó uno.

Evadimos la insistencia en el primer aserto, porque de pronto, de golpe, nos sentimos iluminados por un recuerdo, vaga reminiscencia que se fué aclarando poco á poco. Por último, éramos capaces de precisar hasta la fecha en que habíamos soñado con aquel mismísimo paisaje gineteano en un caballo de mala traza, mañero, desobediente al freno; recibiendo ufanos el embate del viento que nos azotaba el rostro y entreviendo el desfile de idénticos pescados. Y sin embargo nunca habíamos viajado hasta entonces, por Mar del Plata, y por cierto que teníamos durante la vigilia, una idea bien distinta de la que impresionó nuestro espíritu, cuando lo visitamos.

¿Cuentos?

Acontece algunas veces ver caras y figuras, á las que saludamos con familiaridad seguros de haberlas tratado amistosamente en alguna ocasion, y que no obstante, no les hemos hablado nunca. No en balde el más soñador de los poetas contemporáneos dejó espresado en sus rimas el siguiente pensamiento:

Yo no sé si este mundo de visiones
Vive fuera ó va dentro de nosotros:
Pero sé que *conozco á muchas gentes*
A quienes *no conozco*.

Tulio había visto, estaba seguro, aquella misma mujer en otra parte. Que fuera un anticipo de sus sueños ó una reproduccion de la realidad, ¿qué le importaba? El la había visto; lo habria jurado por la memoria de sus padres. Desde entónces la imágen se aferró, se vinculó á su suerte, y la hizo el ídolo de sus pensamientos, la luz perenne de su vida. Desde aquel mismo instante, podemos garantizar que ya no estaba animado á permanecer en la capital de la patria, por devaneos y ambiciones triviales—lo estaba por el vínculo supremo, poderoso, de un ideal apasionado.

La luz se amortecía lentamente, y ya comenzaban á diseñarse algunas sombras por los vericuetos de la Exposicion. El bullicio declinaba y solo se percibía el ampuloso vibrar de los trombones, las notas agudas del piston y las sonoridades oprobiosas de bombo y platillos de una filarmónica-murga italiana que tocaba retirada.

Tulio dirijíase hacia la puerta de salida cuando divisó entre un grupo de caballeros que presenciaban el desfile, á Don Ramon Zamora acompañado de uno de los tipos más populares entre la high life porteña, y á quien vino

recomendado «muy especialmente» por uno de los más elevados dignatarios de la ciudad rosarina.

Llamábase el nuevo sujeto insinuado Miguel Dimerá. Al presente ha muerto, y consiguientemente pocos se acordarán de él. Pero hizo su época: desapareció, como desaparecen otros tantos floreros de circunstancias, hechos añicos en los centros del gran tono. Era de un carácter contrahecho; quizá más bueno que malo, pero torcido desde joven. No obstante se había formado solo su alma en medio de los encontrones de la vida—bien que lleno de inconvenientes y dado á mil sutilezas. Era en política, versátil como una mujer galante; hoy revolucionario entusiasta, mañana gubernista convencido. Siempre se le veía de pie, risueño, jovial, agasajador y gozando de la intimidad y de las prebendas de los mandatarios. Se preocupaba de las personas en razon directa de su valer real y de su posición efectiva, aunque no desairaba oportunamente á los pequeños.

En la vida íntima, un revoltijo de buenas y malas cualidades; amante de su esposa y de sus hijos, lo era á su vez de las damas accesibles; vivía en pleno con las bailarinas y demás jente de carácter, y asegurábase que ninguna rehuía, ni remotamente, las elocuentes manifestaciones de aquel su almibarado sabor amo-

Yo no sé si este mundo de visiones
Vive fuera ó va dentro de nosotros:
Pero sé que *conozco á muchas gentes*
A quienes *no conozco*.

Tulio había visto. estaba seguro, aquella misma mujer en otra parte. Que fuera un anticipo de sus sueños ó una reproduccion de la realidad, ¿qué le importaba? El la había visto; lo habria jurado por la memoria de sus padres. Desde entónces la imágen se aferró, se vinculó á su suerte, y la hizo el ídolo de sus pensamientos, la luz perenne de su vida. Desde aquel mismo instante, podemos garantizar que ya no estaba animado á permanecer en la capital de la patria, por devaneos y ambiciones triviales—lo estaba por el vínculo supremo, poderoso, de un ideal apasionado.

La luz se amortecía lentamente, y ya comenzaban á diseñarse algunas sombras por los vericuetos de la Exposicion. El bullicio declinaba y solo se percibía el ampuloso vibrar de los trombones, las notas agudas del piston y las sonoridades oprobiosas de bombo y platillos de una filarmónica-murga italiana que tocaba retirada.

Tulio dirijíase hacia la puerta de salida cuando divisó entre un grupo de caballeros que presenciaban el desfile, á Don Ramon Zamora acompañado de uno de los tipos más populares entre la high life porteña, y á quien vino

roso. A veces, diz que hacía participar á sus amigos de las codornices y palomas que llenaban el morral, siempre abultado, de cazador tan diestro. Jugaba por distraccion, algo bebedor por influencia del medio ambiente, tenía en general, más detalles de hombre del Bajo Imperio, bizantino puro, que resabios de americanismo indijena. Empero, gustaba á veces, abusar del caló semi-compadre de barrio alto. Hermoso hasta la edad en que las facciones se alargan y los músculos se aflojan, llevaba además sus patillas siempre relucientes, las uñas regularmente límpias y el rostro ufano.

Al pasar próximo al Señor Dimerá, nuestro jóven provinciano, saludó con la cortesía obligada de inferior á superior. Gustaba Argüelles, quizá por influencia de educacion primaria, usar de muy excesiva galantería con las jentes: más tarde debía persuadirse que tales prácticas no son siempre las más conducentes á la simpatía de las personas que se «dan tono».

—Hola amigo!....venga para acá!....gritóle Dimerá ¿Y...qué tal?

—Bien señor....gracias.

—Amigo Zamora, agregó volviéndose á su compañero, voy á presentarle á un provinciano de su esposa, el Señor Tulio Argüelles.

Don Ramon le estiró la mano con la negligencia habitual de ricacho que no se para en presentacion más ó menos.

—Tulio....Arg....üelles, objetó Don Ramon que era huraño de lengua, para lo que él llamaba «apellidos arrevesados» Argüelles!...—precisamente!...diga Vd. jóven ¿asiste á Colon?

—Noches pasadas, por primera vez, á la representacion de *Hugonottes*.

—Eso es...!Mi señora me lo indicó á Vd. sentado en una butaca de orquesta...Hicieron Vdes. un viaje juntos...despues perdió Vd. su padre, luego á su señora madre...más tarde ha estado Vd. empleado en la casa del Sr. Camilo Pereira de la ciudad del Rosario. Sofía hace muy buenas ausencias de Vd. jóven, tengo mucho gusto en conocerlo.

«Y yo que hubiera jurado que no me había visto siquiera!»! rumiaba Tulio, «indudablemente las mujeres tienen más de discretas que de tontas.»

Y eso que entónces ignoraba, que las damas ven claro cuando se empeñan...hasta con la nuca; y que no son siempre indiferentes á sus ojos, los que más dejan de mirar en público; así como que en los teatros especialmente, ellas lo ven todo con ojos de lince.

Luego dirigiéndose á Don Ramon agregó:

—Es verdad señor, recuerdo haber tenido el

honor de tratar á la que hoy es su esposa, en un viaje á la Concepcion del Uruguay, á bordo del Júpiter....De esto hace ya algunos años....

Se habló en seguida de nimiedades. «¿Qué le parecía Buenos Aires»?....«La Exposicion muy concurrida....«los animales de raza...sobre todo los animales ¿qué opinion tenía formada de los animales...en Entre-rios no los habría seguramente tan grandes.»

Tulio no quiso ver un equívoco en las frases entusiastas del marido de Sofía; primero porque las agüdezcas de espíritu no se conformaban con su figura; y segundo, porque nadie ignora que en su provincia, hubo siempre animales de gran tamaño: Entre-rios fué una de las primeras provincias que cruzó Durhans con las razas aborígenes.

Tulio no obstante, negó el hecho, para demostrar á las claras, sus pujos de político precoz. Habló duramente de los malos gobiernos, compuestos por verdaderos políticos de aldea: Gobernadores que en otro país no hubieran llegado á desempeñar el humilde cargo de simples agentes de policía urbana. En seguida echó pestes contra las revoluciones. «Pero el gobernador tenía algunos ejemplares de casta....comprados con el sudor de los contribuyentes.»

Su disertacion fué acogida con marcada

frialdad. Don Ramon casi bostezó y el Señor Dimerá se volvió á conversar con uno de los amigos del grupo. Decididamente la perorata de Tulio no era del gusto de aquellos señores. Comprendiéndolo así, trató de despedirse lo más pronto posible, sin cuidarse mucho ni poco de borrar la mala impresion que dejaba en el auditorio.

—Adios amigo Argüelles, dijole Don Ramon, no deje de visitarnos, no se pierda,...almorzamos á las once y comemos á las seis, calle Rivadavia,...aquí tiene las señas de mi domicilio, dijóle entregando su tarjeta.

Al ir á despedirse del señor Dimerá Tulio debió hacerse á un lado para dejar paso á unas damas. Entre ellas iba la que había producido tan honda impresion en su ánimo.

—Hermosa rubia! exclamó cierto dandy acriollado del grupo de Dimerá.

—Es la señorita Alcira Wavering, insinuó un tercero. Hija de Don Avelino. Ha llegado hace quince días de París, y ya se asegura que está pedida por el jóven Alfredo de Almanadas, miembro de una de nuestras más «distinguidas y apreciadas familias».

Tulio se puso ligeramente pálido y trató de escurrirse lo más pronto en direccion á la calle.

No podía acariciar siquiera la ilusion de contemplar con ojos serenos aquella vision que

le había removido el alma. Toda su dicha fraguada en un instante se derrumbaba al soplo de un sér más afortunado que él.

Llegado á su domicilio, tendióse boca arriba en el lecho y siguió su interrumpido monólogo.

—Al fin y al cabo... ¿á dónde podía haber ido á parar?... Ella, una porteña de linage, educada en Paris, rica, con nombre resonante... y él... él, un pretendiente desairado de la suerte, pobre, todo lo bien intencionado que se quiera, honrado á carta cabal, pero... podía tambien haberse encamotado de la reina de... Bah!... Y seguramente, no vivimos en época de amores entre princesas y pastorcillos.

Pero la imagen no se ahuyentaba de su mente. Bajó al comedor con el propósito de intimarle desalojo, entre sorbo y sorbo del «néctar de los dioses», como es de buen tono.

Habló de la Exposicion con tres sugetos con los cuales había trabado amistad de sobre mesa, habló de la Exposicion, y... habló de ella. Estaba resuelto, no obstante, á echarla en «el saco del olvido»... pero desde el día siguiente, á más tardar.

—La conoce Vd.? interrogó á Tulio uno de los comensales. ¡Qué mujercita, eh? qué ojos!... me hiciera pegar cuatro tiros... y sobre todo... mire Vd., en Paris no más, tiene un hotel en el boulevard de los Inválidos... El padre es nada:

menos que caballero de la Legion de Honor y la madre una señora de rango: la conocí en Trouville el año pasado... Otro día la encontré paseando con Alcira, en gran tren, por el Bosque de Boulogne...por cierto que mesaludó muy amablemente...

Mentira: no la conocía sino por referencias; quería y lo conseguía, «darse corte» de estar en buena relacion con gente de pró. En Buenos Aires hace fortuna social mucho pelafustan de aquel jaez, exhibiendo á cada instante su pliego de relaciones cuando no de «compromisos sérios» con niñas que no los conocen ni de vista. Esta especie de «importantes» hace pendant al cabotinage ultramarino, que se nos cuela diariamente con credenciales, títulos de nobleza, blason en las tarjetas, en los pañuelos y hasta en los calcetines, y que hablan de su última conferencia con el Pontífice Romano; «un asunto de poca monta, se trataba de arreglar pequeñas diferencias... etiqueteos, simples etiqueteos, entre la casa de Borbon y la de Montpensier».

Y hacen carrera: verdad que se infiltran como el aceite; pero para eso son nobles... Oh! Pour la exportation hay plétora de nobleza en las cortes europeas. Francia, Italia, y España están abarrotadas.



ESCENAS FAMILIARES

El Dr. Escudero

«¡Oh pájaros voladores
que vais los aires cruzando!
Los hombres somos actores,
vosotros espectadores.
Por eso cruzais silbando.»

—¡Qué lindos son mamá... el de cabecita negra es para mí, y el todo amarillito para Félix... ¿verdad, mamá?

—Sí, mi prenda.

—No! No ¡yo quiero el de cabecita negra grita otro pergenio de cabeza rizada, rubio como un querubin, que se entretenía en alinear soldaditos de plomo. Mamá!... yo quiero el de cabecita negra! el todo amarillito es para Elodina, ¿verdad mamasita querida?

—Sí mi adorado.

—No!... que papá lo trajo para mí, clama la otra.

Y sin más preámbulos se arma una reyer-ta infantil que la madre escucha pacientemente rebuscando entre la ropa de un armario ciertos chismes de familia. Hasta que por fin la señora aturdida con tanta gritería, se vuelve á los alegadores y los conforma con un golpe de alta diplomacia maternal, y que deja plenamente satisfechos á los tiernos beligerantes.

—El que recuerde un *Padre Nuestro* y un *Ave María* sin equivocarse, ese será el dueño del cabecita negra.

—Buéno! yo primero, dice Félix.

—No, que yo soy mujer!.. prorrumpe la otra.

—Elodina primero, dice la madre.

Y la monina empieza con gravedad:

—Padre nuestro que estás en los cielos. santificado sea el tu nombre... santificado sea el tu nombre... —no me digas mamá que yo lo sé.. —santificado sea el tu nombre... y bendita tú eres entre todas las mujeres...

—Uí!... que no sabes! grita el chico... Yo mamá... á mí me toca. Y empieza ligero como si lo apuraran: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre... El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos de nuestros deudores, así como nosotros perdonamos á nuestros pecadores y mas libranos Señor de todo mal. Amen... ¿Supe mamá? Él no está del todo seguro.

—Te salteaste, dice Elodina, eso no vale, ¿verdad mamasita que Félix se saltó?

—Ninguno de los dos ha sabido, replica la madre: el primero que lo aprenda de memoria será el que se lleve el cabecita negra.

Y la buena señora se sienta entre sus dos hijitos y dicta las oraciones varias veces, que ambos repiten atentamente al principio echados de codos sobre el regazo materno; para en seguida distraerse, porque Félix le hizo una «morisqueta» y Elodina «revolvía el pan del horno».

En eso entra el padre y los dos salen corriendo.

—Papá!...papasito...me trajiste lo que te pedí. Y ambos se le abrazan de las piernas impidiéndole dar un paso.

—Sí preciosuras....ahora no más llega el hombre que trae todo. Y previos besuqueos del padre, se retiran lo más contentos, para

olvidarse luego distraídos en cualquiera bagatela, y formular su pedido al día siguiente.

—Te participo Petra, que luego tendremos un huésped en nuestra mesa.

—¿Quién es? pregunta la señora.

—Un provinciano que me presentaron en casa de los Rivement. Un tipo simpático, aunque algo atorado... Pero... ¿Y los sirvientes?... Juan!... Micaela! ninguno aparece!... Es cosa de morir!

—Señor! responde una voz de mujer, y casi al unísono.

—Señor Doctor... aquí estoy!

—Animales!... ni uno en la escalera. A ver tú zopenco ¿quien estuvo á buscarme? conteste pronto!

—Naides señor doctor... al menos que yo sepa... naides.

—Naides eh?..... borracho! sinvergüenza.... vaya á ponerse otra camisa so cochino!... y péñese esa melena... Pronto... ¡fuera de aquí!... trompetas... pronto sino quieren que los revientel!...

Tal era el genio del Dr. Belisario Escudero: un ente originalísimo; ridibundo incansable, á despecho de su modo de agasajar á los, sirvientes. Estos no le duraban una semana los cocheros ni un día y se pasaba la vida renegando, echando «sapos y culebras» porque

decía. «¡Todos, todos son unos pillos!» Empero en el momento primo de tomar uno nuevo, exclamaba indefectiblemente satisfecho de su hallazgo: «Lo que es éste me parece una persona decente», para que á la tarde, una hora despues sin que el fámulo cometiera la menor inconveniencia, el más mínimo deslíz, nuestro Doctor variara radicalmente de modo de apreciar y dijera que era «un mándria, un desvergonzado, un ladron».....

Mirado bajo otras faces, el Dr. Escudero se presentaba como uno de esos raros ejemplares de humanitarismo desinteresado: servicial y abierto de pecho como un muchacho grande: curaba gratuitamente á sus amigos y á los que sabía perfectamente que no lo habían sido jamás aunque despues clamara contra los ingratos y jurara no hacer más servicios á nadie. Pero á aquel bendito se le subía el corazon á la cabeza y al día siguiente prestaba dinero, pagaba medicamentos cuando el enfermo no tenía como sufragar la botica y concluía «por quitarse la camisa para dársela á un pobre». No obstante su flaco era la política, se embanderaba por hábito en cuanta trifulca se producía hablaba, bien y mal de todo candidato en ciernes, tenía sus antojos de intrigante electoral, creía estar al dedillo de los grandes secretos políticos, poseía mucha clientela, muchas relaciones y pocos

amigos sinceros. En lo demás un «corazon de oro» y el padre más querendon de sus hijos— si es que hay alguno que no lo sea hasta el fastidio.

Por la tarde cuando se presentó su «nuevo amigo»—porque el Dr. Escudero intimaba sobre tablas, y en seguida *che y tu* de arriba abajo como si se codearan desde la infancia— nada de antesalas.

—El Sr. Tulio Argüelles, un amigo,...Mi señora.

—Papá! este es el provinciano! prorrumpe Felix.

—Niño!...clama la madre con aire reprehensivo,—luego dirigiéndose al joven. Vd perdonará señor....Pero esta criatura es tan traviesa!.....

—No se preocupe Vd. señora, me deleitan sobremanera los niños ladinos y veo que el suyo es una monada.

—Ah! ah! ah! grita el padre, sí hijo, ese es el provinciano. Y reapareciendo de una habitacion próxima, con su sonrisa abierta y bonachona, agrega:

—Con que pasaremos al comedor ¿No te parece Petra?....

Tan pronto como se sentaron á la mesa, el Dr. Escudero pidió sus excusas á Tulio por el pésimo estado de servicio en que se hallaba su casa.

—Un canallaje infame! prosiguió. Ah!..... usted no puede figurarse lo que es lidiar con semejante tripotaje! Ese que Vd. tiene cerca, es lo más torpe....Aquella otra sino fuera por mi señora....

Los dos fámulos «aguantaron» el chubasco sin pestañar. Estaban habituados.

La señora trató de desviar á su esposo del tema sugerido por él y preguntó á Tulio si había adquirido muchas relaciones en Buenos Aires.

Argüelles enumeró varios apellidos, entre otros el de Zamora.

—Don Ramon Zamora? interrumpió el Dr. Muy buena persona, un exelente sujeto; y advierta que no lo digo porque sea mi cliente. No señor; conocí al padre en la Guerra del Paraguay adonde concurrí en calidad de practicante. El viejo era guapo como las armas. En cierta ocasion fuí testigo de una hazaña suya, que pone de relieve el valor individual del soldado argentino. Un negrazo gigantón, morrudo, degollador del tiempo de Oribe, se permitió decir, que Don Santiago Zamora, proveedor del ejército, robaba al gobierno escandalosamente. Don Santiago que era susceptible en dichos asuntos—cosa que despues no ha sucedido con generalidad, tratándose de proveedurías—se fué directamente al difamador, y le dijo—«Negro, te vas á desdecir en el acto de

tus palabras»—«Yo no sé desdecirme de la verdad» contestó el crudo, desenvainando un facon de media vara. Don Santiago que era listo para el «manoteo», arrebató de la cintura el que llevaba consigo uno de los soldados y empezó el combate.

En cuanto á mi traté de interponerme, pero el negro me gritó:— «Echese á un lado mi doctor porque sino lo hago *correr burro* á Vd. tam-



bien.»—«No los *desaparten*» dijo con gravedad un sarjento, «déjenlos que se desahoguen.» La lucha siguió silenciosa, encarnizada, brutal, sintregua, durante más de un cuarto de hora. Ya los dos combatientes hijadeaban de cansancio y sudaban á mares sin haberse hecho un solo rasguño, — aquel jueguito, se llamaba en los campamentos «abarajar.»

Cansado Don Santiago de tanto bregar inutilmente y deseando dar un corte á la pelea,

en el momento que se persuadió de que el negro le dirigía un formidable hachazo á la cabeza, en lugar de pararlo con el facon, lo recibió en el brazo izquierdo, el que quedó trozado, y colgante; pero rápido como el vértigo, embazó al negro hasta la empuñadura, el que se desplomó de espaldas con el corazón partido.

En seguida Don Santiago cortó los pequeños ligamentos que sujetaban la parte del brazo mutilado y mirando su muñeca muerta, la tomó con cierto aire lastimoso por la mano, y arrojándola lejos, exclamó: «Esto no sirve!» Examiné el estado del húmero fraccionado, sin ocuparme del negro que lo veía perfectamente muerto, contuve la hemorragia, vendé la herida, y lo acompañé á la enfermería, donde más tarde lo asistí en calidad de preso. Tal era el padre de nuestro amigo Don Ramon.

Este no ha heredado aquella «sangre de tigre» y antes al contrario demuestra poseer «sangre de pato». ¡Figurese Vd. que todos sus afanes se reducen á atesorar y consultarme amenuado, sobre las formalidades que se debieran llenar para que su consorte «le dé un hijo.»

—Escudero!...murmuró la señora aunque harto habituada á los deslices profesionales de su marido.

—Hola pichon!...Pilulin!...Pst!...¡Pero que criatura más remonona!...y cuántos años tiene?... ¡y qué ojos, si parecen de vidrio!...y ñatito eh?...—Si lo llevara la sirviente, pensaba; ¡pero esta criatura no llora! si pudiera pellizcarlo á ver si chilla y lo sacan más que corriendo.—Pero el berrinche parecía hallarse á sus anchas porque reía, se sacudía como un muñeco de goma y agitaba las manecitas que metía en las narices y en los ojos de su padre más contento que cachorro á quien el amo pasa la mano por el lomo.

—Vd no sabe lo que es esto!...como ignora la táctica de hacer gracias á los niños, decía Don Belisario, y frotaba su cara contra la del pergenio, que lo moqueaba y babeaba de una manera desconsoladora y en cierto modo revulsiva.

—Pues no crea Vd, objetó Tulió tragando saliva á duras penas, de una criaturita así...tan chiche, tan...experimento lo mismo que Vd. doctor.

—Ah! exclamó el padre, y no ha visto Vd. nada todavía, y alzándose de golpe aproximó al niño hasta ponerlo á cuatro dedos de las narices del provinciano, que sintió un dolor agudo en toda la bolsa estomacal. «No hay más: el beso!» pensó ¡«habrá que besar Dios Santo!» ¡«y si echo las tripas dirán que soy grosero!»—Fe-

lizmente el padre se limitó á desembalar el fardo para mostrar las piernas de la criaturita.

—¡Vea Vd que piernas!...¡Parece un toro!

—¡Maravilloso!... exclamó el interpelado apartando la cabeza con disimulo, pues le entraba hasta el fondo del duodeno, el tufo de los pañales. Para mayor mal de males, con el frio de la destapada, el niño se aguó, y un chorrillo fino como el de pomo de carnestolendas, fué á regar la camisa de circunstancias del infortunado visitante.

—Oh! meon!...gritó el padre festejando la gracia y riendo de una manera homérica.

—Retira ese niño exclamó la señora, hecha un lamento por el percance.

Tulio que había «pegado» elocuente sacudida replicó incontinentemente:

—De nada señora!...y colorado hasta más allá de las orejas, se animó todavía á decir:

—¡Qué monada de criaturita!...

El padre intertanto reía y ahullaba más y mejor festejando al tierno infante y haciéndolo saltar en camisita, sobre las rodillas.

—Patatun!...patatan!. .patatun!...¡á caballito... hup! hup! hup! hup: hup!!!...

De pronto Tulio hizo un esfuerzo inaudito: la comida debía haberle «hecho daño.»

—Eh! gritó el padre, *ché!*...llevate esto!... diablo de muchacho!...¡Un pantalon perdido!...

¡Justicia del cielo! arguyó para su coleteo el vengativo provinciano.



Médico y visitante salieron á la calle juntos, y volvi6se á recordar al señor Zamora.

—Un infeliz cargado de dinero, decía el Doctor, á quien la fortuna remolca sin que él ponga de su parte más que una actividad asombrosa. Hoy por hoy, todo su mayor anhelo pende de que la suerte le depare un hijo: es su manía....Yo en mi calidad de médico, estoy inhi-

bido de hacer otras cosas que no sean mi estricta obligacion profesional ...Y sin embargo, aliento la persuasion de que nuestro amigo no sacará nada con mis virtudes profesionales... Le aconsejo diariamente que llame en consulta reservada al Dr. Molinhari, especialista, á quien escuchan la mayoría de las damas de esta capital, asi como de provincias, para «casos concretos.» Entiendo que mi colega, estudia la flor y nata de las obras que se han dedicado á sorprender la naturaleza «en el acto» como decía Fnelon en su estilo pintoresco y festejaba Voltaire con donosura sin igual. Sé por el librero que surte la biblioteca de mi colega que ha recibido ultimamente un tratado en ciento cincuenta y siete tomos que se dedica á presentar un lijero exámen de *Caprichos Medicinales* del bello sexo—así se titula la obra; por fin, otra en doscientos noventa y cinco volúmenes en cuarto mayor, con láminas, cuyo título es: *Resumen de secretos racionales*, relacionados con la mujer. Las damas estarán de parabienes con semejante surtido científico... Allí van todas en demanda de auxilio...De mi parte, le digo constantemente á Don Ramon que se empape en cuestiones de *Megalantropogénésia*, ciencia arrevesada como su título lo espresa... En lo demás, el solidísimo de nuestro comun amigo, yo me lo esplico solo...

Aburrido de recetarle pócimas y un régimen alimenticio adecuado, ahora me limito á endilgarle ciertas pildorillas, de mi exclusiva invencion, sin patente de privilegio, que reservo en mi botiquin especial, para varios pacientes como el Sr. Zamora.

—¿Qué píldoras son? impetró Tulio.

—Migajas de pan envueltas en licopodium «Ay, doctor», me dice una niña, que aburrida de sentirse bien se forja dolores ilusorios: «Siento, doctor, cierta languidez general que me abruma; unas punzadas inesplicables...» Examinó la adolorida doncella, me convenzo pronto que su mal es grave, aunque curable: harganitis aguda, endémica entre la gente de buen pasar. Entonces receto inmediatamente las pildorillas, y si estas no surten efecto, recorro al protóxido de hidrógeno, por cucharadas.

—Y qué es el protóxido de hidrógeno?

—*Acque fontis!* mi querido amigo. Agua cristalina, el gran resolutivo universal. Yo he resuelto un problema que dejará en pañales el de mi ilustre colega el virtuoso é inmortal Hanneman. El se servía de las dosis infinitesimales; yo del agua de algibe.

—Y le dá resultados?

—Admirables! Como vivo cierto de no envenenar, curo generalmente á mis enfermos de

moda. Prescribo el régimen. Tanto las píldoras como el líquido llevan un rótulo que dice: *uso indicado*, y exijo que sea por reloj, cronométrico si es posible. A los pocos días de tratamiento, la enferma me recibe con sublimes agasajos. «Ah, doctor! el medicamento me ha devuelto la vida.» «Soy otra.» Y son estos enfermos los que contribuyen á uniformar esas reputaciones de «terapéutico sagaz» de «protomédico admirable», «especialista en enfermedades del corazón, etc.»

En ese momento enfrentaron á una casa de mediano aspecto, y el Dr. Escudero dijo á su acompañante:

—Entremos; le mostraré algo nuevo:—cuando ménos observará usted algunas originalidades del vicio.

El doctor Escudero se internaba en la casa de sus clientes con el desparpajo genial que era la nota predominante de su carácter. Gozaba fama de chacoton y jaranista, y sus enfermos ponían cara de risa tan luego le veían. El llevaba siempre en la «punta de la lengua», cuatro ó cinco patochadas, que festejaba primero que ninguno con morrudas é interminables carcajadas.

—«Ahí está el doctor», corrió por toda la casa: los sirvientes se arremolinaron en la co-

cina; las muchachas se salieron al zaguan; la señora irguióse rápidamente; el enfermo aguzó el oído y hasta el cuzco del traspatio presentóse al retortero moviendo la cola en seña de bienvenida. En toda casa donde existe un enfermo, de gravedad ó no, la entrada del médico es siempre una contecimiento en cierto modo solemne.

—Doctor Escudero!... tanto bueno... creíamos que ya no vendría, prorrumpió una señora cuarentona, saliendo á recibirlo al mismo patio—deferencia que las damas no dispensan comunmente, sino á estos caballeros, y á los sacerdotes algunas veces.

—Hé aquí el culpable, misia Rudecinda, contestó don Belisario indicando á su compañante, y en seguida: «el señor don Tulio Argüelles, candidato para marido...» Lo que dijo mirando de hito en hito á las muchachas, frescas y rollizas, sobrinas de la señora, y prorrumpiendo luego en una de esas carcajadas habituales que él llevaba perennemente in pectore.—¿Y cómo vá el enfermo?...

—Pase Vd., doctor, repitió la señora dirigiéndose hacia un extremo del patio, pase Vd... yo creo que no puede ir mejor... sin embargo, me preocupa ese color arrebatado que predomina en los pómulos y en la frente... parece que no fuera natural.

—Sigue tomando sin dificultad los medica-

mentos que le administré?... Ahora bien, evitar á todo costo que salga de noche, y conforme se reponga, al campo con él...

—Pero quién lo sujeta!... objetó la señora, acompañando la frase de un suspiro comprimido.

—Ya hablaré yo á la persona que sabemos, no se cuide Vd. de ello, misia Rudecinda.

Penetraron en una habitacion cuya atmosfera estaba sobrecargada de emanaciones cutáneas; ese vaho caliente y agrio de las piezas sin ventilar, que no se evita,conteniendo la respiracion ni tapándose las narices: mezcla de traspiracion descompuesta y de exhalaciones malsanas combinadas con el olor del tabaco y las fermentaciones múltiples.

Repantigado en un sillón, con las piernas estiradas, recorriendo con mirada soñolienta las láminas de una coleccion de periódicos ilustrados, véase un jóven como de diez y nueve á veinte años, de estatura mediana y rostro impávido, el que recibió al médico y su acompañante con una sonrisa idiota.

—¡Un enfermo de gravedad! exclamó el doctor, dirigiéndose á Tulio, ¡aquí tiene Vd. un enfermo de muerte! y encarándose con el paciente: ¿Qué tal amigo, le siguen los dolorazos de cabeza?...

—Qué!... respondió el muchachon, á mí no me duele nada... ¡cosas de la vieja de mi tia!...

El doctor presentó á su acompañante al que el enfermo miró breves segundos con su aire de estupidez invariable.

Consultó luego el estado del pulso, preguntó si las digestiones iban bien, prescribió un nuevo régimen, y médico y visitante despidiéronse del enfermo no, sin que antes el doctor Escudero le dedicara varias cuchufletas de su pintoresco repertorio.

Cuando salieron á la calle, el doctor inquirió de su acompañante si no había adivinado quien era el enfermo.

—Ni por asomo...

—Pues el jóven que acabamos de ver, es nada menos que un hijo natural de Don Ramon Zámora.

Este gran ricacho que á los cuarenta años, no consigue tener un hijo con su esposa de veinticuatro, triunfó á los veintiuno con una bailarina de treinta y cinco.

La muy pécora, cansada de las piruetas y reculones del arte coreográfico, trató de anclar definitivamente en uno de los puertos del Rio de la Plata, famosos ya en aquella época

como abrigada segura de balleneras desmanteladas.

La bailarina se conquistó sin dificultad á Ramoncito como se le llamaba entónces y



La Mamini.

éste le proporcionó un departamento en el mejor hotel de Buenos Aires donde pasaron los turbulentos instantes de una luna... de ajenjo.

Pertrechada de todos los vicios de las plazas europeas, especialmente de Marsella donde

había pasado cinco temporadas seguidas una de otra, la Mamini tenía perfectamente arraigado el vicio de la embriaguez: bebía hasta quedar tendida, y cuando en sus últimos días su «Mimí» no le proporcionaba licores más esquisitos, y hasta los mozos del hotel se negaban á servirle coñac y rom, se volcaba en el gaznate las botellas de aguardiente de quemar: el alcoholismo y los furores genesíacos la mataron cuando su hijo contaba cuatro años apenas. «Eso» que acabamos de ver, es el fruto de una de tantas uniones degeneradas: yo le propino mis récipes; aunque preveo la evolucion lógica de semejante vida, marcada ignominiosamente, espureamente, en las entrañas de la madre que lo echó al mundo. ¡La herencia de sangre!.....ah! la herencia del vicio, amigo Argüelles, no se contraresta con pócimas ni brebajes!... El anatema bíblico ha sido ya hace tiempo sacramentado por la experimentacion minuciosa y constante de la ciencia moderna. Al presente no es Dios el que persigue el encanallaje paterno sobre las cabezas de los hijos hasta la cuarta y quinta generacion, es la sangre viciada, el virus recogido en los fangales de una vida apesotosa,—la que se encarga de vindicar el aforismo del Génesis. Hijos de padres depravados, quieras que no, han llevar toda su vida

el estigma físico ó moral de los organismos carcomidos. Cuando menos, la ley de la reversion se encarga de exhibir en los biznietos ó tataranietos, la prueba de que no se viola impunemente la virtud en beneficio exclusivo del vicio. Y es precisamente ese mestizaje híbrido, el que da lugar en Sud America á familiones enteros de ópas....





Una noche en el gran mundo

Todos bailan, el grande y el menudo;
Todos ruedan sin miedo y sin cuidado;
Brincan el contrahecho y el panzudo;
Salta el cojo y se estira el encorbado....

—Somos jente feliz y positiva
Y vivimos sin pena y sin trabajo
¿Pasó la moda de ir cabeza arriba?
Pues iremos tambien cabeza abajo....

Goethe.

La distinguida familia de Don Ramon Zamora, acostumbraba á dar espléndidos recibos durante los meses de Julio y Agosto. Se ha-

blaba de ellos con un mes de anticipacion y los gacetilleros de los diarios, ponían particular esmero en detallar los preparativos de tan rumbosos saraos. Las reuniones en la casa habitacion del Sr. Zamora, eran concurridas por lo más selecto de la alta sociedad bonaerense.

El 15 de Agosto, fecha indicada para el primer recibo, la casa de Don Ramon se «removía sola.»

Dofia Ciriaca, una vieja regañona de cútis atezado, que la esposa del Sr. Zamora había hecho venir de Entre-rios, debido á la escasez que reinaba entonces de servidoras fieles, recorría la casa de un modo tal, que más que mujer, Dofia Ciriaca parecía un velocípedo.

Ya es presumible como andaría la vieja entreriana, consu cofia blanca recubriendo el moño de entrepelaje gris envuelto en la nuca, y el tradicional vestido, que nunca abandonó por nada de este mundo, de zaraza color chocolate con motas blanquecinas. Desde la madrugada corría de un lado para otro dando sofocones, ordenando á éste, reprendiendo á aquél y comunicando á toda la servidumbre, el estado vibrátil de su sistema apergaminado y rígido. «Es necesario no descuidar la colocacion de las plantas de camelia tal como lo ha indicado el jardinero»... «Juan! Vd arrime la

escalera y arregle las cenefas aquellas».....«¿Y los tales mozos de la confitería del Aguila que aun no aparecen?»....«José vaya Vd. mismo á ver qué esperan.»

Y Doña Ciriaca se lanzaba de un extremo



á otro sin darse tregua un solo instante, persuadida de que el éxito del baile reposaba sobre sus hombros.

A las diez y media el lujo de los salones, del comedor, de las salitas de descanso, de las habitaciones de toilette de los corredores, todo era parejo. La luz tamizada que fluye hácia la calle al través de los cristales diáfanos

de las opulentas ventanas; indica á las claras á los transeuntes, una mansion de alegría. La marmórea escalinata del zaguan, con sus peldaños engalanados por ancha tira de alfombra roja sujeta con pasadores de bronce bruñido, bordeada de plantas de camelias en flor, que van á confundirse por los vericuetos con bosquecillos rebollantes de follaje entre cuyas hojas tristes, escintila la luz del gas englobada en traslúcidas bombas de blanca porcelana. En los codales del ancho pasamano, enhiestas y doradas curnocopias de mecheros radiantes. La vista de todo aquello suscita las reminiscencias de lecturas fantásticas entrevisiones palaciegas, releidas en las novelas de épocas de grandes señorios.

A las doce de la noche, los carruajes llegan como en cortejo: las damas descienden presurosas, embozadas y friolentas, dejando oír el debilísimo concento de sus vocecillas infantiles—afinamientos guturales que ellas modulan entre caprichosos dengues de mimosidad encantadora. Ascienden garbosamente la breve y mullida escalinata acompañadas de sus caballeros respectivos, ó del brazo de algun comedido galante, colocado á la expectativa de oficiosidades lisonjeras.

A poco, la sala del toilette se convierte en un centro divinal, magestuoso angélico.

Doña Ciriaca no dá abasto, mareada, acosada por las heterogeneas solicitudes de las damas. Se hace, como ella dice, «pedazos» por complacer á todas. «Ah si tuviera Vd. la amabilidad de prenderme este adorno».... «¡Qué buena es Vd!»... «Si fuera posible igualar este plegado revelde».... «¿Pero hija esa garzota se sube demasiado!» . . . Una se tira los guantes de media manga y da su último golpe al puff; otra se arregla al espejo con levísima mano los desperfectos del peinado, estudiando de paso la expresion languideciente de sus ojos y el mohin tentador de sus lábios coralinos; aquella, analiza de reojo el tocado sorprendente de su vecina, tije-re-teando algunos detalles de «mal gusto.» La mayoría medita el efecto del encuentro.

¿Vendrá?...

Predomina en el arreglo de los salones del Sr. Zamora, el gusto subido, que fué durante algun tiempo, el decorado genérico y genuino de las casas ricachonas: tapices rebuscados; muebles en los que el dorado competía con la rudeza del arteson; cuadros al óleo con más profusion de colorido que delicadeza artística; bronces de molde antiguo, vulgaridades «únicas,» que los introductores de esta mercancía hacían pagar á precios exorbitantes; jarrones chinoscos y macetas aflagranadas,—además,

mil chucherías esparcidas por las consolas y chimeneas que el dueño de casa conservaba como recuerdo de familia.

A la una y media de la mañana, el baile había llegado á su mayor apogeo.

El baile!... La afluencia de parejas era tal, que no se podía dar un paso. Y además, en nuestra época ya no se baila; se «pasea las piezas». Y sin embargo, nada que más digno fuera del humano aprecio, que aquella licencia tácita, de poder embrazar dulcemente el talle de la mujer querida, antes, mucho antes de hacerla rodar á los pies del Santo Ministro de Dios.

¿Tu te acuerdas, encantadora Lilia, de las veces que me negaste horrorizada la libertad de cojer tu blanca mano, mientras la vieja dormitaba en la poltrona, pegada á la chimenea y no obstante ¡con qué alborozo franco, con qué fruicion tan grata, te dejabas envolver en mis brazos para revolotear en vertiginoso wals, la noche de los grandes saraos!...

Si aquello parecía imposible! ¡Sentir sobre el mismísimo corazon, el choque elástico de tus morbideces seductoras..... Y de vuelta á tu casa, replicando á la pudibunda y moralista anciana ¡con qué gracejo la decías!...

«Harto sé que la moral
es del baile detractora.

La moral es muy formal
y, sin embargo, hace mal
en meterse á redentora.»

Los espléndidos salones del señor Zamora albergaban aquella noche todo lo que Buenos Aires cuenta de más selecto y distinguido. Un mundo de cabecitas pispoleteras, alternando con algunos rostros ahilados de matronas emperifolladas, conjunto soberbio, reanimado al calor comunicativo de la difusión más espontánea de sentimientos y de ideas. Profusión de bellas realidades: descotes audaces que ponen en velada evidencia las morbideces nacaradas de hombros y pechos que la profana imaginación complementa á su antojo; polleras vaporosas hacia cuya extremidad superior se destacan los flexibles y purísimos contornos de los talles constreñidos, cimbreantes como cocoteros de los trópicos; brazos ebúrneos de axilas punteadas por finísimas gráculas como cabellos rudimentarios de ángel; undívaras y blondas cabelleras escintilantes de pedrería y coquetuelamente prendidas de flores—todo moviéndose con la pereza aparente de los anhelos aherrojados por compuncion ineludible de buen tono... se respiraba el perfume enmollecido, ambrosiaco, de partículas odoríferas entremezcladas al hálito embriagador de las bocas purpúreas; algo etéreo, como de al-

coba nupcial la noche de los vívidos traspor-



tes á la realidad de los ensueños de inefable amor y ventura candorosa.

«La señora de la casa, espléndida, deslumbradora de hermosura», como decía cierto cro-

nista de diario vespertino, la tarde siguiente, «iba ricamente ataviada; realzaba su incomparable belleza, un vestido primorosamente escotado, de raso gris perla con bandas de terciopelo orilladas de encajes blancos, y en los cabellos, recogidos muy alto sobre la nuca, un grupo de fuchís, cuyas ramas flexibles, sugetas por un lazo de diamantes, caían hasta sus hombros, blancos y macizos como el mármol.»

Tulio había sido invitado con anticipación á la fiesta. La primera vez que puso los pies en la suntuosa vivienda del señor Zamora, se le encareció la asistencia á los recibos.

Sin relaciones, sin nombre, sin mayor solemnidad de figura, esquivado por los pocos amigos que tuviera entre los danzantes, anduvo un buen rato de un lado para otro, sin saber donde aligerar las horas, hasta que Sofia le divisó en un rincon, alicaído, mústio, y le presentó á una niña muy remonona, muy chic, pero tambien muy incapaz de interesar el tema de una conversacion, respondiendo siempre con trivialidades monosilábicas, con risitas desdeñosas y demostrando á ratos, preliminares de un fastidio rayano con la impertinencia. Y era lo peor del caso, que el desgraciado no veía un sitio vacante donde chantar á su hermoso contratiempo. En uno de los peores mo-

mentos llegó Sofia acompañada de un señor que dijo á su complice de fastidio:

—Elena, nos vamos, porque mamá se halla indispuesta.

Prévio el cambio de cumplimientos, la niña se fué con el caballero referido y Tulio siguió paseando el salon con su compañera de viaje.

La conversacion roló sobre asuntos generales hasta que se precisó en una cuestion de psicología social.

—Segun veo, señor Argüelles, Vd. figura entre los que creen que fuera de estas mansiones suntuosísimas, la felicidad parece de frio.

—No creí significar tanto señora; pero negarlo en absoluto sería desmentir lo que la vista atestigua....Aquí se respira la verdadera, la celeste felicidad, pura, apetecida por los corazones juveniles y decantada por los que han saboreado los mayores goces de la vida...

—¿No lee Vd libros de mujeres?—interrumpió Sofia—Pues nuestro sexo tienetambien sus «grandes pensadoras», como las llamarían Vdes. si las conocieran. Madame de Montteville asegura que, «adonde quiera que se vuelva el espíritu humano, no encuentra sino espinas».....De todas maneras, me conduelo de su ingenuo modo de juzgar Sr. Argüelles: oro todo lo que relumbra..Y crea Vd que seria lastimoso, que para ser feliz en este mundo, bastaran las co-

modidades y el fausto de las riquezas...El corazón desempeñaría el rol más secundario de la vida...Entre la mayoría de las Gracias que pueblan esta sala, predominan las graciosas peregrinas de la felicidad terrena...La buscan á pleito, aquí, en Colon, en Palermo en mil puntos diferentes, y suelen encontrar lo que decía Mme. de Monteville. Yo mismo...que á la verdad no puedo quejarme de mi suerte, hay días en que le aseguro que mi existencia suena á ataud...Esta vida de continuas alegrías mata ó por lo menos fastidia...El teatro, los bailes, el corso de Palermo en invierno; en verano las estadías veraniegas, Mar del Plata, los Pocitos, despues las fiestas de carnestolendas...todo, casi por obligacion ineludible....

Tulio no atendía en aquel instante la conversacion de Sofia. Inesperadamente sorprendido por su hallazgo de la Exposicion, seguía con la vista la ruta de una pareja que caminaba delante de ellos.

Con esa penetracion peculiar del sexo, Sofia se apercibió de la distraccion de su acompañante, así como de la causa que la motivaba.

—¿Conoce Vd á la Sta. Alcira Wavering—
dijole Sofia acentuando la pregunta.

—Si señora...Es decir, de vista. Tuve ocasion de admirarlá en la Exposicion y saber su nombre por casualidad.

—De admirarla!... luego ya forma Vd entre sus admiradores...le advierto que la falanje es numerosa...Ah! y sepa que se casa...¿Quiere Vd. que se la presente?...

Y antes que el provinciano pudiera evadirse Sofía tocó lijeramente con el abanico el hombro de su amiga, y velis nolis;

—Alcirita te presentó á un amigo....de mi infancia el Sr. Tulio Argüelles.

Este infeliz experimentó lo que los españoles llaman «un golpe de maza en el alma»: temblaba como un azogado y de pronto la boca se le había reseca en forma tal que no podía articular sino sacabocando y seseando las palabras.—Un amago de rídículo espantoso.—Por fin, estrayendo fuerzas de flaqueza y adulciendo la voz de tal modo que hacía peligrar la robustez del sexo, formúlo:

—Si la señorita me permitiera...el placer y el honor...de concederme...

Indudablemente Tulio no era un tipo de salon:

—Todo tomado! interrumpió la aludida... con seráfico acento,—vea Vd. el libreto—y alargó la consabida cartulina, que el solicitante rehusó mirar con un jesto de profunda conviccion.

—Espero sinembargo que en otra oportunidad podré complacer al Sr. Argüelles...

Después, un cambio recíproco de saludos, de frases del momento, y la pareja prosiguió su interrumpido itinerario. Sofía se quedó mirando á Tulio con maliciosa sonrisa.

—Vd está enamorado de esa niña?...Confíselo, Tulio, por que lo acabo de leer de corrido en las conmociones de su fisonomía...

—Y si fuese cierto?...si la amara como Vd cree?...sería pecado?...—dijo Tulio timidamente.

—Sí y no...Nunca es pecado amar á una niña hermosa...pero es pecar de...¿que sé yo!... amar á una niña que tiene novio...¿Sabe Vd quien es el jóven que la acompaña y que se ha asegurado todo el programa?...

—No fijamente; pero me lo figuro...no es el Sr. Alfredo de Almandas?

—El mismo que viste y calza ¡Pero por lo visto está Vd interiorizado de la vida y milagros de Alcira...Es Vd un mátalas-callando de primera...

En aquel mismo instante apareció la gruesa figura de Don Ramon convertido alegoricamente, en un voluminoso tomo in fólio de poesía bucólica.

Habituado á las andanzas de la vida de salón, desdeñoso por principio y por el aplomo que le daban sus riquezas; decididor, aunque algo tartajoso con las damas, llevando su frac con la soltura magistral de hombre de plata,

vanidoso de su nombre immaculado, el Sr. Zamora gozaba reputacion en los salones como un tipo de cuenta, en el que podían cifrarse buenos instantes de fraseo. Llamado desde antes de su matrimonio á uniformar entre los rezagos de la «guardia vieja», le eran permitidos, especialmente con las damas, esas abusillos de lenguaje entre verdion y libre, las papirolas de doblete, las intenciones atildadas por la fisonomía socarrona, y hasta algunos dicharachos de vejete sin repulgos. Su refinamiento social no le había hecho, empero, romper con los malditos resabios de un «rastacuerismo» manifiesto: usaba brillantes á granel; en los puños, en la pechera, en las tapas del reloj, en la cadena, en la corbata, en las sortijas, en todo sitio donde cupiera una piedra preciosa allí la hacía embutir Don Ramon, alegre de poder brillar aun más el dia siguiente. Si aquel hombre hubiese nacido mujer habría sido una calamidad para su marido; sus tocados aparecerían como otras tantas exhibiciones de joyería: ni la Preciozi ni la Leonardi le habrían aventajado.

—Te buscan en la sala de toilette Sofía. La señora de Breña, quiere comunicarte dos palabras antes de retirarse....Y encarándose con la pareja que cruzaba agregó.

—Elvirita!....en la medicina del amor, «eso»

se llama un caso perdido!...Una temporada de toda la noche!...

—Que ocurría!...simuló la aludida. A mi edad!...no diga eso por Dios Don Ramon, porque me enoja deveras..

En realidad el Sr. Zamora no estaba para bromas. El Dr. Escudero acababa de decirle momentos antes: «Amigo mio, si no procede Vd. con energía, su hijo Enriquito acabará mal... anoche otra farra....Me temo una crisis violenta.»

Por otro lado, un corredor de Bolsa le había anunciado tremenda baja en las acciones del Banco Nacional, de las que poseía títulos por más de un millon de fuertes.

Es asi como en el engranaje complicado de la sociedad moderna, al lado de las risas venturosas, despuntan raudales de lágrimas y suspiros de dolor.

El Sr. Zamora, por ejemplo, sin otro descendiente, sin otro sucesor que aquel esperpento de su vida de calavera, hacía él dedicaba sus mayores cuidados, desvelándose porque no le faltara nada, á fin de que algun dia fuera el heredero de su nombre, de su fortuna quizá.

Pero luego veremos como el hijo de la Mami no participaba de las mismas ideas.



Juegos infantiles y orgías de inocentes

Fleur de Minuit

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones?

Herrera.

—Copo la banca!...Doblo la banca!...
—Talle compañero, que hay quien pague...

no crea que nos ha de asustar con la parada.

Las miradas se avivan, y los rostros imberbes de un pequeño grupo de jovencitos, casi adolescentes, que parecen escapados de la casa paterna en conflagración con la mucama, siguen con impavidez forzada las evoluciones del azar. Los billetes corren de mano en mano; y cuando se han agotado los recursos, aun se juega sobre la palabra y se empeña el nombre de una familia, el lustre de un apellido, agujoneados por el deseo febril de «doblar la suerte»; porque al fin y al cabo, ellos perdiendo hasta la camisa, en realidad pierden bien poco: papá ó mamá repondrán la percha al día siguiente. Y se empeña muchas veces la reputación personal, la honra de bien, pues los padres no se resignan comunmente á pagar deudas contraídas en «timbas» ni pagarés firmados sobre el tapete verde. Pero se consigue dinero de alguna manera, y se paga ó se juega de nuevo como si tal cosa. Afortunadamente próximos á la mesa donde se descamisán las criaturas, de la referencia, los papás suelen dar el ejemplo.

Nos hallamos en una vasta y confortable sala de paredes altas recubiertas casi totalmente por grandes lunas venecianas encuadradas por aureos artesones, majestuosos y dignos de un palacio régio. El recinto se halla ocupado por innumerable cantidad de mesitas cuadradas

rodeadas de cuatro asientos. Hacia el extremo del salon una mesa de mayor tamaño, que las anteriores, rectangular, hacia la que convergen los asistenses que ostentan brillantes de cuatro mil nacionales en el dedo meñique.

Dicha mesa es reservada; si por reserva se entiende sustraerla á la vissa de los concurren-



tes permitiéndoles libremente el acceso. Allí no se juegan cientos ni miles; se juegan fortunas...

Pero volvamos á la mesita de los pebetes. Entre estos caballeros de «baraja en mano», se halla nuestro Enrique Zamora que pasa en sociedad como sobrino de Don Ramon, hijo de un hermano del esposo de Sofia, que nadie recuerda haya existido. Muy á despecho de su carita de idiota, Enriquito es «como luz»,

siempre gana. En un tiempo se creyó que jugaba con «manganeta», pero luego se persuadieron todos, que era suerte, pura suerte, lo que le hacía dueño exclusivo del dinero de los otros. De ahí que aunque Don Ramon se afanara en moderar los instintos de su hijo, el azar se empeñaba en hacer todo lo contrario. A las once de la noche, Enriquito había «pelado» á sus compañeros de carpeta diez mil nacionales. Estos no se amohosarían en los bolsillos del ganancioso; la mayor parte era distribuida en préstamos y el resto iba á parar á la cartera de mujerzuelas de casa llana.

Aquella noche la «timba» se disolvió temprano: la suerte no había hecho sus transmigraciones como solía, y allí estaba el vencedor con ánimo de tirar la casa por la ventana.

—Adonde vamos esta noche?—preguntó uno de los asistentes boqui-rubio y deslavado.

—Vamos á ver á *Fleur de Minuit*, contestó el más vivaracho. Allí ha de estar Enriqueta «la gallega», María «la andaluza» y Pepa «la catalana.» Nosotros somos nueve; pero bien podemos repartirnos las utilidades.

Era la tal *Fleur de Minuit* una cocota parisiense atraída á Buenos Aires por la fama aurífera que habían ido esparciendo en los teatrillos de Paris, las cancaneras de opereta bufa. Si aquellos vejestorios de rostro curtido por el

albayaide y seno marchito, habían vuelto cargadas de brazaletes, aderezos y dinero sonante ¿porqué ella con su entereza de mujer de porte, no había de conseguir otro tanto ó más? Enfardejó un dia sus mejores trajes á los que hizo poner grandes etiquetas que decían *Mme. Levoux* MONTE CARLO, y al avío. Cierta dia llegó á Buenos Aires, y al siguiente los «habitues» á Palermo comentaron la aparicion de una «mujer nueva» que viajaba sola en berlina de librea resistía las miradas sin pestañar y prodigaba las sonrisas sin remilgos. Ostentaba además hermosos trajes sin chocarrería, ni menos aquella cargazon de guarniciones, alamares y otros desperdicios de mercería fundida que matizan los pintorescos cuartetos de landó de inquilinato en los dias de fiesta por la avenida de las Palmeras. Era provocativa pero con la insolente discrecion de la «citoyens» á la alta escuela. Su audacia se especializaba por cierto amaneamiento refinado, pudibundo á ratos, y con ciertos pujos de reclusa. Mirada á la distancia, era un tipo Mignon; de cerca, no resistía el análisis más benevolente de la crítica estética: si en sus ojos brillantes y de un azul parduzco de iris estriado como de gata golosa, predominaba la vivacidad de su espíritu tumultuario; en cambio el cútis se veía plagado de manchones y pecas; exhibiendo á cada lado de los car-

rillos, salientes burujones, que ella propalaba, ser de nacimiento; pero que cierto facultativo, sin duda esquivado por la solicitada parisiense, atribuía á un origen dudoso y que solía esplanar con abuso de tecnología patológica.

Contemplada la Levoux, en el dulce abandono de las horas de reposo, el cuerpo disentía de la cara, por la correccion admirable de las formas: Venus Citerea, devuelta á su concha nacarada, previo viaje de engorde por las nutrias campiñas de las faldas del Monte Olimpo; lleno, mórbido, lujurioso como el de una bacante, griega—el cuerpo de la Levoux era su capital de primer órden.—Pero la piedra de toque de los encantos de aquella mujer liviana, residía en sus lábios: criatura á quien la Levoux besaba en la boca, era caso perdido. Y no porque besara en la verdadera acepcion de la palabra; rozaba apenas, cual si huyera la materialidad del ósculo sonoro, sus lábios cárdenos con los de su víctima, produciendo el cosquilleo voluptuoso, embriagador de las suavidades aterciopeladas. Apesar de sus encantos corporales, era poco minuciosa en la observancia de las prácticas higiénicas; y un parroquiano de sus salones meticuloso y dotado de largo olfato de perdiguero, aconsejaba el abuso del *Cherry Blossom* cuando se debiera hablar en secreto con Mlle. Levoux.

Tal era Fleur de Minuit.

Las once y media de la noche acababan de dar cuando sonaron tres golpecitos discretamente aplicados á la puerta del departamento de la Levoux. Esta se hallaba reclinada en-



Fleur de Minuit

un divan oyendo las confesiones de un anciano, mientras sus dos compañeras reían nerviosamente en la habitación próxima, cual si festejaran las mimosidades de un faldero.

Tan pronto como la dama se dirigió á la puerta, el venerable se colocó de un salto en la alcoba inmediata. Pulcritudes de anciano que

alguno quizá recuerde...¡aunque hace tanto tiempo de esto!

—Te venimos á «buscar» para una cena en el Café de....—Enrique Zamora recomienda la asistencia de tus compañeras: has de saber que ha ganado diez mil «nales», los que está dispuesto á agotar en la amable compañía de Vdes.

—*¡Ensuit!*...contestó la Levoux.

Con argumento tan formidable no cabía la más mínima réplica. Al diablo con el viejo tacaño: «está fresco!»

En un saloncito sin más respiradero que la puerta de entrada y una ventanilla con persianas verdes, se hallaba dispuesta una mesa para quince cubiertos. Cada plato ofrecía á su delantera, siete copitas, verdes, punzoes, diáfanas y de forma y tamaño diverso. En el centro gran aparato de platina con flores y frutas.

Los comensales entraron en tropel. Ellas eran tres contra nueve. Pero como decía Enriqueta; «Y á mi qué?».....Linda era ella para ahogarse en tan poca agua: no la asustaban los hombres por el número, sino por la calidad: acostumbraba debatirse con docenas enteras.... Y Amalia?...¿Y la Levoux que venía guerrillando sola su alma con la avalancha más compacta de viejos y jovenzuelos de Buenos Aires?..... Los comensales fueron ocupando sus asientos, indistintamente, «sans ceremonie.» Siguieron

risas continuadas como de niños al retortero en los patios del colegio: ni un rasgo de «sprit», ni un vestigio de lucidez intelectual, pero eso sí, grande alboroto. Amalia y Enriqueta se han situado á ambos lados de un jóven morboso, casi tísico. Echadas sobre el respaldo de las sillas se han lanzado miraditas sesgadas «¿Le desbalijaremos?» quieren decir; luego se observan de frente, y convienen en «que hay que desbalijarlo, desbalijarlo sin miramientos, hasta del reloj, si es posible.»

La bulla sigue en crescendo. Al llegar al segundo plato se han escanciado tres docenas de Chablis y Chateau Yquem. La Levoux comía á sus horas, pero bebía por complacencia siempre que la brindaban buenos licores: especialmente gustaba de los vinos espumosos; tenía locura por el Champagne; particularmente cuando no le endilgaban Moscato ú otra composicion venenosa por el aristocrático vino de su país.

—Garçon! *la champagne!*...venga *la champagne!*...grita uno de los peleles, el más achispado de todos.

El batiburrillo aumenta: los ojos brillan en los rostros calientes y enrojecidos, más por el esfuerzo de meter bulla que por la excitacion natural del vino. Aquellos calaveras precoces, hablan y rien con vocecillas atipladas, aunque enronquecidas.—Uno prorrumpe.

—*La champagne es detestable!*...

Y arroja la copa que va á estrellarse contra los cristales de la puerta. Dicha proeza inicia el bochinche. Enriquito que ha estado silencioso pero que desea hacer algo notable, estrella una sopera contra el espejo que reproduce su rostro amoratado, y la luna cae hecha trizas produciendo un ruido de cristalera que se derrumba. Los demás no quieren ser menos y rompen platos y botellas, armándose una gruesa batahola. Las mujeres rien y estimulan el pandemonium, hasta que aparece el dueño ó el gerente y suplica moderacion:—él bien sabe que todo aquello se paga.

Dos ó tres han rodado por el suelo con el estómago en pleno desórden: efectos primarios de los excesos. Otro se ha dejado caer sobre las faldas de la Levoux y le prodigaba frases almibaradas.

—Ah! jé vous aime!....je vous aime!...Mlle Levoux!

Y lo dice de todas veras, con la cara compunjida y los ojos lagrimeantes.

—La francesa se apercibe bien pronto del suceso y seleccionando su entonacion más «caille» le espeta con risas periódicas.

—Ah! ah! ah!...Voyons esgarbot de vigne!...
¿Tú viens me chanter de l'amour platonique?...
¿crois tu q'je suis arrivé á l'amerique pour man-

ger des prunneaux?...;jamais de la vie!...Si tu n'a pas le sou, fiche moi la paix.... Va carrotier...!

Y acomodándose nerviosamente el brazalete, cuajado de brillantes para que su adorador se convenza de la ferocidad del argumento, levántase bamboleando y va á ocupar el sitio próximo á Enrique. Ya sabía ella que el meloso que dejaba rumiando su despecho no tenía con que hacer cantar á un ciego. «Ni pa fósforos.»

En cambio Enrique se llevaba las caricias y las zalamerías de la muy pícara. «Oh merci vous etes bien jentil...très charmant», decíale con voz conmovida y aproximando sus lábios ardientes al rostro abotagado del predilecto de la suerte.

Intertanto la barahunda toma cuerpo, la gritería crece. Dos chicos ladinos se prodigan insultos del peor jaez «Tu madre!»...«y la tuya!»...«¡salí y tu hermana!»...«¡andá que se les conoce la hilacha!»...«Ya sabés que no me gustan esas bromas».....

Y...rasgo original de la vida turbulenta de orgía; Enriqueta toma la defensa de una honesta madre de familia y Amalia insiste en sostener, que es «una»...Los ánimos se acaloran, la una se arroja sobre la otra, se trenzan de los pelos, los galanes se dividen en bandos, ruedan las

sillas, las mesas, se entrechocan los botellas, y se arma un zafarrancho de combate.

Los mozos impotentes para dominar la gresca llaman al vigilante de faccion, suenan los pitos de auxilio, viene el oficial de servicio; se trata de niños, y se les envía en carruages á las casas paternas.

Enrique paga los gastos de la fiesta y se vá con la Levoux que sabrá sonsacar el sobrante.

Ella sí que entendía la Biblia!...En cuatro meses jiró sobre el Banco de Francia por valor de doscientos cincuenta mil francos, aparte de lo que invirtió en darse el corte de princesa rusa. Don Ramon mismo, el honorable Don Ramon, tambien depositó su humilde ofrenda á los pies de aquella diosa del rubor clandestino. Y como él, muchos que nadie creyera, dado el compungimiento con que se les ve marchar del brazo de sus respectivas consortes por las calles más concurridas de Buenos Aires.

Pero la Levoux era minuciosa, detallada en sus asuntos: llevaba inscriptos en un libreton como los que la municipalidad inventó para asuntos domésticos, los nombres y apellidos de todos sus festejantes. Allí con letra garrafiñante y de ala de mosca la cocotte parisiense estampaba al lado de las cifras, las condiciones íntimas de sus parroquianos. ¡Lectura interesante la de aquel enorme libreton!.....

Apesar de hollar un terreno desconocido, decía á dos de sus amigos el día de su primer regreso á Francia:—Nadie ¿sabeis? nadie me ha mogrollado. Aquí llevo «y hacía sonar los bolsillos de su bata de viage, «aquí llevo doscientas libras esterlinas que me regaló á última hora Mr. K»... ¡Para rumbosos los santafecinos!

—Ah! bien jentil... très charmante!...Era su frase favorita.

En seis meses hizo volar los docientos cincuenta mil francos en Paris; quizá en brazos de su primer amour, algun tenorino de café cantante, algun gomoso con hábitos de granuja.

Cuando volvió ya no estaba de moda: su amigo de cœur son coussin» como ella lo llamaba, le había repetido varias veces antes de irse.

—No vuelvas, este es un pueblo novelero, se paga de la primera impresion y tú has dado cuanto se te podía pedir.

«Platuda» como iba, era la primera en convenir con los consejos de su amigo; y aunque protestaba su aficion á la plaza, no dejaba de comprender que el mercado empezaba á ceder, cotizándose sus prendas físicas á un precio con marcadas tendencias de baja.

Sin embargo, volvió, atraída por sus recuerdos de gloria. Y dicho y hecho, experimentó el vacío á su alrededor. Pero muger de grandes recursos pronto se le ocurrió uno espeditivo:

abrió una casa de juego en la calle de Lavalle. Allí metió las manos hasta el codo en los bolsillos de la gente de timba, hasta que un día el comisario la echó con su ruleta á otra parte. Anduvo un tiempo todavía de mano en mano, hasta que tendió el vuelo hácia... ¡quien sabe donde! Lo cierto es que Fleur de Minuit desapareció, se hundió como buque incendiado en las profundidades del Océano. Ni rastro.....





Hijo de bailarina

Idiota! tu padre te engendró durante la embriaguez.

Diógenes.

El día siguiente, pasado el medio día, Tulio leía en los salones de la Biblioteca Rivadavia la obra de Reibaud, *Gerónimo Paturot en busca de una posición social*. Gustaba nuestro provinciano en sus días de asueto, especialmente los nublados y lluviosos, deleitarse en la lectura, sentado alrededor de la gran mesa donde algunos misántropos hacían otro tanto.

Antes de partir del hotel, había dicho al portero que si alguien le buscaba con urgencia, fuera enviado á la calle de Corrientes, Biblioteca Rivadavia.

Un día infernal gris, y escurrido de lodo hasta el cielo.

Aun no se habían llevado á término las plausibles reformas con que el benemérito don Torcuato transformara más tarde la ciudad de Buenos Aires.

La gente se debate en medio á sus que haceres envuelta por la atmósfera calada, de uno de esos días pegajosos, destemplados y malsanos que alternan con las frescas alboradas de fin de Agosto. En el interior de las casas, el estado higrométrico del aire ambiente se evidencia por las formaciones de rocío, escurridas por los cristales, condensadas sobre el barniz de los muebles, en las paredes, en los herrajes de las puertas, para reaparecer más tarde en oxidaciones herrumbrosas, en mohosidades verduzcas, en filamentos blanquecinos como de algodón en rama por los vericuetos sombreados. En el exterior, la lluvia incesante y el lodo resbaladizo que baña el pavimento machacado—el lodo corriente de las calles de Buenos Aires, empujado en vano en regajales espesos al boqueron de las cloacas. Las aceras se transitan á duras penas, á encontrones con los viandantes presurosos, empeñados en litigios, en corretajes, en la diversidad de asuntos que dan vado ó las transacciones múltiples de la ciudad más populosa del continente sud.

Se chapalea el barro con la premura de los ejercicios disciplinarios: nadie pára mientes en choque más ó ménos imprevisto. Hay angosturas en que se patina realmente sobre el mucilago que baña las piedras alisadas, efectuando prodigios de equilibrio. A lo mejor un charco de agua túrbia, aposada en el alvéolo de piedra movediza, surge impelido por compresion bochornosa, hija de la fatalidad traidora, matizando con lamparones chorreantes el color de los trajes en desorden, mosqueando las paredes y entrometiéndose por ojos y narices del caminante agitado.

Embebido se hallaba Tulio hacía gran rato en la lectura amena y chispeantemente satírica del malogrado autor francés, cuando le distrajo el ruido de una persona que se le aproximaba. Levantó la vista y encontróse con el rostro de Enriquito Zamora.

Este desgraciado había concluido por cobrar aprecio á Tulio, llegando á veces hasta prodigarle sus larguísimas visitas, tanto más molestas, cuanto que el visitante no hablaba sinó simplezas, ó permencía abismado en su mutismo habitual y negligente.

La cara del hijo de Don Ramon ofrecía esa tarde cierto color rojizo con reflejos azulados. Pero Tulio no paró mientes en el asunto. Ade-

más sus ojos se estaban inyectados y la sonrisa era particularísima á rigor de ser estúpida.

—Venía á comunicar á Vd. una resolución que he tomado,—murmuró Enrique, bajo, muy bajo, y aproximando el asiento hasta pegarlo con el de Argüelles.

—Se trata de algo gordo? objetó este último, siguiendo distraidamente las páginas del libro.

—Si señor! . . . —y Enrique se quedó un momento ensimismado. Luego alzando la cabeza prosiguió. Anoche, mi amigo Argüelles, he debido asesinar á la *Fleur de Minuit* y á mi señor padre. . . . pero. . . . ¡por qué Don Ramon Zamora es mi padre, sépalo Vd! porque debiendo suicidarme en seguida, he temido que la vista de los muertos.... ¿sabe? . . . me impidiera cumplir este deber.

Tulio en el primer instante tuvo ímpetus de saltar, de hacer una exclamacion tonante. Pero observando más fijamente al jóven, y recordando las predicciones del Dr. Escudero—pensó: ¡«No hay duda, este mocito está loco; loco de remate!» y dirijiéndose á Enrique agregó fuerte.

—Hace bien amigo Zamora . . . mate! . . . mate que Dios perdona!

Todo el mundo sabe por intuicion propia, que á los enajenados no se les contradice jamás, sino por broma, las que suelen costar caras. Enriquito prosiguió.

—Yo estoy persuadido de hacer un bien, Sr. Argüelles. . . . porque la vida es muy miserable. . . . Más es lo que se sufre que. . . .

Y se detuvo para sacudirse la cara como si le fastidiaran las moscas ¡Buena mosca la que le había picado á él!

—Además. . . . mi padre mismo. . . . sé que me traiciona con la mujer que amo. . . . y Vd, ve que semejante situación es insostenible. . . .

—Es claro! . . . cristalinamente claro! . . . ¿Y cómo piensa Vd. realizar sus propósitos? . . . en qué forma? . . .

—De una manera muy sencilla. Acabo de comprar este revolver, Smith Wesson, de primera calidad. . . . vea Vd. . .

Y sacó el arma con entusiasmo.

Tulio no era cobarde, pero sintió circular por las venas, frio de muerte ¡Aquel loco á su lado con un arma de fuego, cargada, puesto que veía la estremidad esferoidal de las balas plomizas apuntando por los orificios de carga! . . . ¡Resuelto á matar. . . por pura misericordia! Su primer impulso fué sugetarle el brazo y arrancarle el revolver, pero se contuvo.

Le dejó guardar el arma tranquilamente y siguió hablando con entusiasmo del asunto. Empero, minaba, huroneaba en su cerebro los planes más atropellados. En primer término,

desechaba el planteo siquiera del problema de evitar á todo trance los disparates del loco. Ante su conciencia honrada el asunto se presentaba bajo una sola y única faz: desarmar á su confidencial trastornado. Pero ¿cómo? ¿De qué manera se saldría con bien de semejante atolladero?

Separarse é indicarlo á un vigilante. Tal temperamento aunque cobarde era bueno aparte de que Dios sabe lo que podía suceder. ¿Llevarlo al hotel y amarrarlo como á un animal dañino? Temía la desidia de los mozos ¿Conducirlo á la casa de Misia Rudecinda y decirle lo que ocurría? . . . ¿entre aquella anciana y sus sobrinas que empezarian por alborotarlo todo? . . . Torpeza! . . . Apechugó la solucion de arriesgarse á si propio, aunque persuadido de salir airoso.

Partieron juntos, y Tulio tomándolo fraternalmente del brazo derecho, se adhirió, se pegó al cuerpo del loco como galan enamorado á su dama en momentos oportunos.

—Ah! amigo Zamora! le argüia—Vd. tiene temple para estos asuntos . . . Pero dígame ¿por qué no emplea en este caso, con preferencia el veneno? . . . Matar por matar vale más silenciosamente que no con grandes barullos.

—Si lo tuviera! . . . respondió entusiasmado con la idea. . .

—Yo me animo á proporcionárselo . . .
 Un veneno rápido . . . que mata sin dolores . . . que penetra por los poros . . . estrechando la mano simplemente de la persona que se quiere matar . . . así . . . Vd. entra. . . . se baña á escondidas la palma de la mano con el líquido que le daré, se acerca á Don Ramon como quien no quiere la cosa y exclama ¡Cómo vamos papá? ¡aprieta y. . .zas! caen los dos redondos . . . sin decir ay!

—Y la Fleur? . . .

—Ah! la Fleur . . . Vd. la visita primero y le estrecha la mano con guante.

—¿Pero Vd. me lo dará hoy?

—Esta noche sin falta . . . ¿Convenido? . . . Si!.....Pues ahora me toca pedirle un servicio . . . Vd. no se puede figurar la falta que me hace un revolver.....Dejeme el suyo como un recuerdo de amistad.

—Dejaré dicho que se lo entreguen.

—No me lo darán . . . estoy segurísimo. de que no me lo darán . . .entréguemelo Vd. ahora . . . déjemelo analizar por lo menos.

—Es inútil, el revolver no se lo doy . . . Le compraré otro igual.

Ya habían recorrido varias cuadras. A cada vigilante que Tulio veía de planton, le echaba miradas codiosas, pero seguía de largo. Ninguno le satisfacía como auxiliar. Aquellos po-

lizontes de pera rubia y mirada soñolienta, le inspiraban la mayor desconfianza. Por fin divisó parado en una esquina á su hombre. Era este un criollo de postura sesgada.

El proyecto de Tulio era el siguiente: lo hago pasar por delante del vigilante y allí mismo lo aprieto; si resiste, lo volteo, lo crucifico y en último extremo lo muerdo. Entre tanto hago que le quiten el revolver.

Al tratar de poner en práctica su proyecto, hizóse más afectuoso con el loco, ligóse más estrechamente á él. Y como si la suertes se declarara en su contra, en el momento supremo de decidirse, el vigilante se volvió de espaldas. Desconcertado por aquella evolucion imprevista del guardia civil, pero precipitado por la violencia nerviosa que le impelia cogió las muñecas de Enrique y gritó al guardia civil.

—Desármeme á este mozo!

El vigilante se volvió con una sonrisa bonachona, y mientras el loco pugnaba por desasirse de las manos de Tulio, que se habían atenzado á sus muñecas y mordía, se mordía á si propio como un condenado. Tulio rabioso á su vez acabó por «rajar» al vigilante con un espresivo terno de circunstancias.

—Creí que era en broma! dijo aproximándose con ligereza el gendarme

—En broma? . . . estúpido! . . .

Mientras Argüelles le sujetaba los brazos, el vigilante le desabrochaba el sobretodo y el jaquet. Y lo primero que le sustrajo fué una daga filosa como navaja de afeitar, que llevaba en la boca manga del chaleco. ¡Iba armado de punta en blanco!

Cuando se le quitó el revolver y el puñal volvió á su risa de costumbre.

Al día siguiente los periódicos dijeron que «debido al celo del comisario de la seccion tal, se había evitado una horrorosa tragedia en la que figuraba un jóven conocido y justamente apreciado en nuestra alta sociedad».

Obligado Tulio á presentarse á declarar en la comisaría respectiva, trató de verse pronto libre, á fin de volar á trasmitir la infausta nueva á su amigo el Dr. Escudero.

— Me lo presumía! contestó el médico con aire pensativo ¡Es una gran desgracia! . . . ¿Pero qué se le vá á hacer? . . . Vamos á casa de Don Ramon.

Este al saber lo acaecido, se abandonó á los trasportes más dolorosos. Lloraba como una criatura, se tiraba de los cabellos hasta arrancárselos á puñados, decía que él solo era el culpable «por haberle dado tantas libertades.»

— Pero curará Doctor?...verdad que curará?...Dios santo! dígame que lo curaremos... lo mandaré al campo...á Europa...

Era tarde: la ley hereditaria se cumplía; ley de hierro. El facultativo respondía con evasivas..., La juventud... el vigor de la sangre juvenil... En fin, por ahora lo que convenía era remitirlo á una casa de alienados donde sería vigilado y se le asistiría con régimen.

Obligado á seguir al Sr. Zamora á la Comisaria, Tulio presenció la escena más triste de su vida: un hijo que insultaba bien injusta y cruelmente á su padre.

Al regresar don Ramon á su casa, escondió la cabeza en el fondo del carruage y volvió á dar rienda suelta á las lágrimas. Su acompañante bajó las cortinillas para impedir las miradas de los curiosos. En seguida trató de consolar al aflijido padre.

—Modérese, Sr. Zamora que su hijo curará... estoy...

Váyase Vd. á la m....contestóle furioso Don Ramon.

Ante semejante proceder, Tulio tomó dos veces con mano nerviosa la perilla de la portezuela del coche, con ánimo hecho de largarse á la calle é insultar, pero insultar á gritos, al que le correspondía tan indignamente, despues de haber espuesto su vida por él. Pero se posesionó del sufrimiento que embarazaba aquella alma atribulada, midió la magnitud del acer-

bo dolor, y sintió que á su vez los ojos se le anegaban de lágrimas sin atinar á punto fijo si era de pesar ó de rabia. Quizá hubiera de todo. ;





VIDA VERANIEGA

—
ALCIRA
—

Dos paréntesis de controversia amorosa

FIESTA HÍPICA

—
Por ti el silencio de la selva umbrosa.
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por ti la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba
'Ay cuando me engañaba'

Garcilaso

La naturaleza entera, como las congregacio-

nes humanas, posee tambien sus dias de grande aniversario. Epocas en que todo resplandece, la sávia vital se desborda, verdeando las inmensas praderías y acreciendo el vigor entumecido de las especies. Abren las flores sus capullos al pie mismo de los rebaños que brincan ágiles por llanos y cuchillas, mientras serpentea á trechos el agua cristalina estimulando las selvas rumorosas á cuya sombra gorjean los pájaros y se encariñan los insectos. Los humildes casuchones, como los palacios régios, se reabren de par en par, aspirando por puertas y ventanas el balsámico aire, á grandes bocanadas, que llevan como en esencia el suave colorido de los rostros y el vívido fulgor de las miradas; címbrense los talles de las mugeres con elasticidad dura y pareja, en tanto los mancebos se ierguen y los ancianos mismo pegan salticos de contento, haciendo manso alarde de sus calaveres de antaño.

La primaverál frondescencia ha devuelto á las quintas de los pueblos circunvecinos, la lozana frescura de los emperezamientos estivales. En los pueblos veraniegos, comienza á reaparecer la animacion risueña y bullidora, producida por la afluencia de familias de la capital, que buscan bajo las floridas enramadas el medio de atenuar los rigores de la próxima estacion.

Belgrano se lleva ese año la palma entre los

más concurridos por la *flirtatrion* bonaerense. Las tupidas arboledas que embellecen los alrededores, lucen su esmeraldina vestidura de retoños y hojas primerizas. Hacia la avenida Santa Fé, los jardinillos en flor colorinean entre el laberinto de callejuelas enarenadas y limpias. Crece ufana la herbula por los terrenos baldíos, y los enhiestos eucaliptus, alineados como columnas de fantasmas, proyectan sus sombras follageadas por los pintorescos cercados y los veredones rústicos.

Crujen las chicharras bajo el solazo del medio día, semi-ocultas entre las lineares y verdinegras hojas de los pinos, y las aves aligeras revolotean placenteras dándose ráudos picoteos por los aires, ó rozando la tierra en busca de las briznas y pelusas que comuniquen mullidez nupcial á sus nidillos de amor.

El cielo recobra también su nítida transparencia, las nubes se cubren de fugaces arreboles á la hora de los crepúsculos, y las brisas coretean susurrando á lo largo de las florestas y los prados.

Hacia el oeste de la población, fuera del radio del municipio, habita la familia de Don Abelino Wavring, hermosa casita de campo circundada de bosques de acacias y eucaliptus. Frente á la verja donde se halla el porton de entrada, estiéndese umbroso huerto que vá á ex-

tinguirse en un declive del terreno. La perspectiva general adolece de cierto tinte melancólico, acentuado por algunos pinos y cipréses que hierguen su ramaje entre los copudos paraísos. Por las tirillas de madera de zarzo abovedado cabrillean los vástagos de las cepas y trepadoras en flor; y en las rejas de las ventanas, las glicinas y madreselvas simulan frondosos cortinados que arden irónicamente al embate radioso del sol de medio día.

La luz que fluye al interior de las habitaciones, vacila entre la penumbra y el resplandor directo, haciendo que los objetos se destaquen envueltos por las medias tintas de esa claridad amortecida de los recintos del culto.

En una salita cuadrilonga, alhajada con el esmero elegante de un espíritu minucioso, cuyo ambiente se renueva por las ráfagas embalsamadas del jardín, en comunicacion por la más poética de las ventanas, semi tendida sobre un canapé de mimbres con el perezoso abandono de las pesadas horas en que el sol incide á plomo, Alcira se abisma en la lectura de su libro predilecto. De pronto abandona la posicion primitiva y sus ojos divagan dulcemente por el hermoso panorama que columbra al través de los intersticios que dejan entre sí las hojas temblequeantes de la ventana. Una idea fija domina en su cerebro, idea que trata de acla-

rar como todas las almas jóvenes, en la vision insondable de lo infinito: su porvenir de esposa y de madre.



ALCIRA

Para una mujer vulgar, sugestionada por curiosidades instintivas, la transicion es simplemente un paso rapidísimo á una nueva vida de deleites: besos y abrazos, y la vida de dos

seres confundida en un estrecho vínculo de amor interminable. Para una muger de espíritu levantado, el problema ofrece su lado posiblemente falso: el más allá de la felicidad presurosa, fiada á los devaneos de efimeros placeres. El órden positivo fructifica tambien en el corazon de las mugeres superiores.

Alcira es una niña, apenas cuenta diez y nueve años; pero su cerebro se ha superpuesto á su corazon y su espíritu reflexivo ha predominado sobre la exquisita sensibilidad de su alma. Predestinada á unirse á un hombre á quien ama y de quien vive segurísima de estar correspondida, la solucion primaria es de una lógica encantadora: habrán «lagos de amor serenos y transparentes» como en la *Flor de un Dia...* Pero... y despues?... Despues, la dicha de ser madre, de tener un hijo á quien acariciar en el regazo y cubrir de besos en la cuna, el placer purísimo de velar noche y dia por su desarrollo, su conformacion moral, sus hábitos religiosos, y dulcificar su espíritu con los consejos saludables, con las observaciones leales del amor materno ¡oh que dicha noble, grande!... Pero... y despues?...

Prescindamos á la série de sinsabores que alternan la vida matrimonial. Los hijos y las hijas lo han adivinado cuando no visto en la intimidad de sus hogares. Pero se dirá de to-

das maneras que una muger jóven, idólatra, no reflexiona jamás, por mucho poder y discrecion que se le atribuya, en esta forma espinosa y acomodaticia? No obstante, ahí están las solteronas convencidas, que responden con una elocuencia abrumadora. «He amado á los que no me quisieron, y hoy no me caso por que le tengo miedo á los hombres». Lo que se traduce por: «no me caso por que no veo claro en el porvenir matrimonial, y no siéndome de absoluta necesidad el matrimonio... me planto». Se objerará á pesar de todo que la fisiología que admite la omision matrimonial por un recaudo esplicable en el hombre, no permite esplicacion decorosa en la muger.

La galantería aconseja el más detallado respeto y miramientos incondicionales á la parte íntima del bello sexo. Pero las vestales eran de carne y hueso, y las esposas de Jesu-Cristo han dado ejércitos de vírgenes á la corte celestial.

Alcira medita largo rato en la realidad de su destino; hasta que dejándose sustraer dulcemente por los agasajos deliciosos de ráudo fantaseo, vuelve á poblar su imaginacion de halagos interminables, rindiendo pleito homenaje al númen poético de las almas juveniles. La ternura femenina recupera su accion, y hétela explorado en plena lucidez, el mundo encan-

tador de una luna de miel rielando sobre el lago de los vívidos amores: ¡Alfredo, el gallardo, el apuesto Alfredo, espresará á sus pies, loco de amor hasta el último secreto de su alma, hasta la más recóndita página de su vida!...

Y adormecida en sus anhelos de íntima felicidad, embriagada de amor, púdica y sonriente en su casta y virginal pureza, plega sus párpados, y percibe claramente en sueños, lo que vislumbrara, concibiera apenas, con enmarañada confusión despierta.

¡Ridiculeces de la vida humana!

Mientras la jóven prometida se engolfa en su paraíso matrimonial y sueña en placeres angélicos, arrullada por las caricias de su adorado dueño, los encantos de su peregrina y divina belleza, obligan los paseos solitarios de nuestro Tulio Argüelles, por los ubérrimos alrededores del suntuoso albergue.

¿Qué busca? ¿qué pretende nuestro heróico enamorado de la luna?...

La esplicacion de tal fenómeno autoriza otro paréntesis. Nos remitimos á la falange de solterones. ¿Porqué no se casó Don Megaterio?...¿Porqué insiste en su emperrado celibato Don Sisebuto?...¿Misterio?...,

Tontería!...

Este como aquel y como todos, amó una vez con delirante afecto, porque sí. Cifró su vida

entera en la posesion de una muger que realizaba su ideal en la tierra. Y amó indudablemente, porque al sentimiento más racional del ser humano, se sustraen esclusivamente los locos ó los idiotas. Para vivir como Dios manda en este mundo, y en el otro, el amor tomado en sério ó en broma, ideal ó sensualmente formulado, es la esencia de la vida, el anhelo férvido, innato en el corazon humano. Es tan inesplicable la vida sin amor, como la sensibilidad sin emociones, la inteligencia sin ideas y la voluntad sin determinacion propia. Lo demás es gollería.

¿Y los que hacen voto de castidad?

Respetemos los sacrificios que se tributan en honor del Ser Supremo; empero, la psicología humana canta claro. Unos se extravían, otros se engañan y los menos se desengañan; pero el amor es la vida.—Cuentan los biégrafos de Alfredo de Musset, que el gran poeta amaba á los cinco años apasionadamente. Es una precocidad digna de encomio. Nuestros perjenios suelen amar á los diez años. Pocos hombres se sustraen á la ley de amar á los veinte, y no son contados los que se reenamorán á los setenta.

Pero se ha llegado hasta á negar el romanticismo amoroso en nombre del sensualismo bestial. Los vejestorios inútiles pontifican; y los

escepticos á rigor de rigores, divulgan semejante turpidez, sin embargo el romanticismo amoroso es el placer supremo de las almas grandes: el ideal artístico no vive de otro asunto. Unos van del amor material al idílico, otros pasan desde este á aquel. Y no obstante, así como se esplica un amor ideal eterno, no se humaniza un amor material más allá de la plena satisfaccion instintiva.

Julietta y Romeo, ante el naturalismo moderno, son rigurosas anomalias. Y demas parece afirmar que hoy como ayer y como siempre, no hay mujer que no se sienta capaz de amar como Julieta, ni hombre que no tenga una época en su vida con veleidades de Romeo.

¿Que no?....

El mismísimo Zola, antes de hociquear en su *Tierra*, ha debido elevarse sobre aquel patocio de inmundicias y obscenidades, para entresacar á su muger de bajo la...escoria. Salvo el caso de una convencion sin beneficio de inventario, que entonces bien pudo haberla extraido de cualquiera parte.

Oh! el grito de la carne!...

Bravo argumento!

A ver ¿cual es el crudo, que á la mañana siguiente de debatirse en el festin más grato, prévia cacería de avecillas de corral ó silvestres, por las selvas perfectamente violadas de la so-

ciudad moderna, no ha sentido como un harzago de carne, como un preliminar de asco por haberse revolcado tanto y tanto sobre el mullido plumaje, do anidan las cándidas palomas y querendonas y emigradoras golondrinas del placer humano?....

El dilema es oprovioso para los naturalistas de buena fé: ó el amor es instinto sexual ó sentimiento racional. Si lo primero, el toro es á toda vaca lo que esta á cualquier cornúpeto. Si es racional, tiene que ser estético, forzosamente ideal, y por consiguiente eterno.

Pero ahorrando digresiones; y ya que hemos dejado á Alcira adormecida en sus ensueños de amor y al romántico Tulio haciendo el ingrato papel de enamorado sin suerte, pasémos al relato de lo que ocurrió el dia siguiente de lo que dejamos espuesto, y en el que nuestro jóven provinciano se condujera de una manera desastrosa.

Grandes carreras en el Hipódromo Nacional. Desde temprano, desde que las primeras alboradas empavesaron con sus arreboles languidecientes, los copudos ramajes y las coronadas azoteas de la ciudad belgranense, veíanse ya desembocar por las calles del municipio grupos de hombres á caballo, paisanage en sus

«fletes aperados» como para una tarde de sortijas; vehículos repletos de mugeres y niños con los rostros espavilados, ufanos y sonrientes ante la perspectiva de un día de jolgorio. Nada parece molestarles, ni el traqueteo de los birlibirloches derruidos ó de los camiones informes, ni el viajar encajados entre los catres de crimea, las sillas de tijera y demas chismes hábiles para espatarrarse bajo las enramadas, mientras llega el instante supremo de la gran carrera.

De las nueve á las doce, á la una y hasta las tres de la tarde, el prolongado colchon de tierra remolida y seca que alfombra la avenida del hipódromo, se vé constantemente conmocionado por el presuroso rodar de los caruajes de la capital. Se viaja entre las nebulosidades crudas de una cerrazon arcillosa. Los aurigas perecen axfisiados medio á medio de los remolinos de una atmósfera parduzca y bochornosa, mientras los caballos trotan fatigosamente lanzando fuertes resoplidos de impaciencia. El aspecto es colosal. Mirado desde lo alto de las graderías del Hipódromo, se imagina todo aquello inmensa cañabana espuesta á desaparecer bajo los embates del simoun de la Arabia; una interminable procesion de Corpus; el cortejo colosal de las Bodas de Camacho, la romería más grande de nuestros fastos populares batida por los turbiones de las Pampas.

Había llegado por fin el día, aquel día famoso que aun hoy mismo la mente popular recuerda, y que la fantasía de los turfistas ele-



vara al rango de acontecimiento nacional. Día de exaltación y de dudas, de esperanzas y temores, de indecisiones misteriosas como las

que dominan el alma á la proximidad de la mujer querida. Verdad es que había jente que jugaba el todo por el todo. La temperatura reinante favorecía la exitacion de los sportmen: una tarde caldeada con resplandores de horno, oleando al impulso de las ráfagas del Norte; lo que no impedía que el aspecto del hipódromo á la hora de emprenderse la gran carrera, fuera soberbio. Desde el tendido que da frente á las tribunas y los palcos, hasta los torreones y minaretes de la techumbre,—colosal hormiguero de cabezas humanas. En las graderias, el conjunto caprichoso de las mezcolanzas populares: la concurrencia selecta de los centros del gran tono bonaerense, codeándose con el guarangaje descomedido, que se entra de rondon con la tarjeta que lo habilita pendiendo del ojal de la leva y que grita desmesuradamente para hacerse espectable. Por lo demás mucho águila de la banca y de la Bolsa; mucho jugador de taba y de naipes, rebullendo, estrujándose sin miramiento alguno en medio de todo aquel torbellino de exclamaciones, de risas y de tierra.

En los palcos, las correjidoras del destino, agrupadas como en canastilla, con las cabecitas mate, surgiendo de entre la profusion de cintas y el sombrero de ancha ala recubierto de gasas terciado con antojos de aureola vapo-

rosa: la mirada despierta y el aire resuelto de complicidad en la hípica jornada.

Hacia el otro confin del circo, remolinando incesantemente, los caballos que han de correr, piafando, encabritándose y estirando las orejas, hacia lo largo de la pista cual si quisieran vencer de un salto el alcance de la mirada. Los jockeys en su papel: atisbándose de reojo, escudriñando, aguzando el romo ingenio á fin de sacarse la mayor ventaja posible.



Cayó la bandera y la ccarrera partió envuelta en una nube de polvo. El matiz pronunciado y vistoso de los trajes de los corredores, asemejando á figuras de arlequin escarranchadas en otros tantos Pegasos mitológicos; la rápida confusión de unos caballos con otros en sus retrasos y adelantos vertiginosos; el clamoreo de las tribunas; la luz brillante de las cuatro de la tarde, bajo un cielo con resplandores de frágua, corrido de lijeros cirrus como vellones de lana cardada; el teje maneje de los

jugadores usureros, medio á la avidez de las miradas angustiosas; todo reunido, daba al hipódromo el aspecto de un enorme conglomerado de masa humana, solemnizando excepcional acontecimiento de repercusión social incomparable.

Infelizmente, solo se trataba de una carrera de caballos.

Ganó *Blackejes!* Pocos lo presumieron. Y en esta emergencia como en otras muchas, el menor número desplumó á la mayoría. La concurrencia hizo suposiciones insidiosas. Se llegó hasta á decir que había habido «tongo»; pero si lo hubo los trampeadores no fueron por eso menos afortunados.

Con la segunda carrera las cosas volvieron á su quicio, y el bullicio de la tribuna y los palcos tomó creces. Allí estaba Alcira con su dorada cabellera crespa, reogida en bucles y sus ojos melancólicos de celeste iris, semeñando reflejos de cielo sobre el rocío que inunda el pétalo de minúscula azucena, Tulio la observaba de lejos, confundido entre el inmenso gentío y sin cuidarse mucho ni poco de las carreras. Todo su afán, toda su vida, convergían hacia aquella mujer, divinizada al calor de su exaltada fantasía. Ella lo bañaba con los efluvios misteriosos que emanaban de todo su ser; lo hacía gravitar á su alrededor como la tierra á su

satélite, sin que él se diera exacta cuenta de lo que hacía ó dejaba de hacer.



Había llegado á cobijar en su alma uno de esos cultos rayanos con la idiotez; indefinible mezcla de candor de colegial y anhelos ultra-

mundanos de poeta. Amaba en Alcira, la idealidad de lo bello artísticamente armonizado en una percepción real, ejerciendo el poder de su atributo soberano con miradas, sonrisas y movimientos de diosa. Tulio experimentaba cerca de su amada todas las embriagueces del goce, todos los ocultos misterios de la pasión, sin experimentar siquiera el hálito de su angélico modelo. Era un romántico *au trance*; un monomaniaco de lo imposible, un querendón de leyenda medieval. Cuando Alcira pasaba á su lado, sentía los estremecimientos, mejor, los encogimientos del potro, á quien se imponen las rudezas del freno en un límite estrecho y sin salida. Sin darse exacta cuenta la buscaba por todas partes con afán. A veces se decía: «¿Qué me importa verla!... no la llevo impresa en mi imaginación?» Y no obstante, como esos infelices predestinados á llevarse la contra en todas las cosas de la vida, que se estimulan contradiciéndose y tratando de imponerse la realidad del mal para gozarse luego en el engaño, Tulio sin quererlo sin decirselo á sí mismo, la buscaba hasta en las nubes, creía verla hasta en el cielo.

Alcira era protestante, metodista. Una noche el místico galán se empeñaba en dar con ella, visitando los templos de la orden. Se convencía de no buscarla; pero el día siguiente supo

que se hallaba en una sala de esgrima. Descendiente de padres ingleses, inglesa ella misma quizá por educacion, gustaba admirar en los hombres, esa clase de ejercicios corporales que dan vigor y comunican pujanza á las musculaturas fofas de los individuos enclenques.

A los pocos instantes de hallarse Tulio, entregado á su dulce éxtasis contemplativo, apareció en el palco de Alcira la gallarda figura de Alfredo.

Ceremonioso, fino, hombre de salon, ménos enamorado por ende que orgulloso de su triunfo, cortejaba á Alcira con cierta aspa-ventería discreta; algo como el lujo de exhibicion amorosa, á vista y paciencia de los que envidiaban su suerte. Es que el amor, tal como existe en sociedad, ha dicho no sé quien, no es más que el cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidermis.

En la solicitud de sus amaneradas atenciones llegó Alfredo hasta aproximarse á su novia la mínima distancia de un suspiro. En el momento en que reclinaba el brazo derecho sobre la barandilla del palco para equilibrar la inclinacion del cuerpo, se oyó un ruido espantoso que repercutió por todos los ámbitos del hipódromo, seguido de maldiciones y pataleo infernal.

Todo el mundo se arremolineó y corrió

escaleras abajo. Los comisarios y vijilantes forcejeaban inutilmente para abrirse paso al través de aquel maremagnum, en que nadie se entendía ni se daba siquiera cuenta de donde provenía el bullicio.

— «Un muerto!» decía uno, «es un hombre que se cayó muerto.»

— «Dos que se tomaron á puñaladas» esclamaba otro. «Acabo de ver el herido.»

— «Es una señora que se halló de pronto acometida de dolores de parto» murmuraba un tercero.

Medio á medio de tantas opiniones diversas ¿que había ocurrido en realidad?

En el momento mismo que Alfredo aproximaba su rostro al oído de Alcira, Tulio había tomado involuntariamente á un prójimo por el brazo. Como apretara con rabia, el otro se sulfuró, y le aplicó una bofetada, entonces el provinciano lo zamarreó violentamente y lo arrojó escaleras abajo.

Es este un fenómeno, en parte psicologico, pero cuya esplicacion se debe á la fisiologia humana; algo como una irritabilidad nerviosa irrefrenable. A él se deben infinidad de hechos criminales, heróicos y estúpidos. Adam Smidt, en su base moral, expone toda una teoría al respecto. Una persona interesada en un asunto cualquiera, sigue con movimien-

tos diversos la evolucion de aquel. De ahí los gesticuladores en plena calle.

Conocimos un muchacho que cuando asistía á los partidos de pelota, se posesionaba tanto del juego, que se movía como si bailara en el momento en que los pelotaris arrestaban. Asistía á Colon otro de los «casos» más originales. Este raro diletante ocupaba siempre butaca de orquesta y era lo más molesto que pueda imaginarse. Si el tenor ó la dama ó el barítono, ó los coros, no estaban en voz, os hacía cruelmente copartícipe de su mal humor, aunque no os hubiera visto en la vida.—Si cantaban bien, entonces era fatal al grado sumo. Por no interrumpirse á sí propio, ni interrumpiros, os tomaba involuntariamente la rodilla, el brazo, el muslo, lo que encontraba más á mano, y apretaba, apretaba de tal suerte que era asunto de armar un escándalo. Cuando os preparábais á largarle una fresca, terminaba su nota el cantante y él os pedía sumisamente perdon. «No lo puedo remediar...» esclamaba con acento compungido.

Un inglés le objetó una noche, antes de retirarse—pues no lo sufrió más de un acto—que debería abonarse á tres asientos, ocupar el central, y cuando le acometieron los accesos, prenderse de los brazos de los sillones desocupados.

El infeliz que había rodado por las gradearías del hipódromo, se había roto un brazo, la cabeza y estaba todo magullado.—Aprendióse á Tulio que no pensó en huir siquiera y en seguida narrábase por todas partes, que un «jóven desconocido» había atropellado á un señor respetable por asuntos de apuestas; que al preguntarle el comisario su nombre había respondido con insolencia:

—Tulio Arguelles!

Otro hubiera contestado con dignidad; á aquel infeliz no le correspondía otro dictado que el de insolente.

—Tulio Arguelles?...dijo Alcira. Conozco ese nombre y recorriendo su memoria, agregó: —Si... me fué presentado en el baile de Don Ramon Zamora...¿Le conoce Vd Alfredo?

—Creo que si señorita,...de vista, contestó el interpelado con aire desdeñoso.

—¿Qué es?...

—Atorrante.



Tulio Argüelles

¿Semejante yo á Dios? ¡vana quimera!
Semejante al gusano, que se abriga
en el polvo, y de polvo alimentado
muerte le da y sepulcro quien lo pisa.

Fausto

Una mañana del mes de Enero, terminado el almuerzo, Sofía se hallaba pensativa, abatida como planta que no recibe el sol. Descansaba con ceño de aburrimiento en su lujoso *boudoir* del palacete de la calle Rivadavia. Su marido más preocupado al parecer, recorre la sección *Bolsa* de un diario vespertino, Ambos guardan silencio largo rato, hasta que Sofía esclama:

—A ver Ramon...si puede hacerse algo por ese pobre mozo...preso...sin familia, quizá sin amigos. Abandonado de todos.

—Imposible, querida mia...Su accion ha sido una verdadera fechoría, un acto de loco, una brutalidad estúpida...inesplicable.

—Pues yo me animaría á jurar que hay algo de por medio, contestó Sofía resueltamente,—Tulio es un jóven educado...serio, incapaz de cometer una tropelía.

—Qué sabes tú?..

—Si lo conozco...«desde chico», pensó decir, y alarmada de su mentira, agregó, lo conozco bien, para suponerle capaz de una accion semejante.

—De todas maneras, replicó el marido como último argumento, la justicia ha tomado cartas en el asunto, y ya no se puede componer el barro.

—La justicia!..la justicia!..prorrumpe irónicamente Sofía. De cuando acá!...Muy bien que cuando se quiere, digo, cuando á Vds se les ocurre inclinar el platillo del lado que mejor se les antoja...La justicia!...Da pena verdaderamente, que tú Ramon, te salgas con semejantes evasivas.

—No son evasivas, Sofía del alma...El señor aporreado es persona de posicion...ha declarado la verdad de los hechos y estos condenan á Tulio de una manera terminante.

—Y porqué no lo ves tú mismo al Sr. Ramiro?...¿Ramiro, dijiste?

—Si, Ramiro.

—Pues vélo...inquiére...influye, porque se muestre benévolo. Si no fuera por el «que dirán»...iría yo misma, á saber la verdad, de los lábios de Tulio...Estoy tan segura de que existe algo de por medio...

—Bueno hija, se hará lo que pides, hablaré á Don Ramiro esta tarde...esta noche. Y el Sr. Zamora prosiguió leyendo el diario que tenía entre manos.

En realidad su espíritu no estaba para distraerse en asuntos secundarios. Su hijo encerrado en un manicomio, loco de atar; sus negocios en berlina: llevaba perdidos doscientos mil nacionales en la Bolsa. Las tierras compradas en el *Cabo de las Virgenes* habían resultado «macana»:—sin compradores, ni con un cincuenta por ciento de rebaja. Su filiacion política en la lucha electoral, otra calamidad: el candidato, empezaba á desconfiar del éxito de la jornada, lo que equivalía á un «sálvese quien pueda». Todo fallaba en su alrededor, y ya ciertos indicios, le hacían experimentar el frío de la indiferencia social que antecede á grandes los hundimientos.

—Entonces me prometes que harás algo? repitió finalmente Sofía, levántandose con soltura.

—Si mujer...se hará lo que se pueda.

Ella sabía lo que aquello significaba en boca de su marido.

Sin darse estrecha cuenta, lo cierto era que se preocupaba de la prision de Tulio, más que de los asuntos anexos á su vida de casada. ¿Sería quizá porque siempre atraía á su memoria, como una de las páginas más originales de su vida, la noche que trabara relacion con Tulio?... Estaba segura que si él hubiera frecuentado su vida, le habría hecho su amigo predilecto. Y sin embargo, no experimentaba ninguno de los síntomas del cariño adúltero, ni entreveía en su conciencia de esposa honesta, escrecencia alguna que le revelara hallarse inficionada por una pasion liviana. Notaba en sí, el dulce devaneo de un sentimiento íntimo, desinteresado, puro; justo medio entre el cariño de hermana y de amiga confidencial. Amaba á Tulio casi como se ama á «un hijo...adoptivo.» Buscaba en vano, entre la innumerable cantidad de damas que frecuentaban sus salones, de hombres que rendían pleito homenaje á su hermosura, el goce inefable de los ratos de expansion al lado de su comprovinciano.—La intimidad de Tulio y Sofia había ido progresando enormemente. Cierta dia le había dicho:

—«Tulio, cuénteme su vida y milagros desde el dia en que nos conocimos Pero no omita detalles... refiéramelo todo, todo, como

si fuera yo su mejor amigo de confianza: seis años, en la vida de un hombre jóven, rodando por el mundo, deben tener que ver!»....

Y Tulio le había narrado punto por punto sus tribulaciones y sus vicisitudes de soltero.

«Después del fallecimiento de sus padres, y de pasar por todos los enredos de la sucesion, su vuelta á las aulas con la idea hecha de dar término á la carrera de médico. Sentía entusiasmo por la medicina. Estoy seguro, le decía, que habría llegado á ser un facultativo notable! Y luego entusiasmándose por grados, agregaba. «Me deleitaba en el estudio de las ciencias naturales, y me complacía en notarme con disposiciones para el ejercicio de la profesion. Ya me figuraba á la cabecera del lecho de un moribundo, rodeado de los dolientes, padre, madre, hermanos, lo que fueran, pendientes de mi fisonomía, persiguiendo los gestos más pequeños de mis ojos, mientras yo, grave, severo, circunspecto, siguiera observando paso á paso las alternativas del mal, las evoluciones de mis medicamentos en el cuerpo del paciente, hasta que al fin, muniéndome de la entonacion más solemne, exclamara:—«¡Está salvado!», «cuiden Vdes de esto, de aquello y de lo de más allá, que aseguro la convalecencia.»

«Y luego, los desbordes de la familia, radiante, risueña, rebosando placer ingénuo,

ese placer amativo, noble y grande de los consolados, de los que recuperan un sér querido á las puertas de la muerte, que os circunda que os abraza y colma de parabienes y agasajos» «¡Ah Doctor...cómo podremos pagarle» «Doctor!»...no le parece á Vd bien que se le dé una taza de caldo?»...«Y Vd Doctor no tomaría una copita de Oporto...anda hija corre...una copita de vino para el Doctor».... «¿Dígame doctor no le parecía bien que se le despertara luego para distraerle un poco?».... «Pobrecito está tan estenuado!»...«Doctor.... ¿cuándo podremos hablarle?» «¡Si supiera Doctor!» «Doctor!»...«Ah Doctor ¡qué alegría nos han producido sus palabras....nos vuelve á la vida!»...Y yo parado, tieso, bonachon, porque eso si, sería en extremo bonachon y no pedante, en medio de todo aquel gaudeamus de rostros ufanos, exclamando con tono entre severo y profético.»

—«Nada! lo dicho, el régimen indicado... Ya tendrán Vdes tiempo sobrado de abrazarle, besarle...cuanto se les ocurra...por ahora...lo dicho.»

«Pero Dios no lo quiso. Una mañana recibe carta de cierto potentado amigo de su finado padre en que le decía: «véngase al Rosario, donde le ofrezco una buena colocacion á mi lado.» Aunque no tendría arriba de diez

y nueve años, en poco tiempo, su actividad, su honradez y las facultades de que se halla dotado para el empleo, le ponen al frente de los negocios de su principal. Pero la primera condicion ineludible, es que abandone la carrera de médico.—«Estudia abogacía, le decía el ricacho, en estos países hace más pronto carrera un embrollon que un curandero»...«además las Facultades no cuentan con el número de elementos necesarios para efectuar un buen curso de medicina...y no me servirías en el futuro para el desempeño de las tareas que pienso encomendarte.» La imposicion es dura. Pero se trataba de «hacerle hombre» y Tulio se amolda á las circunstancias: ¡la ley del pobre! Por otro lado, debía velar acerca del futuro de su familia, de sus hermanitos huérfanos, y se decide á todo.» Y sin embargo sentía una aversion cordial por los códigos, sus comentaristas y las dichas Pandectas.»

«Los criminalistas se le aparecían como un atajo de locos, que ninguno sabía decidir, á ciencia cierta, lo que debía entenderse por delito ni por pena, ni siquiera dar fundamento al derecho decastigar. En filosofía, la materia se pierde entre un fárrago de sistemas: este afirma que el derecho es *subjetivo*, el otro que es *objetivo*, aquel se lo cuelga á la

Divina Providencia, el de más allá al Pontífice Romano y alguno lo delega en el Estado al que apellida el *Dios presente....* Qué sé yo! Por último un autor moderno, le espeta que el tal derecho no es otra cosa «que el conjunto de condiciones armónicas necesarias al cumplimiento del fin humano.» Pero no le dice qué son «condiciones» ni qué es «armonía» en derecho, ni siquiera qué debe entender por fin humano.»

«Con semejante atropello de ideas y de frases, divaga siempre á oscuras, y sus catedráticos lo detestan por su mordacidad sistemática. Pero sigue adelante, hasta que un día, dos «pilletes de academia» se prevalecen de su posición inexpugnable para despedirlo con una nota desdorosa en las pruebas de fin de año. Se lamenta una noche entera, llora, se arranca los pelos de rabia: «él, acostumbrado á salir airoso, sobresaliente á rigor de estudio, clasificado de bruto». Pues no faltaba más!»

«El día siguiente tuvo la resolución hecha de no pisar jamás la facultad de derecho. Amontona convulsivamente sus librotos á la puerta de su cuarto: setenta mamotretos de derecho, desencuadernados, hojeados, anotados al margen, grandes, chicos, sin forro unos, destapados, los más, los inunda de kerosene y les arrima un fósforo encendido.»

«Se levanta una llamarada que llega al techo, arden las cenefas, el maldito líquido incendiario corre por el alfombrado, se comunica al corinado de la cama estudiantil, gritan los chicos, comparece el casero todo azorado, cunde la órden de alarma por la calle, suenan los pitos pidiendo auxilio, se presentan los vecinos con baldes, luego los vijilantes y bomberos: á título de salvataje rápido se despedaza porcion de muebles arrojados conjuntamente con los espejos y cuadros por los balcones, hasta que felizmente se contiene la fogata y las cosas vuelven á su quicio.»

«Don Camilo, que así se llama el principal de Tulio, tiene conocimiento de lo acaecido, le hace algunas observaciones admonitivas; y luego, festeja en comunidad de amigos, viejos como él, el endiablado suceso.—Sangre de muchacho jóven, fogoso....»

«Don Camilo es un héroe festejado de la buena fortuna. A esta le cupo un día soplar con viento fresco hacia aquel pobre diablo, caritativo, bien intencionado, pero torpe. Se levanta de la noche á la mañana con seis millones en una de esas revueltas de la propiedad, tan frecuentes en estos países de los valores escondidos, y pasa á disfrutar el rango de persona de consideracion, porque le plugo á la suerte veleidosa. Estima á Tulio tanto como le con-

viene. Desea figurar, ser hombre público; por lo pronto, aspira á los puestos encumbrados, y para hacer gala de preparacion y disposiciones autorizado por sus caudales se cartea con diputados, ministros, presidentes, con toda la gente de pró, con todas las sumidades de la política militante.»

«Publícanse sus cartas, verdaderos estudios de organizacion, como que son escritas por el secretario privado, y todo el mundo conviene, en que «Don Camilo, es un hombre de largas vistas» y «de una ilustracion á prueba de bomba! «un talento desconocido que se esteriliza en la más cruel inaccion.» Así figuran la mayoría de esos patanes que cuando se largan solos, promueven la risa de los oyentes más circunspectos. Sin embargo, luego se conviene en que no estaban en su dia; debido á que la adulacion goza de las más delicadas estratagemas.»

«Pero Don Camilo, aunque algo desengañado de los hombres, como buen quincuagenario, promete á Tulio villas y castillos, mucho más de lo que está resuelto á cumplirle.»

«Ah! no tengas cuidado que á mi lado serás hombre.» Y las cosas siguen á maravilla, sin que nadie cuente con la huésped. Esta, viene á ser una hermosa cautiva; la favorita del harem principal de Don Camilo. El muy zopenco

del viejo, que ha sido jóven y ha corrido por miles de pellejerías, travesuras de mal género y...¡qué sé yo!...pone á su secretario privado, en relacion con su dama privativa. Tulio se demuestra respetuoso, cortés y al mismo tiempo galante: «Un hombre debe ser galante con las damas,» y Don Camilo halla todo aquello muy puesto en razon. Pero Don Camilo se ausenta por negocios.....»

«Una respetable anciana, llama entonces á Tulio «urgentemente» por encargo de la con-sabida; «necesidades apremiantes», «cuestiones administrativas.» Y Tulio no trepida. Se presenta en el harem, á una hora inconveniente pide disculpa por ser importuno. Ella lo recibe sin cumplimientos y le habla ratos perdidos de asuntos estraños al principal.»

«Emilia, que así se llama la favorita, es una espléndida mujer, alta, ricamente dotada de formas; pechos turjentes, brazos á torno, tiene ojos negros de espresion caliente, pelo ondulado, negro como sus ojos; y lee novelas por distraccion.»

—«¿Ha leído Vd. la «Marquesa de Pinares»... y «Oscar y Amanda?»...»

—«Sí».... contesta el pobre Tulio con recato.

—«Ah», prosigue la odalisca, «Pero no me diga, Argüelles, nada superior al *Rafael* de La-

martine....todo poesía....parece que aquello no fuera natural, humano al menos digo.... tanto amor desperdiciado!...¡un idilio á oscuras y sin embargo esteril!...»

«El se encierra en una estrategia defensiva. ¡Pero el casto José cuenta al presente tan pocos adeptos! ¡Por fin Emilia cansada de andarse por las ramas, se larga á fondo con una estocada limpia, certera, estocada de muger animosa.

— «¡Si supiera Vd. Tulio, cuanto he cabilado noches pasadas por lo que me dijo delante de Don Camilo...tiene Vd. más intencion!...»

La conciencia grita, pero la sangre borbotea: él es jóven, ardiente, audaz cuando la audacia se insolenta con la timidez, y ella, deja caer, liviana, insinuante, desnuda, una mirada de sus ojos húmedos, que lo baña, lo atrae, lo inunda de ternura indefinible, hasta que vencido, ardiendo como una fragua incandescente, cae á sus plantas como un héroe de romance...

— «Cuánto te amo!...y suena un beso que es como el preludio de una sinfonía interminable de besos; y... Dios es testigo fiel, que la culpa del pecado original, la tuvo Eva en pleno paraíso, bien que sugestionada por la maldita sierpe, que enroscó el Supremo Hacedor, al tradicional manzano de la selva virginal de aquel sublime Eden, el más pródigo en capri-

chosos donativos para la humanidad infortunada.....»

«Las entrevistas se suceden, al principio con recato, con circunspeccion «¡si lo llegara á saber!» luego se hacen más frecuentes, y por fin públicas.»

«Un comedido, que nunca falta, pone al corriente á Don Camilo de lo que está pasando. El taimado ricacho busca los medios de persuadirse, y un dia con vanas excusas pone á su secretario, cajero y demás, de patitas en la calle.»

«Imbécil!...coloca la pólvora al lado del fuego y cree que no hará explosión al menor descuido. Impertinente!...junta á una muger jóven con un mozalvete de veinte años y se va á pasear como si tal cosa.... «La vieja vela!... el sueño de los justos, pero no de tu cueva de zorro, vejestorio sin fuerzas, leon sin garras que hay que ayudarte á terciar los suspensores... «¡La ingratitud!...la necedad cuando no la vanidad de que os bastais á vuestras empresas formidables, sátiros flojones, inútiles rezagos de un formulario antiguo que huele á rancio....

«¡Y se quejan de que los venden!..., debían dar gracias aún de que no los ahorquen.

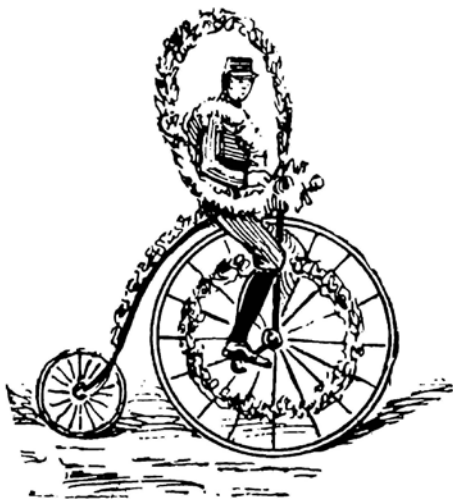
«Abandonado á su ingrata suerte, Tulio quemó en remate público sus petates y se vino á Buenos Aires. Aquí se le ocurre á este ben-

dito, enamorarse perdidamente de una dama que se casa con otro... ¡Si será castigo de Dios para que purgue sus faltas de calavera!»

«Sofía por ahora, no se preocupa de otra cosa, que de sacarlo con bien del atolladero en que está metido.»

«Lo conseguirá?»

«Mucho tendrá que resistir el hado en su implacable ferocidad para oponerse con ventaja á los designios de una muger que quiere.»



Horas tristes

Tardes de Palermo

Huyeron del alma la dicha y la paz
huyeron por siempre por siempre ja-
más.!

Recluido en una linda piecita de la Penitenciaría, cómodo alojamiento que le fué proporcionado á segunda hora debido á los empeños de Don Ramon y de su amigo el Dr. Escudero, Tulio se halla sentado á los pies de su cama, con la mente embargada por los últimos sucesos de su vida aciaga. No hay para qué decirlo, en todos sus pensamientos aparece *ella*.— «¿Qué habrá dicho?...¡que soy un insensato, un asesino quizá! Mientras tanto su ideal en lo que menos pensaría era en semejante individualidad. Esta es la lógica del amor en su

manifestaciones genuinas. Un hombre ama con delirio, y su adorado tormento se fastidia en el mismo instante por cualquier nimiedad. Recíprocamente una muger clama al cielo por no verse amada, y al favorecido lo que menos le importa es que álguien lo quiera con idolatría. Estos son casos que se repiten en la vida juvenil, y que todos aceptan como perogrulladas, aunque el que más el que menos, la mayoría, haya renegado á sus horas, por semejante órden de enmarañaje ridículo.

Por la tarde, se permite al prisionero recibir á sus visitantes; algunos amigos «desconocidos», que le conservaban aprecio por que sí, y á quienes él no hubiera reconocido nunca como tales, en la vorágine de relaciones incidentales de Buenos Aires. Ellos le traen noticias del estado del Sr. Ramiro: malas, pésimas, el hombre quedó deshecho con el golpe atroz. El brazo roto, que le hubiera sido entablillado al principio, hubo necesidad de amputárselo despues, porque se gangrenó. La herida de la cabeza, estupenda. Segun el pronóstico de los facultativos, el cerebro quedaría lisiado, y segun otros el paciente se volvería loco. La perspectiva de Tulio era hartó desagradable: diez años de presidio, y eso conduciendo muy bien la causa, por un abogado hábil. Para un hombre que recién empieza á vivir, la rea-

lidad del asunto, es de las que obligan á meditar en la Divina Providencia.

«Bah! á mi salida, esclama, seré un «hombre hecho, aunque no serviré para maldita la cosa.»

—Pero como ha sido?,...porqué ha sido? le preguntaban afanosos sus amigos.

—Por nada, señor, contestaba Tulio, por una friolera....me pisó distraidamente, supongo. Lo tomé de un brazo....para «suplicarle mis excusas»....Me plantó una bofetada, y lo arrojé escaleras abajo....Esto es todo.

--Vea Vd. por una tontería!...

—Asi es la vida....Por una tontería, él reposa en su lecho de muerte quizás, segun Vd. mismo...y yo...yo me albergo en esta mansion de miembros del infortunio.

Uno de los visitantes más asiduos de Tulio era el Sr. Escudero. Esta alma bendita, lo socorrió en el primer instante con prodigalidad incomparable, paternal. Dinero, si necesitaba, asuntos de servicio, comodidades de preso distinguido, todo se lo metió por las narices. «Antes que nada, tratar de vivir bien» le decía entre chuscada y cuchufleta más ó menos pertinente. Hasta que por último, el muy cándido, se retiró por algun tiempo, especialmente resentido, porque solía hallar á «su provinciano» con un humor inaguantable ¡Un ena-

morado sin suerte, un preso sin probabilidades de recuperar su libertad en buenos años, debía estar siempre sonriente, alegre como unas pascuas....!

Por una compensacion de su mala estrella, la totalidad de los empleados de la Penitenciaría simpatizaron con él y le cobraron leal aprecio. No tenía el aspecto «del chacal en el desierto» y menos el de un ogro que se devora niños crudos; ni encontraban siquiera en su fisonomía rasgos espresivos para formular el boceto de un criminal cobarde. Tulio por su parte se esmeraba en conquistarse el aprecio de todos. Tenía miras secretas: «me dejarán salir á la puerta, se decía, los domingos y los jueves, y la veré cruzar en carruaje á sus paseos á Palermo. La distinguiré entre todas, aunque vaya en carruaje cerrado...con su marido, por supuesto.»

Trascurrieron diez meses, largos, pesados y llenos de fastidio cual deben de ser, los de un condenado á vivir recluido entre cuatro paredes. Hasta que un dia muy temprano, se le anunció la visita de tres caballeros.

—Que pasen! contestó el preso lleno de alborozo. Un visitante para un preso, es un donativo del cielo; tres, significan una bendicion de Dios.

Se presentaron los bien venidos: el Sr. Zamo-

ra, el Dr. Escudero y....Don Manuel Ramiro, el Ramiro de las carreras; pero un Ramiro mutilado, manco del brazo izquierdo.

Tulio al principio no dió crédito á lo que veía. Indudablemente en aquel instante, era víctima de una pesadilla cruenta y fatigosa, una de esas pesadillas amargas que nos despiertan sobresaltados con fuertes latidos de corazón hasta hacernos exclamar:—«¡qué suerte que haya sido un sueño.»

Pero en el caso ocurrente la vision era real su víctima, su inocente víctima del Hipódromo era la misma que tenía delante.

El Dr. Escudero convenció al preso presentándole ceremoniosamente al Sr. Manuel Ramiro.

Tulio vaciló entre estirar la mano ó ponerse en guardia. Enpero como su visitante inesperado le tendiera la diestra, cedió á la evidencia y estrechó la mano de amigo que se le ofrecía.

—Antes que nada, prorrumpió el Sr. Ramiro sentándose nerviosamente, antes que nada, dígame Vd. jóven ¿qué mal le habia hecho yo.... por que la verdad, y por más que esprimo mi magin, le juro á Vd que no recuerdo haberlo visto (perdone la frase) ni en caja de fósforos?...

El interpelado trató de responder, pero la

voz se le atragantó y vivo rubor alteró su fisonomía. El primer impulso fué de suplicar perdón humildemente; pero recordaba que en otra ocasión que había hecho idéntica cosa con un anciano á quien ofendiera indiscretamente, su decepcion había sido tremenda. Y desde entonces, juró no humillarse al más pintado. Hay trances en la vida en que el arrepentimiento sincero no deja de ser una tontería solemne.

—Diga, señor!....repitió Don Manuel Ramiro implacable ¿qué mal le había hecho yo para que me dejara manco y me tuviera á las puertas de la muerte?....

La situación era forzada. Tulio debía hablar, decir algo...cualquier cosa, pero hablar.

—Señor....respondió con timidez el preso. Vd. me pisó ...y no pude ser dueño de un movimiento involuntario, quizá exagerado... ,y que Vd. juzgó en mi concepto sobrado ofensivo para su dignidad de caballero...Luego, Vd. recordará, me aplicó un bofetón...A mí se me nubló la vista, y...

—¿Que yo lo pisé?...¿Que yo lo pisé!...

—Sí, señor! exclamó resueltamente el preso.

—En fin...puede ser... pero creame que no recuerdo semejante cosa.

La excitación del momento, Sr. Ramiro,

explica la falta de atención á lo que ocurría bajo sus piés! agregó triunfalmente Tulio.

La víctima reflexionó un instante, no quería creer y sin embargo, hallaba lo más natural que en un movimiento cualquiera, hubiera destrozado un callo del infeliz sugeto que estaba á su lado el día de las malahadadas carreras del Hipódromo. En seguida con tono pérfido de pedagogo que dispensa á su catecúmeno de un castigo severo, agregó.

—¡Aun así mismo, joven, Vd. estuvo descomedido!...violento!...debe Vd. confesar que estuvo sobrado grosero en su modo de tomarme del brazo que perdí!...

Yo confieso Sr. Ramiro que no me encontré dueño del primer impulso...y que si pudiera corregir el barro...

Desgraciadamente no tiene remedio... insinuó tristemente el manco lanzando un profundo suspiro al paso que echaba una mirada de reojo á su brazo perdido, y desabrochándose la levita agregó, ¡Desgraciadamente estoy inutilizado para toda mi vida!... yo en cambio aquí le ¡traigo su orden de libertad...y sea otra vez más...

Tulio no le dejó terminaa, y cediendo á un arranque de sentimiento, á una de esas corazonadas, muy humanas, se precipitó en brazos del Sr. Ramiro.

Don Ramon y el Dr. Escudero abrazaron á sus veces al acongojado preso, que lloraba de una manera estúpida.

Luego comparecieron los carceleros, sus grandes amigos, los que le distraian en sus horas de tristeza—toda la gente «de palacio,» que le dedicaba sus ardorosas felicitaciones con creces.

Argüelles queria contestar, agradecer de algun modo á los exelentes guardianes aquella óptima declaracion de afecto, bien lisonjeadora por cierto; pero no decía nada, se ahogaba, las cuerdas bocales se le habían dilatado, las sentía gruesas, constreñidas, oprimiéndole el gaznate.

—¡Decididamente....no puedo hablar!.... prorumpió al fin.

Esta ocurrencia de un mudo que dice lo que siente, causó la hilaridad expontanea de los circunstantes. Tulio por su parte habia pasado á ese período de lágrimas y risas, en que se llora á carcajadas: el grado sumo del placer

—Venga amigo, agregó el Sr. Ramiro dirigiéndose á la puerta de salida, vamos á almorzar á la casa del Sr. Zamora, á cuya esposa debe Vd. mi presencia en este sitio.

Ya en la calle, el golpe de aire fresco, acariciador de una mañana del mes de Abril.

En libertad!...en libertad! sueño dorado!... Al fin respiraba de nuevo, el ambiente puro, ese ambiente blando que solo aprecian los que han vivido meses, años de reclusion entre las cuatro paredes de un albergue mefítico. Tulio experimentaba nuevamente, esa convincion de sí propio, que tampoco estiman los que nunca se han visto trabados en el libre ejercicio de su voluntad; ese valor real de la personalidad que le hace moverse pararse, hácia ó en donde le acomoda.

Al llegar á lo del Sr. Zamora, Sofía le estrechó la mano con efusion.

—Hola! el prisionero de vuelta?...

Bien lo sabia ella, santa y noble criatura, desde pue habia sido el abogado principal de la causa.

Durante el almuerzo, la señora de Zamora, se mantuvo jovial, alegre, chispeante, decidora como nunca. Parecia que experimentaba el placer supremo de la vuelta de un miembro de su familia, despues de un largo viaje por lejanas tierras; esa solicitud llena de preguntas de aspavientos y de sorpresas de las mugeres cariñosas.

A la una y media terminó el almuerzo, y los comensales se despidieron entre sí. Tulio juró á Don Manuel Ramiro una afeccion eterna—

aunque nunca le dijera la verdad de su comportamiento en las carreras.

Salió á pasearse, á dar vueltas, á ejercitar su motilidad libre. Subia á un tranway para bajarse en el acto—aquello no era actividad bastante, y el quería andar de prisa. Tomaba un carruaje y lo dejaba á las dos cuabras—se le antojaba el coche un calabozo portátil. Corrió por fin más que caminó de un lado para otro, hasta sentirse estenuado de fatiga. Quería persuadirse de que no soñaba, que era libre, y hasta tenía deseos de gritarlo, de espetarlo á aquellos señores que se paseaban muy orondos de su prerrogativas. Hubo un momento en que lo dijo fuerte.

—Yo también soy libre!

Luego volviendo á su juicio, exclamó: dejemonos de simplezas... los nervios quietos que ya se lo que me cuestan.

Fra jueves, volvió á tomar un carruaje y se largó á Palermo.

Al cruzar rápido por la Penitenciaría le echó un vistazo á vuelo de pájaro.

«¿Volveré?»

¿Quién es capaz de decifrar el libro garavateado del destino?.....

Pero hagámosle justicia: tuvo en medio á sus trasportes de alegría, un pensamiento compasivo para las infelices que allí quedaban en-

cerrados en vida. Y devuelto á sus dias de tristeza, en la soledad de la prision, exclamó:

—Ah si yo pudiera ser alguien; si pudiera ser.... algo que me habilitara á franquearles la salida á todos en un mimísimo momento. ¡Cuanto goce en un solo dia! ¡Cuanto infeliz que allí rumia su destino miserable, no vendria como yo, inundado de inmensa gloria, á disfrutar el aire puro, este aire indefinible, de la sacrosanta, de la grandiosa libertad!....

Siquiera estuvieran todos los que son. Pero la justicia humana es tan chistosa, que si un dia, por cualquier evento, se presentaran de improviso en las cárceles públicas, la totalidad de los grandes bandidos que se pasean libremente por las calles, los condenados á prision perpetua tendrian que salir á espeta perros, por no contaminarse con los intrusos.

Allí si, que ni estan todos los que son ni son todos los que estan.

—
•¿Quien marcará mi norte y mi sendero?
¿Seguiré los impulsos que me guian?
Ay; El camino de la vida obstruyen
dolores desengaños y desdichas.....•

La estacion de las flores á huido dejando los árboles despojados de vegetacion.

El frio de las cuatro de la tarde, hace que las damas viajen por la avenida de las palmeras,

envueltas en sus abrigos de pieles y arrinconadas en sus cupés de lujo. El aristocrático paseo se halla concurrido á más no haber. Las filas interminables de coches, obligan las revistas habituales del buen tono. Una sucesion de cabecitas vivarachas, acompañadas por graves y circunspectas matronas, pispoletean tras los cristales empañados por el vapor, que nubla la vision del interior. El carruaje de Tulio se ha internado en la segunda fila.

Y como si Dios se hubiera propuesto hacerle experimentar todos los matices del placer, á los pocos instantes de penetrar en el curso, divisó á Alcira, embutida como en un nicho, en el rincón de su cupé, parado en la tercera fila de la izquierda.

Ella tambien lo vió y cediendo á un movimiento de curiosidad femenina, le miró con fijeza. Acababa sin duda de reconocer en Tulio al jóven brutal de las carreras. Luego los carruajes se movieron y la vision se perdió entre las filas de vehículos.

Argüelles no quiso ver más, dió la vuelta y «á casa, cochero.»

Llevaba el alma repleta. «La he visto,...la he visto y me ha mirado, hoy creo en *todo*» exclamaba recordando á Becquer, mientras el carruaje rodaba en direccion á la ciudad.

Era un día ganado, un día completo; la eternidad en varias horas.

¡Disfruta ente soñador, goza á tus anchas gusano miserable, los breves instantes de ventura fugaz, que ya la suerte te deparará lágrimas de compensacion para el resto de tus días!...

«Hay en la vida de cada hombre, ha dicho un célebre contemporáneo, un momento de oro, una cima luminosa, en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto á goces, á triunfos. La cumbre es más ó menos elevada, más ó menos áspera é inaccesible, pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay sinó que á manera de ese día más largo del año, en que el sol agota todos sus brios y cuyo mañana parece un primer paso hácia el invierno, ese *summun* de las existencias humanas, no dura más que un solo momento, despues del cual ya no cabe sino bajar....»





Boca del Riachuelo

Dos alhajas

Un viento rasante, sostenido, que remueve la tierra y la precipita en avalanchas cerradas á lo largo de las apestosas calles de la Boca y hace flamear ligeros en lo alto de los topes, los gallardetes y las grímpolas de los buques anclados.

Se conmemora el aniversario de la toma de la Bastilla, y aun cuando no cesa la labor diaria, aquel centro de actividad se muestra empavesado de estandartes y pabellones estran-

geros, semejando factoría cosmopolita vinculada á la gran obra del progreso nacional.

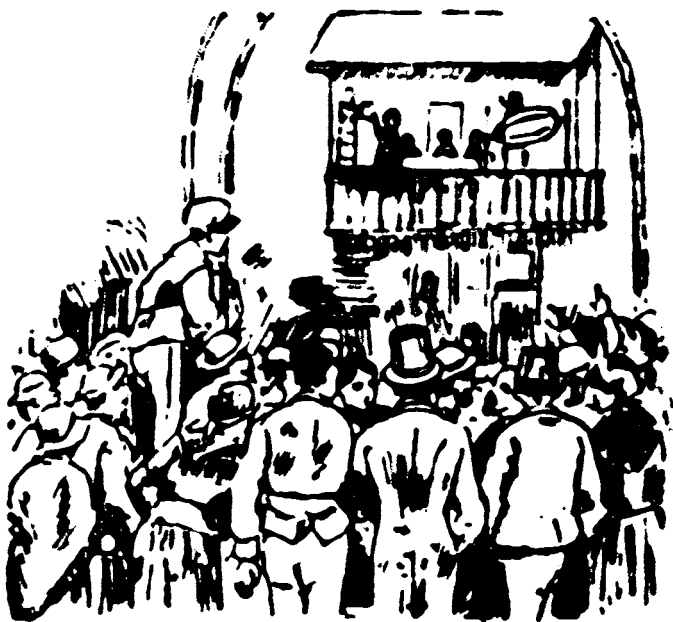
Por todos lados la subdivision del trabajo: los inmensos pescantes de hierro producen sin tregua el chirrido peculiar de las cadenas resbalando por las canaletas de las poleas, ascendiendo del fondo de los buques atracados, bultos enormes, fardos y cajones, toneles y columnas de hierro fundido de peso colosal que van á reposar sobre los wagones de carga entre las cajas tóscas de los camiones de transporte ó sobre las zorras de los barracones vecinos.

Cruza veloz la locomotora conduciendo interminable procesion de coches. Silban las calderas de los paquetes y lanchas que anuncian su pasage por entre aquel maremagnum de embarcaciones; vocean los marineros corriendo de un lado para otro, enrollando cabos y arriandó amarras, en medio del desconcierto de acentos, modismos y pronunciacion heterogenea de idiomas y dialectos europeos.

Las colectividades francesas, las diversas corporaciones de grémios que han estatuido su personalidad jurídica en Buenos Aires, pasean bulliciosas, haciendo vibrar por todos los ámbitos de la Boca, los metálicos instrumentos con los acordes bélicos de la Marsellesa. Sus connacionales marinos se trepan á las jarcias, y

enardecidos de entusiasmo por la marcha triunfal más heroica, más guerrera del orbe. saludan con entusiasmo á los festejantes; y aquellos rostros tostados, desgredados cual los iracundos jacobinos del 93, claman con voz cavernosa, agitando sus gorros de pieles:

—¡Vive la France! ¡Vive la Republique!, co-



mo en los mejores dias de asonada por las calles de Paris.

Los italianos han solemnizado meses antes sus remembranzas patrióticas al son de la Marcha Garibaldina, y los españoles trasportados á sus lares por los acentos nacionales

del himno de Riego, han exaltado con vívido ardor, la fecha heroica del 2 de Mayo.

Predomina en las ciudades, en los pueblos y hasta en los mismos villorrios de las Repúblicas rio-platenses, la especialidad festiva, en los dias de aniversarios extranjeros: no sucediendo comunmente otro tanto, con las gloriosas fechas nacionales. Las divergencias políticas, las mismas discordancias sociales-obligan muchas veces la apatía general, el in-diferentismo crudo que predomina en los dias de la patria. Apenas si el oficialismo despilfarrador y amigo de jaleos que distraigan la atencion pública, se evidencia en los grandes aniversarios nacionales, por algunos rasgos de entusiasmo artificioso: luces de bengala, iluminacion á giorno y fuegos artificiales la noche de la víspera: á la mañana siguiente, Te-deum, parada militar, cohetes y cañonazos. Pero participacion popular, manifiesta, espléndida como debiera observarse. Ya!...En dias de carnestolendas, en cambio, el entusiasmo es delirante....

La Boca del Riachuelo como la capital festeja la toma de la Bastilla.

En un casuchon de exterior descostrado, sito en la calle Pedro.Mendoza, se ostenta pendiente de los barrotes de una ventana de rejas herrumbrosas, una tablilla que dice: *Planchado-*

ra francesa. Consecuentes sus habitantes con el rótulo, hacen tremolar el pabellon que el primer héroe del siglo hiciera flamear hasta en lo alto de la pirámides egipcias. No obstante, los que ocupan la humilde vivienda no son franceses sino por razon de oficio.

Una familia pobretona, reducida, aunque de apariencia decente, habita el referido albergue. Misia Delfina, criollaza intumesciente, viuda hace algunos años, conservando aun ciertos detalles morfológicos apetitosos—ese no sé qué de las cuarentonas muelle y aplanado, que la curiosidad mundana estima, debido al olfato de los que gustan de tiempo en tiempo de las asperosidades sabrosas del tasajo.

A mas de misia Delfina, dos muchachas rozagantes, frescas y tentadoras como melocotones que se caen de maduros. Las niñas cosen, planchan, son aseadas, hacendosas, asisten dos veces por semana á la iglesita vecina y se dan su lugar entre las gentes de la Boca cual jóvenes honestas. Misia Delfina las mira como á las niñas de sus ojos, puesto que son hijas suyas: las ha educado en los buenos principios de moralidad religiosa, les ha inculcado hábitos de trabajo, maneras correctas y ha logrado realizar dos modelos de muchachas casaderas.

Ahora bien, esta misia Delfina, tan buena,

tan cariñosa, tan beata, tan excelente madre de familia, es una *Buscona*.

¿Inverosímil?...

Y no es una gazmoña, una pervertida en la acepción genuina del vocablo; Dios sabe bien que á la muerte de su marido era un dechado de honradez, un espejo de compuncion conyugal. Pero su finado, trabajador y empeñoso como era, nunca llegó á medio, hasta que un dia las fatigas del oficio lo echaron al hoyo, quedando misia Delfina abandonada, sin parientes, sin recursos y con sus dos inocentes criaturas. Eso si, era hermosa, tenía ojos negros, grandes, rasgados, brillantes, que parecian «dos luceros» como le solia decir su finado; una trenza que le llegaba á la corba y la tez de las morochas tucumanas.

Se dedicó á planchadora. ¿Que otra cosa podia hacer que más valiera? Adquirió pronto clientela de hombres serios, viudos y solterones en su mayoría, á los que llevaba su ropa lista y les acomodaba el ropero por «encargo especial,» buscando siempre para el desempeño de su cometido, los momentos en que sus marchantes se hallaban ausentes de los respectivos dormitorios.

Había entre los clientes referidos, uno viudo, buen mozo, que solicitaba á menudo la presencia de la planchadora para «arreglar

cuentas». Y siempre cicatero; le regateaba en los precios y le hacía miles de indicaciones á cual más fastidiosa «el número de camisas no podía ser» «los calcetines no venían bien punteados» «los pañuelos se le perdían sin saber cómo». Pero al fin todo se allanaba y despues de algunas pullas livianas relacionadas con



La planchadora

el asunto, Delfina tomaba el portante y se volvía á su quehaceres.

Una mañana, la planchadora se encontró de manos á boca con un cambio inesperado en el susodicho viudo. Este se le aproximó hablándole de mil simplezas, enjuto, pálido y con sonrisa boba. Delfina trató de abandonar el canasto y huir, pero él arremetió con brío, ella tuvo la desgracia de tropezar en

una silla... ¡fatalidad impía! y... perdió el conocimiento, como la Caba como la inmortal Florinda...

De tropezon en tropezon, Delfina se fué resbalando hasta trabar conocimiento con una propietaria de casa de inquilinato de la calle



La casera.

Rio Bamba. Otra desgraciada como ella, víctima de sus encantos personales.

Había llegado hacía dos años de Francia, su patria, con miras de abrir un taller de modas. No realizó capital tan pronto como preveía, y en el dichoso intervalo se enamoró de un «compadrito» que la redujo á vivir en

su compañía y que la propinaba sendas palizas; hasta que un día la abandonó á su suerte, bien cruel por cierto, pues tuvo que ir al Hospital á que le mondarán la sangre.

Delfina y Laura se conocieron en la casa de un cliente de ambas; hombre público, muy rico, pero calaveron y desordenado como los que anidan por los antepalcos del teatro de los grandes cancanes bonaerenses.

Las amigas se refirieron mutuamente sus penurias, lloraron como dos hermanas y Laura comunicó á la aplanchadora, que poseía una casa de inquilinato en la calle de Rio Bamba cerca de la Escuela Normal.

—Mi casa, es una especialidad, entra el que quiere, duerme su siesta ó pasa su noche, paga adelantado el estipendio y. . . en fin, mi casa es una *posada*.

Delfina ofreció su domicilio en la Boca, calle de Pedro Mendoza.

—La Boca!...interrumpió con estrañeza entusiasta Laura, la Boca!...excelente mercado!..

Intimaron las amigas, Delfina resistió las insinuaciones de la francesa, luchó, pero con más astucia que la criolla, Laura logró bien pronto persuadirla.

La malograda modista, era una víctima de sus disposiciones instintivas: la aplanchadora;

una inocente Virginia, que andaba por el mundo dándose de golpazos de puro inocentona.

¿Y cómo se explica, que una muger de tal jaez fuera un modelo de honestidad en su casa y no precipitara á sus hijas bajo sus ruinas?...

A semejante objecion contestaría el abogado de la descarriada muger y madre celosa, que por ahí se cuentan á millares los veletas políticos, los que entran por toda clase de infamias; que roban, sí, esa es la palabra, que roban y asesinan, se deshonoran y envilecen, descaradas rameras de la vida pública y que en la privada, son dechados de honradez y devocion moral.

En Sud América, estos ejemplos de prostitucion diferencial y á medias, son lo más frecuentes.

Un ladron público, un asesino político, un envenenador cobarde, un aparcerero de bandidos, un encubridor y camarada y copártcipe de canallas, no está inhibido de ser hombre de bien—en familia; y está probado que lo son, á veces, las menos por suerte, para vindicacion de la inflexibilidad de los principios morales.

Misia Delfina de Russo, la polígama de antes y «rebuscona» de hoy, la comadrona de indecorosidades y bajezas, es una excelente,

una cariñosa, una verdadera madre de familia.



Que las hijas debían saberlo?... Que las gentes de la Boca?...

Buenos Aires es hoy muy grande; el público vive en extremo ocupado; y de Centro América á la Boca hay dos leguas de distancia.

María y Eloisa planchan cada una en su tablero colocado en un caballete de pino.

La madre almidona unas camisas de hombre.

—Mamá, dice María, la ropa de la familia Zamora está pronta.

—¡Y qué camisolines tan lindos los que ha estrenado últimamente la señora! agrega Eloisa.

—Sobre todo, mamá, insinúa la primera, ¡Qué señora tan aseada! Siempre me fijo en la ropa antes de dársela á la lavandera. Viene como si no hubiera sido «puesta»....En cambio la de Don Ramon!....

Las dos muchachas se miran maliciosamente y rien á escondidas.

—Niñas!....esclama la madre con tono reprobatorio....«hum»!...,ya saben que no gusto de simplezas.....

María y Eloisa prosiguen aplanchando, pero tentadas solapadamente de la risa, al simple recuerdo de la ropa de Don Ramon y como se hallan impedidas de reir libremente, lanzan esos congojosos resuellos ahogados, que no se contienen á dos tirones, hasta que por último una no puede reprimirse, suelta la carcajada, y culpa á la otra, ¡porque.... «tiene tiznada la nariz.»

Misia Delfina se hace la tonta y llama al changador que ha de llevar el canasto: Un

viejo remolon pero que sabe los domicilios de los marchantes y á quien la planchadora retribuye con una bicoca.

Luego se tercia el manto y se vá á la calle recomendando á sus hijas el buen comportamiento y la mayor actividad posible, á fin de que las lleve esa noche al baile de los franceses.

—Mamá, «vení» temprano, dice María.

—Sí! no te demores horas perdidas como otras veces—agrega Eloisa.

Y la madre promete estar de vuelta antes de las seis.

El changador toma en direccion á la casa de Sr. Zamora y Misia Delfina otros rumbos.

Oh! la Boca es un excelente mercado! como le habia predicho su amiga Laura.

Solas las muchachas, dan rienda suelta á sus confidencias íntimas. Por de pronto se sientan un momento lanzando un ¡ay! de fatiga. Luego Eloisa que parece más expansiva, dice á su hermana.

—¿Irá Pedro esta noche al baile?

—Que sé yo hija!....

—Si no vá es más que tonto, porque figúrate que siempre lo encuentro á la salida de la iglesia, ó por la tarde cuando vamos con mamá á

lo de Doña Eleuteria....Tú no te fijas, por que no te importa, pero yo sí. ¡Me mira con unos ojos!...Yo, por supuesto, me hago la que no entiendo, sin embargo hay veces que daría....no se qué, por corresponder á sus miradas....Estan así, sabés?...

Toda muger enamorada, ó en principio de estarlo, hace de su novio un Adonis. El tal Pedro era un tipo de «media caña», intermediario entre el compadre y el «bachicha;» tipo suigeneris de la Boca; poseía labios belfos, amulata-dos, detrás de los cuales aparecían constantemente dos hileras de dientes picados y sarrientos y por añadidura poseía un lunar del tamaño y colorido de un cobre entre las cejas. Pero Eloisa objetaba que se le hacía más gracioso con «aque-llo». Por lo demás la madre vivía ignorando los tales festejos; porque las muchachas creen, que al contar esas cosas á las mamás, les revelan una «mala picardía» ¡Pobre, amor cómo te calum-nia la inocencia!

Eloisa se irguió de pronto, observando de paso, su escorso de muger romana, reflejado en el espejito de marco negro que pendía de la pared, y prosiguió con entusiasmo juvenil.

—Tengo unas ganas de amar á un hombre que me ame!...Si no fuéramos tan pobres...vi-viendo como vivimos....Ah! hija ¡qué desgracia la de ser pobre!...

En seguida vuelven á sus quehaceres, y como «muger ocupada no muere de amor porque sus pensamientos se apegan á las tareas,» Eloisa y María acababan por hablar de mil asuntos: «el plegado de la enagua»....«hija! no pases así la plancha que vas á quemar el volatel!»....«A ver? esta camisa de quien es?...Ah! es de ese Argüelles...vaya un apellido más feo.»

—Es aseado el tal Argüelles? pregunta María.

—Asi-asi, los hombres son tan...

—Pues hay mugeres...no me hables de eso que me dan ganas de echar las tripas.

—¿Te acuerdas de la ropa de aquella bailarina, y?....

—Anda, zonza!...ya te dije que no quiero hablar de eso.

—Si á mi me tocara un marido desprolijo... no sé lo que haría.

—Pues yo, lo tendría á dieta; si no andaba limpio, ni la comida ni el almuerzo á las horas... el ayuno, y la abstinencia de carne y pescado lo harían andar como un hilo.

La caída de la tarde va envolviendo los objetos con celajes misteriosos.

Sofía camina cabizbaja por las habitaciones de su casa sin saber como distraer su espíritu preocupado. Uno de esos dias de aburrimien-

to sumo, en los que no se sabe donde echar el tiempo que nos sobra y nos abruma.

La verdad es que la pobre hace semanas que anda de un humor!... Su marido, con la cabeza perdida en los negocios. Tulio, el único amigo que la divierte con sus tiradas románticas á propósito de la pasión que le trastornaba el seso, hecho un misántropo; ni aporta por allí. Ella misma, sin pizca de ganas de salir á la calle. Y «hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual...»

—Señora! Vd. quería hablar á la aplanchadora? Ahí acaba de entrar.

—Que venga, contesta Sofia, lo mismo que podía haber dicho lo contrario. El día anterior deseaba vivamente encomendarle una tarea, hoy ya no le importaba maldita la cosa. La versatilidad del bello sexo se espesa siempre de igual manera: ahora entusiasmo, juramentos, lágrimas....luego, nada.

Se presenta Delfina con su aire de compuncion respetuosa.

—En que podría servir á la señora?

—Desearía encargarla de una obrita original. Delfina. Sé que Vd. tiene hijas mozas y ellas podrán quizas llenar mi deseo á la perfeccion. Encomendaría mi trabajo á una de tantas costureras, pero siempre me será más grato darle á ganar á sus muchachas....Se trata de bordar de

relieve sobre este paño de canavá...Mi idea es esta:

Y sigue la esplicacion: un ramo de flores, especialmente rosas descansando en una canastilla de mimbres.

—Mis hijas no bordan señora...Ah! la indigencia me ha impedido darles educacion tan completa...Pobrecitas!...no hacen otra cosa que planchar, siempre planchar desde la mañana á la noche!...Los hijos, Señora Sofía, son una ventura y una infelicidad al mismo tiempo.....Si no hubiera sido tan desgraciada, les habría proporcionado mucho de lo que me he visto impedida de darles —y Delfina se enjugó las lágrimas,—en seguida agregó.

—Las infelices trabajan.. .Y vea Vd. lo que es el mundo!...Una hermana mía que no tuvo familia mucho tiempo despues de casada, vivía siempre en perpetuo lamento como se dice, porque Dios no le concedía la dicha de ser madre....Pero yo siempre le decía: «Para pasar trabajos y criarlos en medio de privaciones, vale más no tenerlos»....Por fin á los diez años de casada, la Divina Providencia la favoreció con un infante. ...¡Entonces supo lo que era bueno!...

Hay en la naturaleza humana un flaco «poderoso»...el que se refiere á nuestros dolores íntimos, á nuestras aspiraciones secretas.

—¡Recien á los diez años!...repitió Sofia.

—Si Señora, contestó la taimada, y es una historia bien triste la de mi pobre hermana... Figúrese Vd. que la idea de tener un hijo era su único deseo....Su marido pensaba otro tanto; pero nada; y ella como él se desconsolaban con semejante infortunio....Hasta que un dia se presentó una vieja que poseía ciertas yerbas medicinales....de los indios....que yo no sé.... Pero lo cierto es que el embarazo se produjo en poco tiempo.

—Y?...

—Despues nació un morrongo avisgado, sano y fuerte....¡Pero vino la época de la denticion, y el muchacho estuvo á las puertas de la muerte!...¡Pobre hermana mía, bien sufrió!...

—¡Sufrir por un hijo!...esclamó Sofia ¡sufrir por un hijo, qué dicha noble, grande!....¿Pero vivió?

—Y como no!...hoy es un mozalvete que ni Dios lo creyera....

Sofia se levantó y aproximó lentamente á Delfina como tentada de decir algo, que no quería, que no debía comunicar á una planchadora. Por fin se resolvió y mirando á otro lado como quien no le interesa el asunto dijo:

—¿Y...la muger de la medicina....murió?

—Creo que no....

Sofía encaróse con la planchadora.

—Que no ha muerto?

—Así me lo ha asegurado una amiga que vive...que vive... ¡qué memoria la mía!...Si!... que vive en la calle de Rio Bamba....

Sofía no dijo más nada. Delfina por su parte se retiró; ella bien sabía que el grano arrojado en aquel «terreno estéril» fructificaría á la corta ó á la larga.

Cuando se ausentó la aplanchadora, Sofía se irguió con entusiasmo, espresando de viva voz.

—Dios mío! Dios santo! Dios bueno! Dios poderoso. ..yo también tendré un hijo!...





Don Ramon Zamora

Crac en la Bolsa

Acciones del Banco Nacional

Me rio de la fortuna...dejo espacio á su malicia y me alegro de que me maltrate. solo por ver si llega un día en que se avergüence de ello.

Maquiavelo

La una de la tarde. La Bolsa se halla repleta de gente. Hombres de todas edades, nacionalidades, estaturas, pululan de un lado á otro, preocupados de sus respectivos negocios; unos conversan, otros fuman, los más recorren agitados el recinto hablando á éste, replicando á aquel, inquiriendo de mil maneras el estado de la plaza; allá en los corredores laterales, arrinco-

nados, escribiendo sobre grandes mesas, veloz, nerviosamente, este contempla sus cálculos definitivos, aquel hace diferencias ó reúne cantidades, el de acullá se enreda y aturulla la mente entre un verdadero gigote de cifras, todos se empeñan más o menos en dar caza á la más codiciada ilusion de la vida.

Por fin suena la campana. Se vá á jugar!...

¡Oh fortuna! ¡oh veleta oscura! siempre agazapada en los recovecos de la tierra pero á quien la mayoría se afana en conquistar á viva fuerza! Cambalachera de nombres, de pocisiones y hasta de castas; tú has sido invariablemente la heroina suprema, á veces ignorada, de esa novela inédita, de esa comedia de los siglos que el génio desmenuza en cuentecillos y acertijos de mala muerte! Los griegos te erigieron un templo! El pueblo más grande de la tierra no podía ser ingrato á tus favores: contigo vencieron en Maraton; Milciades fué tu elegido y Sócrates el primer mártir de tus desdenes. Los cristianos te despreciaron, y tú los enclavaste en las cumbres del Calvario, para escarmiento. Los sucesores del sublime apóstol acabaron por ceder; y hoy todos te siguen, todos te adoran; desde el pontífice máximo hasta el último pecador penitente de la tierra!

—¡Vendo acciones del Banco Nacional!

—Vendo!

—Vendo acciones del Banco Nacional!

La rueda es un alboroto. Parece que nadie se entendiera en medio de aquel galimatías, y sin embargo, el encargado de anotar las operaciones en el pizarron, graba vertiginosamente las cifras, claras, redondas como letra de escolar.

Por allí pululan todas esas enhiestas y empacadas sumidades del dinero; esos alardeadores de proteccion suprema, quienes convencidos de su valor en efectivo, os dispensan de tiempo en tiempo y desde lo alto del pilon de monedas de origen dudosísimo, el perdon de vivir....Jovencitos herederos que se lanzan en la vorágine de las especulaciones bursátiles fiados en su audacia, hasta que un dia la suerte aburrida de complacencias tontas los larga hechos «tarumba» á un rincon del vicio... Más allá los jugadores en pequeño, de que habla Gáboriau, que no renuncian á las delirantes emociones del alza ó de la baja, que se sacian revolviendo el dinero con la lengua ya que no pueden removerlo con las manos.

Estamos en la memorable liquidacion del 30 de Setiembre de 1880. Las acciones del Banco Nacional que abrieron el dia anterior á 130, se cotizan ese dia á 110.

Pero todos venden. Venden sin demora,

atropellada, frenéticamente: en pocos instantes el pizarron marca 105, 101, 98, 95..80!

—¡Vendo acciones! se grita aun con brio... Rostros pálidos, cadavéricos; otros radiantes de felicidad, que así son las trabazones de la vida humana. El potentado de ayer, no será dentro de poco clasificado sino con el modesto «epitafio» de atorrante. De los murallones de Nínive y de Babilonia no quedan ni vestigios ¿porqué habían de permanecer ellos eternamente encumbrados!....

Pero los bajistas aun quieren vender! y lo gritan con risotadas de lobo. Los alzistas ostentan cara de tristura infinita. Se cree que pedirán en breve conmiseracion á voces, llorando sin dignidad ni vergüenza el albur que si les hubiera protegido, habrían solemnizado con hosannas de alegría.

El golpe es formidable. Para muchos ya está grabado, fuera de la pizarra, pero á la vista de todos:

Insolvencia!...

Algunos comitentes que jugaban á ganar y no á perder, se declaran en quiebra...fraudulenta. Los corredores honestos se ven obligados á empeñar sus alhajas, hasta los regalos de boda de sus esposas, hasta el porvenir de sus hijos para satisfacer las brutales exigencias del crédito.

No figura entre los que esconden su dinero y traspasan sus propiedades á la hora de pagar, aquel señor grueso, casi pálido pero sonriente, que ha visto desmoronar en pocas horas la casi totalidad de su fortuna. Ayer no más era un ricacho de tomo y lomo. Daba espléndidos recibos y se costeara lujoso tren de carruajes y caballos. El no tenía ya que mirar á la pizarra, para ver clara la certeza de su ruina: la llevaba inscrita en el alma desde el día anterior. Pero la veía venir sin pestañear como el hachazo que tronchara el brazo de su padre.

«Don Ramon Zamora huéle á muerto»; así lo formulan sotto-voce sus aduladores de ayer; pocos, muy pocos se le aproximan, que no sea para hablarle lacónica, seriamente.

— «Don Ramon, ha sido una desgracia, pero ya habrá visto que no nos queda otro recurso que pagar.. Yo he obrado segun su mandato y.. »

— «Pagaré!» contesta secamente Zamora.

Otros se levantan la tapa de los sesos con menos motivo: él se limitaba á formular la frase de Francisco I: *todo se ha perdido menos el honor..*

Tulio que desde que era corredor conocía el estado de los negocios del Sr. Zamora, se le aproximó respetuosamente.

—Ha sido un verdadero desastre, le insinuó Don Ramon, y nadie se explica aun, el porque de semejante baja..Yo pierdo un dineral, y aunque tengo como responder, veo con temor la indefectible depreciacion de otros títulos como los del Banco Constructor. De todas maneras mi capital de repuesto es grande...y espero en Dios que me quedará lo bastante para vivir decorosamente con mi amada Sofia...Por suerte no tenemos hijos!..

Reinó luego entre ambos un momento de silencio fastidioso, el momento especialísimo de consolar á un doliente, sobre todo cuando no llega á *darse cuenta* de haber perdido, si mal no viene á su propia madre. Don Ramon secábase á menudo el sudor copioso que manaba de su frente pensativa.

De pronto se volvió á Tulio y llevándoselo aparte le preguntó con interés marcado si no se hallaría dispuesto á emprender un viaje á Mendoza.

—Me proporcionaría un gran instante de gratitud querido Argüelles!..

—Ahora mismo Sr. Zamora; tengo algunas comisiones las que encargaré á un amigoy... en marcha...Esperaba que algun dia se me proporcionaría la dicha de retribuirle sus servicios, y aprovecho esta triste oportunidad.

Se trataba de la venta de tierras que Don

Ramon poseía en la provincia referida y de las que siempre había prescindido, por negligencia unas veces, otras por hallarse preocupado de más pingües ganancias. Al presente debía echar mano de todo.

—Entonces me promete, Tulio, que saldrá mañana sin falta para Mendoza?

—Le prometo que mañana me embarco para donde Vd. me indique, decidido á efectuar lo que me mande, Sr. Zamora.

—Gracias!... Ahora déjeme asistir á los últimos destrozos de la segunda rueda.. Váyase luego por casa; no falte á comer... Hablaremos.

Un efusivo apretón de manos y Don Ramon se vuelve á contemplar la obra de su ruina.

Fría, impávida, desposeida de sentimientos generosos como la sórdida avaricia, como la usurpacion al juego, la baja se acentúa más y más, naciendo rodar fortunas enteras.

«¡Vendo acciones del Banco Nacional!» se grita sin descanso, y cada grito de aquellos resuena en el corazon de centenares como alaridos de muerte.

Cerró la segunda rueda y todo aquel mundo de hombres, salióse á calcular su suerte ó su desgracia.

En pocos instantes el recinto de operaciones, quedóse desierto, solitario, indiferente como un cementerio.

—«¡Y el pan de mis hijos!» claman algunos ar-
rinconados en el fondo de los cupés que al día
siguiente debían empeñar ó vender, para sacar
á flote el nombre siquiera, de aquel horrendo
desastre.... «¡Y el pan de mis hijos?!...

¿El pan de tus hijos?...ven!

Ves aquellos que hacen rodar las copas y
las botellas en orgía interminable de solem-
nidad...allí está el pan de tus hijos...Anda á
buscarlo, lloron cobarde...vé á que te lo de-
vuelvan....clama, suplica...que recibirás de se-
guro un botellazo. Sabe para tu gobierno
que están borrachos, y que el vino que rebosa
en las copas y corre por el mantel hasta el
suelo, lo contribuyes á pagar tú mismo..con
el «pan de tus hijos».

Millonarios de ayer; hombre de pró, acos-
tumbrados al boato y á las comodidades de
la riqueza, convertidos de la noche á la ma-
ñana en mendigos insolemnes. Y no hay
vuelta de hoja, ó pagan, ó les hipotecan hasta
la última pilcha, que en el caso ocurrente
las deudas contraídas en el juego las autoriza la
ley; y los gananciosos no hacen generalmente
buenas migas con deudores morosos: «pague
y apele.»

¡Cuánta lágrima de mujer vanidosa! ¡Cuánto
hogar desvencijado! Y sobre todo ¡cuánta re-
criminacion de suegra iracunda! «Yo siempre

te lo decía, el día menos pensado...ahí está, tú lo quisiste»....

Incierto! la venerable anciana jamás había dicho una palabra al respecto.

En unas casas, jaleo con champagne «corrido», proyectos múltiples de vida rumbosa; en otras, lágrimas y desolación tristísima....

Ascensos y descensos; la lucha por la existencia. Todos contra todos.

Hobes triunfante!



CONFESIONES

Reducir el universo á una sola criatura, extender una sola criatura hasta Dios, he ahí lo que es amor; el saludo de los ángeles á los demás.

Victor Hugo.

Gozar sin esperanza, esperar sin consejo, temer sin peligro, dar cuerpo á la sombra y no dar crédito al verdadero imaginar del pensamiento. Cien vanos fantasmas en cada instante, soñar despierto, morir mil veces al día, sin morir, llamar alegría al martirio, pensar en otro y olvidarse de sí propio, pasar á menudo de temor á temor, de deseo á deseo, es ese frenesí que se llama amor.

Metastasio

—¿Crees que me asusto por eso!... Oye, Ramon: cuando me casé contigo, me hablaron de tus riquezas, es cierto. Pero aquellas no hi-

cieron fuerza ninguna en mi espíritu...¡Te lo juro por el Dios que nos escucha!...Me casé, porque me casé, y basta.... No hablemos del asunto....Desde hoy empezaré á ser tu mujer... tu esposa compartirá tus penas, se amoldará á las circunstancias...¿Quieres que mañana mismo vendamos este caseron en que vivimos y nos vayamos á habitar una casita de cuatro piezas?....Verás como tambien sé estrecharme... No te aflijas, hombre de Dios, que no toda la felicidad ha de reposar en pilones de oro!.... Hemos comido tantas trufas que bien nos podemos aficionar al puchero criollo....

—Angel mío!... exclamó Don Ramon hecho un surtidor de lágrimas.

—Dale con el llanto!....Me dá rabia suponer que si me perdieras á mí...no lloraras tanto!...

—Basta!....no lloro más!...

La sirviente anunció á Tulio Argüelles.

—¡Qué pase! dijeron á un tiempo los esposos.

Tulio penetró en el saloncito, indeciso y con pujos de doliente. Presumía hallar á Sofía y á su marido sumidos en la mayor angustia.

—Señor Don Tulio! prorrumpió Sofía. ¡Tanto bueno!....Acaba de comunicarme mi marido que Vd está resuelto á prestarnos un gran servicio... No esperábamos menos....Siéntese, y abandone esa cara de triste, si es que lo hace en holo-

causto á nuestro pretendido infortunio.. Porque tanto mi esposo como yo, miramos el asunto bajo la faz más lisonjera.... ¡Figúrese Vd que se nos había ocurrido hace tiempo ser pobres!... ¿verdad, Ramon?.... Y en prueba de ello lo invitamos á que participe de nuestra última comida de gran tono...¡á tout seigneur, tout honneur!...pronunció detestablemente en francés ¿verdad?... Mañana nos mudamos de este «caserío».....que nos sobra... ¿cierto, Ramon?...Alquilaremos una casita en la calle Callao...¡en el gran boulevard Callao!... una salita, dormitorio, cuarto de vestir, comedor, dos piezas más de desahogo, cuartito de baño, cocina, un pátio con mucha luz... porque esosi, quiero luz, mucha luz para ver que cara pongo siendo pobre...¡Ya verán como yo sé disponer un palacio en una finca pequeña.... Pero ahora Tulio, acompáñenos á saludar nuestras ruinas con toda la esplendidez posible!... Sobre todo nada de caras tristes...

Sofía, era una muger de carne y hueso, pero tenía más alma que huesos y que carne. En el sexo escasea «la especie,» pero existe, ha existido siempre; la primera Lucrecia no fué una ficcion y la madre de los Gracos cuenta sublimes imitadoras. Pero más que aquellas y más que todas para un hogar desgraciado, vale el heroismo santo de la que sin amor,

sin hijos, por deber conyugal á secas, levanta el ánimo caído del esposo atribulado en momentos aciagos.

Por amor, lo hacen muchas; por deber...la estadística es reservada.

Los momentos de la comida pasaron lentos. El Sr. Zamora por más esfuerzos que hizo, no pudo disimular su aplastamiento de ánimo. Las almas grandes producen en los corazones pequeños semejante estado psicológico especial. Era que su esposa, al dejar de ser la reina desus salones, daba lugar á la Santa del hogar doméstico probada en la hora tremenda de los grandes infortunios.

Por eso Don Ramon deseaba llorar y no se daba estrecha cuenta, si era de alegría, de pena ó de rencor por sus acreedores.

En cuanto á ella, seguía decidora y resuelta. Ni una palabra acerca de la catástrofe.

Don Ramon pidió permiso, al terminar la comida, para irse á su escritorio, dejando á Tulio y á Sofia departiendo de sobremesa.

Reinó un instante de silencio; en seguida la Sra. de Don Ramon dijo á su comensal.

—Con que entonces... se vá Vd. mañana mismo?... Y de pronto: Pero antes que nada, Tulio, dígame francamente...si parte á su excursion curado de su estraña pasion romántica.

—Parto en el mismo estado que Vd. conoce, Sofía.

—Pero Vd. no comprende, alma de Dios, que eso que alienta en su alma es puro devaneo, capricho de su fantasía de jóven, humo que se desvanecerá tan pronto como su ideal se una al que está predestinado á ser su marido.... Me explicaría tal persistencia de imaginacion en un poeta.... supongo que Vd. no me oculta ese detalle.... en un colegial de quince años, en un personaje obligado de novela ultra romántica.... Pero en un hombre que medita las cosas, que reflexiona.... amar por que le dá la loca!... Le aseguro, Tulio, que si no fuera Vd. tan mi amigo, me reiría en sus barbas de su camote.

—Y yo le hallaría á Vd., Sofía, razon para hacerlo, siempre que me permitiera manifestarle la invariabilidad del afecto que profeso á la muger que adoro.

—Entendámonos.... Esa niña se casa; esto no se discute ¿Que es lo que Vd. ama?...

—Esa pregunta me la he formulado yo á mí mismo, cientos de ocasiones.... ¿Amo la sensualidad plástica de su configuracion femenina?... En el sentido mundanal de la espresion le juro á Vd, que no! ¿Amo la correccion artística del modelo animado, la vida que trasciende de su ser?... Tampoco es eso precisa-

mente... Dirá Vd, estoy seguro, que eliminando ambos atributos, no me queda ni ángel, ni muger, ni cosa alguna y que por consiguiente soy un loco de remate...Atiéndame hasta el fin, Sofia, ya que ha querido ahondar en mi corazón de hombre enamorado...Vd. no creará indudablemente en el magnetismo animal. Yo no tengo de él pruebas fehacientes, pero lo hallo de un todo en todo innegable para ciertos y determinados casos.. Hay seres, que ni son hermosos, ni fuertes, ni demuestran un destello de inteligencia....nada que los evidencie como éntes superiores, y no obstante nos sentimos atraídos humillados en su presencia....¿Porqué?.. Pero existe más aun, existe el diamagnetismo, la repulsion en forma; hombres y mugeres ricamente dotados, nobles, buenos, inteligentísimos, hasta heróicos, que los odiamos.. por que sí! Siempre que encuentro á la muger que quiero, tiemblo y palidezco, aunque no me hable ni me mire... la llevo grabada perenne, constantemente en mi cerebro, y cuanto esfuerzo hago para arrancármela, es lo bastante para que se me imponga con mayor brio,...Vive la vida superior de mi espíritu; siento que me impele en todos mis actos, que remueve mis afecciones más íntimas, que me retempla y me empuja...y sin embargo, amándola como la amo, no la ansío, no me desvivo por poseerla.;

Los propagandistas del hipnotismo, afirman, con hechos que dicen realizados, que un ser sugestionado por otro, mata y consume cuanto desatino se le manda... Tengo mis motivos particulares para creer que jamás fui hipnotizado, ni por ella ni por nadie, y no obstante, si un día me dijera: «mata!»...mataría sin réplica alguna, como un autómeta.

—Muy gracioso! exclamó Sofia riendo á carcajadas,—Luego me mataría Vd. á mi...¿una infeliz muger! si ella se lo mandara?...

—Porque concretar....hagamos tésis general...

—Porqué no mata al novio....no, no digamos sandeces....Tulio! pobre Tulio! el manicomio es una sublime morada de hipnotistas é hipnotizados...

—Cierto!...Pero el mundo mantiene sueltos, mayor número de locos, y más terribles, que los que gesticulan, lloran y rien entre las paredes de los frenocomios....Empero, no he terminado Sofia. ..y me hallo dispuesto á confesarle á Vd, ya que me ha imbuido á ello, la cualidad de mi afeccion amorosa....Deslindemos proposiciones: nadie niega el instinto del amor carnal, y pocos aceptan en público, la infabilidad de un cariño purísimo....Voy á despojarme de mis atenuaciones hipnóticas para abordar de lleno, humanamente, experimentalmente la se-

gunda proposicion, puesto que la primera es innegable. Creo en el amor platónico, ideal, porque lo siento. Pero no basta que lo sienta yo porque bien podría ser loco. Afirmo que lo sienten los demás...No hay hombre, Sofía, que no jure, una vez en su vida, lealmente, amor eterno á una muger; y en el instante en que lo dice, lo siente, y si lo siente tiene que ser ideal, platónico porque no puede ser de otra naturaleza, porque el instinto sensual es averiguadamente fugaz...Probada la existencia del amor platónico, sólo me resta hablarle de las gradaciones...Para la inteligencia, la escala ascensional del ópa al genio, es palmaria. Para la sensibilidad, del patan á Fideas, á Miguel Angel ó á Rafael, existe todo un escalafon. Unos sienten el ideal de la belleza, otros lo admiran y otros lo «ven»... ¿Porqué caerse de espaldas, al averiguar que unos amen con los sentidos, otros con el corazon y algunos pocos con todo su ser?...¿Porqué negar, profanar la pureza de sentimientos elevados, cuando en grado máximo ó minimo los seres racionales lo experimentan todos ¿Porqué afanarse tanto en ridiculizar el amor platónico?...

La voz de Tulio había adquirido esa consistencia, esa melodía especial de los momentos de entusiasmo férvido. Sofía por su parte le escuchaba con la atencion desvaída de muger

que oye algo que le hace cuenta. Al fin y al cabo, su marido, bueno, excelente, nunca le había hablado aquel lenguaje, que ella sospechaba en sus anhelos de romanticismo, pues no hay muger que no los tenga á sus horas de dulce «réverie.»

—Ya vé Vd., prosiguió Tulio, que puedo amar á una muger platonicamente. . . . Ahora quiero probarle, que puedo amarla con absoluta prescindencia de sus relaciones humanas. . . hasta amorosas. Antes que nada, es incuestionable el derecho que tengo de amar, ese nadie me lo quita; es mio! . . . podrán oponérseme los mayores obstáculos para llegar al objeto adorado, cerrárseme todos los caminos podrán decir que soy ridiculo, audaz, impertinente, lo que más les cuadre, pero siempre me quedará el derecho de amar pasivamente. . . . el derecho del sufrimiento que es el más grande de los derechos humanos. . . . y que á nadie ni á ella misma debo cuenta de él. . . . Para amar no necesito ni del consentimiento de Dios. . . . Establecida la base y admitido por mí y por Vd. el amor ideal, tenemos que suponerlo desinteresado. . . luego convengamos en que puedo amar realmente á una muger que quiere á otro, y experimentar no obstante, todos los desvaríos de la pasión amorosa como si me amara. . . . Además, el sublime Byron lo

ha dicho; «el amor feliz se sácia luego». . . . y lo que yo experimento, Sofia, es el «sentimiento puro, tranquilo» de que habla Lamartine «el reposo de haber hallado al fin el objeto buscado siempre y nunca encontrado de esa adoracion que sufre por falta de ídolo, de ese culto vago é inquieto por falta de divinidad á quien tributarlo, que atormenta el alma por la suprema belleza, hasta que hemos entrevisto el objeto y nuestra alma se ha adherido á él como el hierro al iman ó se ha confundido y aniquilado en ella, como el soplo de la respiracion en las ondas del aire que se respira». «La he visto y la llevo con migo, decía el gran poeta, nada puede arrebatár ya á mi alma aquella posesion; de cerca ó de lejos, ausente ó presente, la contengo dentro de mí mismo: todo lo demás me es indiferente.» «El amor completo es paciente porque es absoluto y se siente eterno». . . .

—Tulio por Dios! basta de Lamartine!. . . . ¿pero adonde vá á parar?. . .

—Vd. me ha pedido que hable y hablaré hasta el fin. . . . Por ella, prefiero la soledad apartada de los sitios indiferentes, porque entónces gozo de la tranquilidad, de la pureza de mi amor. . . . Hay noches que cansado de soñar despierto, me levanto á rondar por la vecindad de su albergue, . . . y adquiero la convic-

cion de que la veo, arrebujaada en las mantas de su lecho, sonriendo adormecida ante las alucinaciones vagorosas de su imaginacion de vírgen! . . . Y al seguir mis peregrinaciones solitarias, mis propensiones de vagar, pueblo mi mente de ilusiones. . . formulo proyectos descabellados que van á parar á un fin adorable. . . me olvido por último, hasta de que camino, que vivo la realidad de la vigilia. . . y hablo con ella que me escucha sonriente, que me estimula, que me anima á que la diga todo lo que mi alma siente. . . hasta que cuando he llegado al límite del delirio, cuando me encuentro fatigado de placer íntimo, de fantaseo vívido, ardoroso. . . me planto en la realidad de mi suerte, con asombro de mí mismo, pues hubiera jurado no ser yo, aquel pobre diablo que se bambolea bajo los espasmos de su felicidad reciente. . .

—Créame, Tulio, eso es locura! . . . replicó Sofia con acento tembloroso.

—Y á mí que me importa! . . . si la locura se espresa por esos cambiantes de luz, por esos anhelos supremos de ventura angélica, por esa diafanidad ideal que me conmueve. . . yo quiero estar loco, Sofia.

—Jesus! qué hombre! . . .

—El ideal es la vida! . . . yo lo he encarnado en la figura de una muger, otros lo colocan

en distintos objetivos. . . . el avaro en sus tesoros, el místico en sus dioses, el artista en sus concepciones de belleza, el político en sus formularios de gobierno, el hombre de ciencia en sus teorías: Darwin es un idealista sublime, él, el uniformador del positivismo crudo. . . . y Zola, el mismísimo Zola, el hombre que más ha difamado á la sociedad moderna ¿qué es sino el vilipendio de su propio ideal de esposo amante, de padre cariñoso. . . .

—Basta. . . . hombre!

—Ah! Sofía! yo me envanezco de amar, aun sin esperanzas y sin fé como los réprobos... Werther, el divino Werther exclamaba en sus momentos de pasion inmensa: «yo no comprendo muchas veces como puede amarla otro, como se atreve á amarla! mientras que mi amor por ella es tan grande, tan profundo, tan exclusivo; mientras que yo no conozco ni siento, ni veo más que á ella»...Y sin embargo Sofía, yo creo volar más alto todavía.. Es que por ella percibo la embriaguez del sufrimiento..experimento la vuptuosidad indefinible de un dolor que me destroza el alma... yo creo firmemente que es esta época de sinsabores, de dudas y misterios, de aspiraciones secretas, veladas como el crimen, rugientes como el odio, la que constituirá la única página de felicidad en mi triste vida. . . . porque hay una escritura sim-

bólica, confusa, diforme que yo descifro á mi antojo.... Es que este amor divinal y puro, no nació en mí para morir conmigo....mentira! Ah, le juro á Vd. Sofia que aquí en la tierra entreverado con la gente menuda, como allá en el cielo gozando la dicha inefable de los ángeles y más allá en el infierno asado vivo....y aun más allá todavía, la amara con igual delirio.... aunque el mismo Dios se opusiera.... Y desafío al mundo entero, á ella mismo, á que sea capaz de encontrar en cábalas del destino el medio de borrar su imágen adorada del fondo de mi alma...Imposible!... A la clara luz de mi conciencia honrada, yo la veo perenne, dominando en absoluto... lo demás es palabreo... Si se remontara á las nubes, si se perdiera en el infinito, allí la seguiría mi atrevido pensamiento, porque es mi única dueña; es más aun, es la luz refulgente de mi vida... La ví y nací de nuevo; si se muriera, la seguiría á la tumba y la amaría muerto... Esto Sofia no es una pasion volcánica, es una pasion perfecta. Pero despues de ella... el diluvio me importa un comino.. Amándola así me siento grande, si la amara menos, me despreciara á mi mismo... ¿Que la busco y no la encuentro?... Tontería!... La mantengo y mantendré de pie en el santuario de mi cons-

tancia y no caerá... Dios mismo la erigió frente á frente de mi vida para que la amara, y obedezco sus designios.... La amo!..

Tulio estaba radiante como criaturita á quien sustraen al temor de sus fantasmas; hubiera dicho más, pero D. Ramon le esperaba para entregarle los papeles y documentos que debían autorizarle para sus gestiones en Mendoza. Despidióse de Sofía que lo saludó con la mirada indefinible de la muger que no sabe lo que le pasa...

La noche era fresca y la niebla se escurría en vedijosidades ténues á lo largo de las calles de Buenos Aires. Allá á lo léjos se oía el repiqueteo del rodar apresurado de los carruages á escape, y de tiempo en tiempo, el chillido fastidioso de los cornetines de los tramways. La ciudad entera adquiría la calma de las horas de reposo.

Sofía, recostada en la poltrona en que la hubiera dejado su amigo, medita en la noche que conociera á Tulio, á bordo del Júpiter, aquella noche de plateada luna, melancólica y poética como los sueños de sus quince años.

Pasado un gran rato dirigióse á su dormitorio.

—Ay!, pensaba, siquiera estos infelices disfrutan sobre la tierra de la prerogativa de

amar con el alma, mientras los más afortunados apenas si gozan del derecho de comprar sus mugeres, á precio no siempre reservado.

¡



Hospedage volante

Dramas tñrbios

«Solita va la casada,
No equivocará el camino,
Que la muy desvergonzada
Tiene un tino!»

La casa de hospedage de la calle Rio Bamba, se halla en auge. El nombre de su diligente y contraida patrona la Sra. Laura Lan-

drondon, ha hecho fortuna en el ánimo de sus huéspedes volantes. Desde la mañana temprano á la noche oscura, entran y salen diversidad de personas: hombres encanecidos, mocitos imberbes, leones de alto coturno, damas constrictas envueltas en tupidos velos, jovencitas de quince, veinte á veintiocho abriles, toda la progenie ascensional de la primavera de la vida, rostros de velutina teñidos de rábido carmin, caritas frescas suavemente arreboladas, señoronas de copete, lavanderitas, aplanchadoras, modistillas, heterogeneidad marcada, múltiple, como cuadra al cosmopolitismo inveterado de la patrona del establecimiento.

Laura se halla en su cuartito «mongo», decorado con esmero cursi; sillas, camas y sofás cubiertos de puntillas de cruni sobre fondo punzó, ese punto de crochet á grandes rodajas que tanto agrada á las señoras de barrio tenebroso, á la gentualla de casa estrecha que encaja en los recobecos de calles perdidas. La patrona medita sentada en una silla, con su aire de tórtola mojada, en algun asunto difícil pues no abandona su posicion primitiva sin que la recupere de nuevo con gesto de fastidio; huronea indudablemente alguna empresa complicada ó varias.

Al fin es interrumpida por una visitante jovencita, 17 años apenas, desmentidos por su

estatura diminuta, por el rostro de facciones finas, y cierto empacho monjil que la hace deliciosa, especialmente cuando se la vé moverse con su andar de laucha que husmea apetitosa golosina.

—Te esperaba, Petronila!... dice Laura conforme la ve.



PETRONILA

—Pues aquí me «tenés», contesta la otra con su vocecilla silbante.

—«Escucháme» mi bien; se trata de que te vistas de niña ¿sabés?... de criaturita... he prometido hacerle conocerle á un señor muy rico... un viejo riquísimo que derrocha sus caudales... venido no ha mucho de provincias, una educanda de la Escuela Normal... ¡chocheras de viejo!... Mañana mismo nos vamos á casa de una modista ¿sabés? y mandamos confeccionar un traje apropósito... Diremos que es para car-

naval... está lejos, pero ¿qué importa?... Tu te mostrarás en presencia del viejo, así... ¿sabés?

Petronila ríe á más no poder: por fin pregunta:

— Y?... cuanto llevo en la parada...

— Cientos hija!... quizá miles... no te preocupes por eso que ya verás como me las compongo; sabés que me pinto sola... Dejame hacer; y tú piensa bien el papel... mucho de: «Señor!... mamita me ha dicho que vaya á la escuela... y como somos pobres!...» Y un suspirillo tembloroso á tiempo, tampoco vendrá mal.

La casa de Laura, era un centro de tragicomedias, dramas endiablados que nadie sospecharía en mansion tan apartada de los centros en donde comunmente se desarrollan los grandes sucesos.

Una noche, es una dama misteriosa que entra en la habitacion más chiche de la casa. Tiembla la infeliz como una azogada bajo el tupido velo que le oculta el rostro. Indudablemente es una desgraciada que va á llorar sus penas donde nadie la oiga, ó á tener Dios sabe qué entrevista reservada con alguno de los tantos protectores de las hermosas desvalidas. Sin duda por equivocacion, penetra en la alcoba donde hay oportunamente un caballero impaciente. Ella deja caer su tenebroso man-

to, mostrando un rostro pálido pero hermosísimo. La luz de la habitación es difusa: él hace girar de un golpe la llave del gas, y...

—¡Mi mujer!...

—¡Mi marido!...

Cae el telón....

Es un pasaje á oscuras de la comedia de la vida. ¿Qué hacía él allí?... Y ella ¿qué hacía?... «Misterios del alma como tu comprenderás».

El día siguiente, Laura sigue hilando en su imaginación nuevos planes fantásticos, sentada en su actitud habitual de virgen inviolable.

Entra D. Sisebuto, alto personaje de la política, hombre de reputación hecha, provinciano sagaz, estatura pseudoprofética, bien plantado á pesar de sus setenta y un años, apergaminado, hediendo á esencias, con la barba resebruna, el cabello ralo en guedejas que el tercio de derecha á izquierda y cierta insenescencia que apesta.

—¿Qué tal, Laura?... ¿marcha el asunto?

—Ahora debe venir la niña, ¡es un angelito!...

Y aparece Petronila acompañada de una negra de seno en maletas y cara descuartizada por la viruela confluyente.

—No se demore, niña, que su mamá la va á reprender,—dice la negra con voz aguardentosa, pero de modo que se la oiga.

—Voy á hablar á D^a Laura y salgo en se-

guida, grita Petronila, y al enfrentar á la puerta: —Ah!...no sabía que estaba con visita...si hubiera sabido... volveré otro día! y trata de irse corriendo.

—No, mi angel!... el señor es de confianza... Te presento á D. Sisebuto Perela.

Hablan de mil simplezas: «ayer la dejaron en penitencia porque no supo la gramática»... «una injusticia de la maestra que me tiene rábia»... Y lo dice con tonillo de llanto.

Laura busca un pretexto y se escurre:

—«Se me derrama la leche en el fuego» y sale presurosa.

D. Sisebuto, está en un potro. No sabe por donde empezar, ni lo que ha de decir ¡y cosa rara! la inocente lo anima!... hablándole sin descanso de su colegio. Cuando él se resuelve, ella se encoje. «Mamita es muy severa...»

—Y cuando piensa recibirse de maestra monona?

—Ah! señor...yo no sé...

Y su vocecilla aparece como un vagido de bebé que despierta entre pañales.

Oh! humanidad chistosa, hasta la inocencia sirve de disfraz al vicio!...

Doblemos la hoja...

Laura sigue en sus trece. Formula nuevas proezas en su salita de recibo.

Entra Delfina con su emperchado de beatas.

—Todo arreglado, vendrá!

—Estás segura?...

—Vaya!... Lo que si, temo, es que dé trabajo... aunque el marido se ha venido al suelo... pero parece muger de resolucion... y si grita?...

—No gritará! prorrumpe Laura con firmeza. No gritará!... La que entra aquí se persuade pronto, de que ha dejado sus remilgos en el umbral de la puerta... Y despues de todo... ¿Has estado en la representacion de *Fausto* Delfina?... Si?... no te has fijado como la casta, la proverbial Margarita huye, corre que corre, pero se enreda en los rosales y cae... Otras tropiezan en las sillas y se desmayan, pero con oportunidad todas caemos por algun tropiezo...

A Delfina le dió rabia la indirecta.

Pero Laura siguió desarrollando impertérrita su filosofia socarrona. Y no le faltaba chispa; lo que le faltaba era vergüenza.

¿Pero cómo existen esos antros de infamia? dirán los pudibundos moralistas.

Bah! Laura, era una verdadera potencia: mantenía relaciones desde arriba abajo, y se codeaba y hasta tuteaba con hombres de muy alta, de altísima prosapia.

En Africa, empiezan de aquello y acaban de colonizadoras. Y como decía cierto profesor, sobrado erudito, de una facultad de Buenos Aires, en estilo primorosamente académico.

«Es un cáncer social necesario»... ni más ni menos que válvula de escape!

Me sentí de un ardiente
Deseo llena el alma
¡Como atrae un abismo, aquel misterio
Hacia si me arrastraba!

Becquer.

Sofía se viste apresuradamente en su habitación. Está nerviosa, como alterada, y no puede darse estrecha cuenta del porqué.

Vá á casa de una señora que le dará la vida. Ella también será madre y podrá como las demás, en las horas de infortunio que le aguardan, llorar al calor del cuerpecito de su hijo... No obstante se siente desazonada.

—¡Cuestion de nervios! esclama.

Y colocándose rápidamente frente al espejo el sombrero de vueltas de terciopelo, baja la escalera del palacio que abandonará mañana á más tardar.

Un coche de alquiler espera á la puerta: la esposa de Zamora no quería que la vieran en su lujoso carruaje el día siguiente de la ruina de su marido.

—Calle Rio Bamba número tantos...

El cochero la miró un instante con fijeza indefinible.

—Calle de Rio Bamba número tantos ¿Vd. no ha oído? Repitió Sotia con mal humorado acento.

—Bueno señora!... contestó el auriga subiéndolo al pescante y arreando inmediatamente los jamelgos que tomaron al trote largo en dirección á Cangallo, siguiendo hacia el oeste por los rieles del tramway.

Sotia marcha á su destino! Al desfilar por las aceras llenas de jente recuerda su pasada grandeza; los días en que al regresar de las tiendas, entreveía aquel hormiguero humano con la despreocupacion de su vida ahita de bullicio. Los escaparates pertrechados de objetos de lujo: pasamanerías diversísimas, telas de brocato y cintas, adornos de azabache, terciopelos, armiños y festones, entre innumerable cantidad de chucherías. Ah! ella tendrá que recurrir de hoy más á lo económico; madrás y turé fuertes, medias de algodón botinas durables. Pero ¿qué le importa? en compensacion será madre!

Sofia marcha á su destino! El carruage empieza á verse interrumpido á cada instante, por los carros en larga procesion, detenidos desde allá lejos por un chirrion encajado en un pozo de la calle. Y es imposible seguir ni volverse, pues detrás vienen los tramways y otra incalculable cantidad de vehículos que aumenta minuto por minuto. Por fin se mueve la cabeza de la columna y todos siguen en pos su movimiento cachazudo.

El coche dobla por Libertad y vuelve á tomar por Charcas. Ya está á pocas cuabras de la casa de Laura. Sofia se siente cada vez más incómodada. ¿Será que su corazon se resiste á entrar en confidencias con una muger que no conoce. Porque á la fin y á la postre ¿quien es esa milagrosa indiana para que ella la haga dueña de sus anhelos íntimos?...

No tendremos que exponer aquí la credulidad que domina al bello sexo en cuestiones de secretos medicinales. Si álguien se mostrara rehacio á tal idea, que vaya y consulte al Dr. Molinhari que vive de su especialidad organoplástica.

Sofia marcha á su destino!... ¿Creis en la Providencia Divina? ¿siquiera en los augurios misteriosos de la conciencia?... La cuestion es insoluble: hace siglos que la religion y la ciencia riñen sobre este punto. Pero existe un

hecho: reflexionad acerca de los instantes que han precedido á los grandes infortunios; nó los que se ven venir, los que aparecen de golpe y os tienden como balazo: lasitud estraña, algo como debilidad física y moral, tendencias melancólicas, resortes que se distienden y no ajustan debidamente, displicencia general, estraña, inopinada. A veces cedemos á ella y damos vuelta cara, otras seguimos y nos precipitamos de cabeza.

—¡Bien me lo decía el corazon!

Pero es tarde....

Sofía marcha á su destino! Seguía luchando en vano contra su tédio incomprendible. Algo vago, informe, aéreo como sombra de nube que pasa, le decía: «no vayas». Pero su anhelo de ser madre oponía una resistencia tenaz.

El cochero se detuvo en la esquina.

—Señora.... páro á la puerta...,ó va á bajar aquí? El muy diablo era práctico en tales pellejerías.

¡Que hombre tan estúpido! pensó Sofía.

—Deténgase en la misma puerta!....

En el momento de descender del coche salía una pareja. El personaje que acompañaba á la dama se detuvo á contemplar el airoso continente de Sofía. Cuando la vió golpear á la

puerta, abandonó á su compañera que se puso fúla de celos.

—Blagueur!... dijo «la del manto.»

Era una corista del Politeama.

Laura salió á recibir á su nueva parroquiana. Le hizo mil agasajos y la invitó á entrar en una salita dormitorio muy perfumada á benjui y muy rococó.

A Sofía empezaba á chocarle no sólo la alcoba, sino las impertinencias del cochero, así como la soltura de la dama que acababa de abandonar el recinto: Laura por su parte, le había dicho al retirarse:— «Ahora vendrá la persona que Vd. necesita.»

A los pocos instantes entró el Sr. Dimerá; uno de los amigos de su esposo.

Sofía palideció de golpe, se puso rápidamente de pie, y con acento entre grave y severo, ante la entrada intempestiva y violenta de su inesperado visitante dijo:

—Sr. Dimerá! ¿qué busca Vd. aquí?

—Lo mismo que Vd. Sofía!...contestó imperturbable el interrogado, acercándosele sin ceremonia.

La venda á medio caer de los ojos de la infeliz, la hacía dudar de lo que se ofrecía á su vista claro, patente, odioso como el vicio.

—Pero donde estoy?...Sr. Dimerá apelo á

su caballerosidad.... quiero saber donde estoy....

—Que Vd. lo ignora....? replicó el interpelado con sorna.

La Sra. de Zamora agregó con viveza:

—Si sí! lo ignoro....quiero saber donde me encuentro;...y tengo la persuacion de que Vd. me lo dirá.

—Pues ya que se empeña tanto....se lo diré, sí señora! Y como no! Sepa que nos hallamos en una casa de prostitucion clandestina...

Sofía apretó los puños con furia y embistió adonde se hallaba Dimerá frio, impassible, como habituado á escenas de mayor calibre: luego gritó.

—Vd. miente! Vd. miente!...En seguida sintió que la casa se bamboleaba, que los objetos huian de su vista. Pero se mantuvo firme, aunque laxa, mústia como planta que el fuego marchita, como si la sangre se le escapara á torrentes. Luego los ojos se le inundaron de lágrimas, y mirando afflictivamente al amigo de su marido, quejumbió:

—Sr. Dimerá....soy víctima de una sorpresa infame... Vd. quizá no lo crea....pero yo no quiero verlo complicado, de ninguna manera, en accion tan baja....Oiga, yo he venido aquí....no puedo ni debo decir á Vd. á lo que he venido. Pero de todas maneras no soy

la pervertida que Vd. supone...ó que ha supuesto por lo menos..., porque de no ser así, Vd. Sr. Dimerá...me hubiera tratado como merezco...como merece la esposa de Zamora.

El aludido estaba cansado de presenciar aspavientos mayores. Había visto en su turbulenta vida de calavera, escenas mucho más patéticas, más adoloridas aun; pero en las que las heroínas acaban por rodar en medio de raudales de lágrimas, sollozos y protestas. Así que no cejó. Por lo demás el marido de Sofía, si bien era su amigo, no lo era «íntimo» como se necesita ser en estos casos para permanecer caballero con las damas. Pasado un breve instante se aproximó sonriente y le tomó la mano con suavidad.

—Sofía! créame...la vida es corta...un sueño, y...

—No prosiga! Sr. Dimerá...no prosiga, y quiero que voluntariamente me suelte la mano.... Véala, es limpia como mi conciencia de esposa.... Yo no voy á luchar ¡que podría hacer infeliz de mi....que podría hacer débil muger como soy!.... Pero Vd. Sr. Dimerá, oígame...no le voy á recordar aquí....á su esposa y á sus hijas, quiero que crea en la pureza de mis sentimientos por....por misericordia....Oiga; yo he venido!.... ¡Pero, Dios Santo, qué mal te hice!.... Sr. Dimerá yo no puedo decirle á que he

venido... Pero sáqueme de aquí...respéteme á pesar de mi inocencia....intame. Sáqueme señor porque me muerol!...

Y la desgraciada se volvía y revolvía como si estuviera loca.

En cuanto á Dimerá, observaba todo como la cosa más natural del mundo. El no acostumbraba á precipitar los sucesos. No obstante se volvió á acercar y á decir con enfática voz de galan jóven:

—Sofía....su belleza de Vd....

Ella le interrumpió de nuevo.

—Entienda, Sr. Dimerá, que si me precipita en el fango...yo no creeré en Dios!...y le juro por mi honor....robado....que perseguiré su infamia en la pureza de su muger. .y de sus hijas. Oh! sabré vengarme de un modo tal que llore toda su vida lágrimas de fuego....Pero no! su conciencia le grita que me salve y me salvará....

Y Sofía desgreñada con el rostro bañado en sudor y en lágrimas se quedó un momento indecisa, mirando á su victimario afanosamente.

Dimerá aun trepidaba ¡Las había visto tan gordas !

—Ah!... prorrumpió Sofía con voz enronquecida ¡Por fin, Sr. mio, será necesario convenir en que Vd. es un canalla!...que no tiene co-

razon ni siquiera entrañas... Pues entienda que yo voy á salir de aquí sola...entiéndalo bien...

Quiero salir aunque el mundo se venga á bajo

Y lo desafiaba, lo vencía con su mirada llena de altivez. Dimerá por su parte se sintió algo inmutado; sin embargo agregó:

—Sofía, es inútil...ya aquí todos saben que Vd. ha entrado...y mañana lo sabrán los mismos cocheros de plaza.. y perdida por perdida!..

—Sr. Dimerá! prorrumpió la esposa de Zamora con orgullo, no le permito á Vd. ni en un lupanar, la insolencia de sojuzgar mi pudor de muger honesta!

Y Sofía salió alta, erguida sin que su festejante se atreviera á decirle palabra. Metióse rápidamente en el carruaje y dijo al auriga.

—Al templo de la Piedad!

El cochero á su turno hizo su trozo de filosofía mundana:

—Así son...se van á rezar despues de... hup! ¡tira flamenco! Y prévio un latigazo chupó sus caballos tres veces más, los que partieron al trote largo.

«¡Oh madre aflijida! ¡oh madre angustiada
Los ojos inclina piadosa hacia mí :
De horrible deshonra, de muerte ultrajada,
Liberta á quien siempre buscó amparo en tí.»

Las tres de la tarde. La iglesia de la Pie-

dad sola, semejando en su interior majestuoso panteon cuadrangular, iluminado sobriamente por la luz amortecida que penetra por los ventanales recubiertos de cortinillas violadas. Reina en todos los ámbitos del templo, el silencio misterioso que convida á la meditacion y al recogimiento. Los santos, frios, con su gesticulacion invariable, descansan perennes, embutidos en sus nichos dorados. Se aspira cierto vaho de incienso y de cirios, pues aquella mañana se habian celebrado suntuosas pompas funerarias. Un señor cansado de vivir había emigrado la semana anterior al otro mundo. Los tercetos de columnas terminadas por chapiteles corintios, ostentan aun las tiras tristes de merino negro que espresaron el soberbio duelo de la iglesia por el prófugo afortunado.

Sofia penetra radiante de tristeza; como si se sintiera ufana de sufrir. Existen estos temperamentos raros: los hay que rien de dolor como los hay que lloran de alegría.

La esposa de Don Ramon tenía ánsias de rezar. Despues de las tribulaciones múltiples de aquellos dos dias fatigosos, preñados de disturbios, cerrados á un futuro lleno de acechanzas--Sofia quería encontrarse con Dios, llevándole su alma límpia, como una ofrenda digna, para suplicarle con el fuego de su corazon, con la invariabilidad de sus creencias fer-

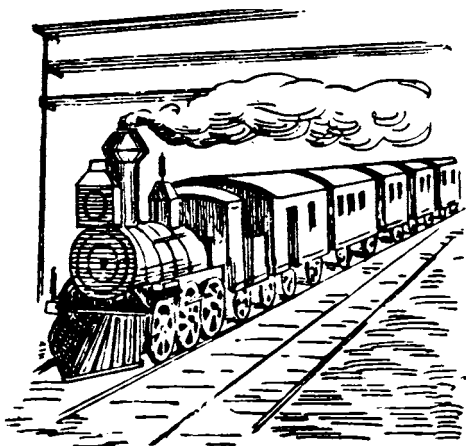
vorosas, que salvara su alma, aquella alma que había volado siempre sobre las sutilezas del mundo, hacia el alto dogma de la fé cristiana.

Se arrodilló constricta y oró; pero oró como oran las almas superiores, apartándose de la rutina establecida por los Santos Padres: depuso su conciencia inmaculada á la vista de la Virgen de los cruentos Dolores y elevó sus preces arrancadas una á una de lo íntimo de su corazón, al oculto santuario de su conciencia:

«Tu Virgen piadosa, tu, madre sublime,
tu sola, que sabes de amar y sufrir.»

y rogó, pidió, porque la naturaleza mixta del ser humano hasta en sus relaciones con la Divinidad, alardea de ese egoismo pedigrifeño; profanación corriente de los místicos más heroicos;— «Os entrego mi alma, Dios Omnipotente, pero dame algo á tu vez, cuando menos la gloria eterna».

Otros formulan lisa y llanamente su pretension con cicatería tacafía, como en caso de agiotaje, mercantil y pijotero.



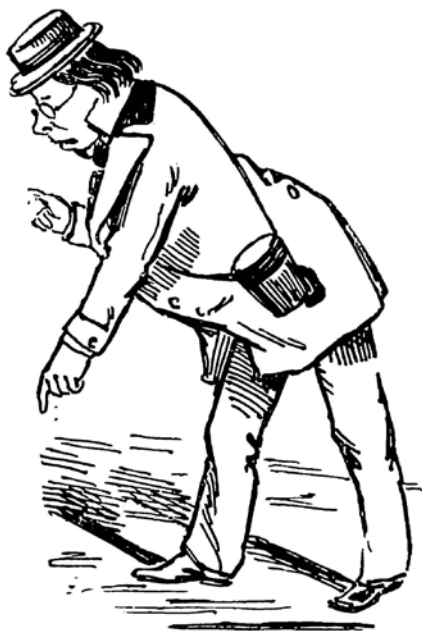
Estacion Central

Un viaje á Mendoza

DELICIAS DEL ANDINO

Los corredores de la estacion central se hallan apesfuscados de pasajeros. Unos vienen otros van. Acaba de llegar el tren del sud y salen casi simultaneamente, uno para el Azul y otro para Campana. Un verdadero maremagnum; todo es ir y venir en busca de pasages, de maletas extraviadas, interrogaciones á los changadores, á los guardas, á los empleados de oficina, gritos de criaturas, frases de despedida, barahunda de recomendaciones, en medio de los silbidos penetrantes de la locomotora, al choque de los wagoes, al golpeteo vibrador

de cadenas y garfios que se enrollan, prenden ó desprenden; algazara heterogénea de voces, de risas y chillidos hasta que gorgea el pito del guarda, contesta el silbato de la máquina y el tren se pone en marcha.



Un señor gordo, sudoroso, apesar del frio reinante, llega á grandes zancadas bufando como un desalmado.

—¿Salió el tren?... pregunta ahogadamente
Y se queda parado, jadeante, mirando con ojos coléricos la marcha de un tren que es-

taba seguro de alcanzar, partiendo de su casa diez minutos antes. Arma de seguida un rífrafe con el empleado de servicio, le exhibe su reloj que marca dos minutos de tiempo. Pero luego ve que el de la estación señala tres de retraso.

—Demonio de reloj, cinco minutos atrasado, esclama todo confundido.

Medita un momento en verse con el relojero, en munirse de un cronómetro quizá. Empero por hoy no le queda otro recurso que volverse de nuevo á su albergue con sus diversos petates de viaje.

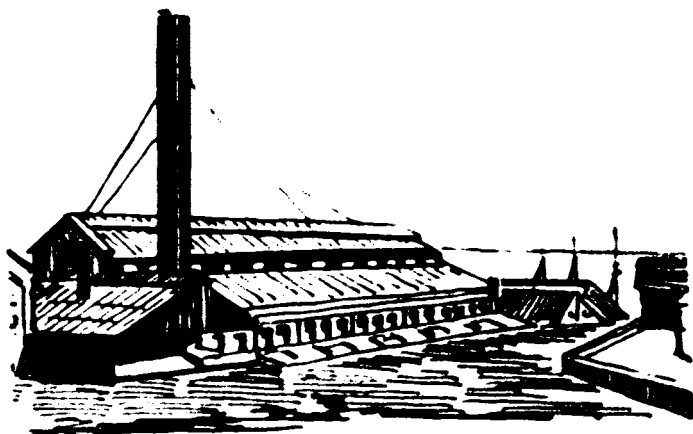


Día de invierno crudo, aterido, y tanto mas incómodo cuanto que el aire frío se cuele por las rendijas de los coches y los piés se abarrotan en los botines desabrigados.

Nubecillas negruzcas, ligeras como gaviotas, vuelan por el espacio azul, impelidas por las ráfagas del sudoeste; hasta ir á confundirse con los pelotones grisaseos desprendidos de la an-

cha franja de cúmulus que cual inmenso mural-
llon, intercepta el más allá del límite sensible
hacia la parte del Poniente.

Un pasagero que sufre de mareos, baja el
cristal de una ventanilla para recibir su impres-
cindible golpe de aire. Como es de suponer
se levanta enérgica protesta entre los demás



viageros; pero él, fuerte en lo que llama su de-
recho, enfría parsimoniosamente á toda la reu-
nion.

Al llegar á Campana, la noche ha cerrado.
No obstante es necesario dirigirse al vapor que
hará la travesía al Rosario. Se camina á tientas,
por entre un desbarajuste de palitroques es-
parcidos á ambos lados de la via.

—«¡Los pasageros que van al Rosario pueden
embarcarse en el Silex!»! prorrumpie el guarda.

Unos con sus balijas á la grupa, otros con los chirimbolos de viaje bajo el brazo, descenden por la rampla que les deja en la ballenera destinada á conducirles al buque.



Viajero adusto.

Entre los viajeros del Silex, vá Tulio que se dirige á Mendoza en mision especial del Señor Zamora.

El vapor suelta sus amarras y pronto se oyen los resoplidos de la máquina. En breve la marcha se acelera y los pasajeros divagan de acá para allá, dando vistazos de curiosidad por los camarotes, los comedores, por todos los vericuetos del buque.

A las siete recién suena la campana que anuncia la comida. La mayoría se dirige presurosa á ocupar sus asientos.

Sirven los mozos por via de introduccion ó aperitivo una sopa liviana; agua enturbiada por algo que uno de los pasajeros sospecha pueda ser arroz, pan ó fideos. Pero luego se averigua que el líquido referido, se halla condimentado con menudencias varias; cabellos de



Viajero galante

ángel, pues los había rubios, y de arcángel pues los había también negros, encarrujados como á fierro; además pequeños volátiles y otras sabrosidades del muy hábil, económico y aprovechado artista culinario del vapor, que de cualquiera cosa hacía un plato, que ni de encargo, por lo raro como por lo nutricional; pues tan luego como los pasajeros se echaban al canto el primero, quedaban absolu-

tamente repletos, y tanto, que algunos acababan por retirarse de la mesa, cuando no por entonar un sentido y ruidoso miserere.

En esta ocasion pocos se le animaron al jarabe «peludo» del Silex, pero en cambio vinieron por órden: bacalao frito en grasa que debía ser de solípedo, vulgo, grasa de potro, y cuya especialidad consiste en alterar el órgano del olfato, lo que unido al perfume característico del bacalao, no muy desprovisto de su refinada fragancia, daba por resultado que la mayoría se conformara con el olor.

En seguida, colóse en la mesa un giso de corderito oliendo á brea que no desmentía el colorido de la salsa; y terminado de contemplar este raro menjurje, á los pasajeros le fueron ofrecidos los postres. En cuanto al vino, marca «Rives», poseía cualidades purgativas inmediatas y eso que era astringente, aluminado y «cámpechano.» Toda la jente se levantó de la mesa formulando protestas de colosal tamaño. Pero no consiguieron otra cosa que indijestarse lo poco que habían comido.

Uno de los pasajeros que tenía sus pujos de periodista amenazó allí mismo, con escribir un artículo en los diarios «cayendole» al buque y al comandante y á la empresa. Y efectivamente, el suelto apareció á los quince dias; pero el comandante no lo leyó, al buque no le hizo

mella y la empresa se dió un atracon de risa, pues el tal suelto era jocosos, satírico, y espresaba las cosas como habían ocurrido.

La noche se presenta con cariz de lluvia. Nubes apelotonadas creciendo como burbujas de



Viajera circunspecta

jabon hidrogenadas, desprendidas luego en grupos que pasan por todas las formas impresas por las veleidades aéreas, cubren en pocos instantes el firmamento.

El viento es cada vez más frío, y sólo se pasean por la cubierta el contra maestre y el

práctico, abrigados en sus chaquetones burdos y resguardada la cabeza en los impagables gorros de piel de lobo.

Se lucha con la corriente y la marcha se hace pesada, lenta, difícil. A ambos lados de la costa matorrales agrestes, sembrados de arbolillos raquíuticos, y de tiempo en tiempo



la desembocadura de alguno que otro arroyuelo cuya corriente se pierde serpenteando entre follajes de vejetacion silvestre; de trecho en trecho pequeñas islas de camalotes que la corriente conmueve como chatas ancladas y entre cuyas hojas parece repercutir el ruido monótono de la máquina y los vuelcos de la hélice que bate las aguas.

Amanece el día siguiente bajo un aguacero que impide la vista de los feraces campos santafecinos. Las aguas del anchuroso Paraná ondulan en remolinos turbulentos formando en los recobecos de la ribera conglomerados espumosos, mezclados á la resaca que la corriente arrebatata de las márgenes inundadas.

A las seis de la tarde recién avistase la ciudad rosarina, iluminada misteriosamente por los cambiantes crepusculares.



En pocos instantes, vuelta á las fastidiosas tareas de desembarco, resbalando sobre un suelo fangoso. Por suerte la estación del Andino se halla á corta distancia y los que siguen viaje pueden llegar sin mayor dificultad á los wagones.

Nueva confusión de gritos y atropellos para tomar coches dormitorios, pues el trayecto se inicia de noche. Los que viajan juntos, no quieren separarse y se afanan en trepar lo más pronto posible para hallar camas próximas que

los habiliten á distraer en amistosa compañía, las pesadas horas de una noche de invierno. Desgraciadamente, apesar de sus esfuerzos se tienen que resignar á introducirse donde encuentran sitio vacante. Se dan las señales de partida y el tren arranca con un tiron que hace bambolear á unos y caer de bruces á la mayoría.

El agua cesa, el cielo se limpia y el viento se calma. Pero la escarcha se desmenuza sobre los campos y especialmente sobre los wagones del tren. Es imposible dormir: no hay abrigo que baste. Un frio agudo que se cuele hasta los huesos. Para colmo las frazadas no son tales sino tirillas de algodón, especie de telas de araña ó de cebolla, impermeables al agua quizá, pero inútiles contra el frio.

A las cuatro de la mañana ninguno de los pasajeros duerme á no ser algun veterano de San Martín habituado á soñar entre las nevascas de los Andes.

De pronto los wagones se ven envueltos por una claridad deslumbradora. Todo el mundo se precipita á salir de la cama.

—¿Qué pasa?...

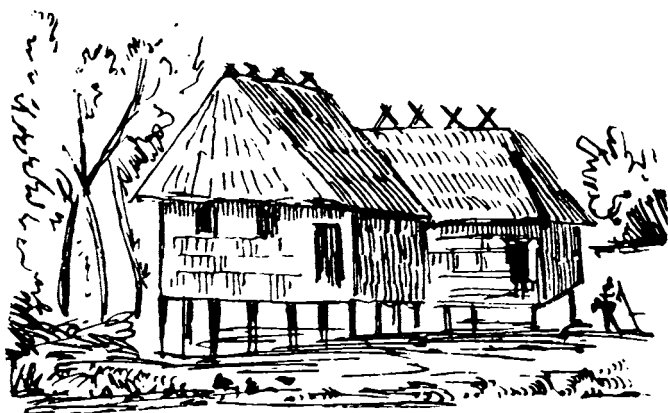
—Cerrar las ventanillas!

—Pero qué hay?...

—Nada, los campos que están ardiendo!

Un mar, un océano de fuego que se debate

como las olas marinas á los flancos del terraplen de la via. Las llamaradas impelidas por el viento fresco de la madrugada barren los campos produciendo el ruido de innumerables hornillas alimentadas con chamarasca.



Cerca de una legua recorre el tren por entre medio de llamas. Aquello amortigua la fresca matinal, así es que muchos se alegran de la ruina de los otros.

Vueltos á la cama y no bien el sueño empieza á hacer migas con el frio, el tren adquiere una velocidad vertiginosa. Por último no rueda, se desliza presurosamente como una masa inerte impelida hácia el abismo.

Se pasa el *Alto Grande*, declive rápido en que el convoy se «va solo,» precipitando á la

máquina en su descenso fugaz de plano inclinado.

Vencido el precipicio, el tren para. Había preliminares de incendio en un coche dormitorio de primera. El fuego era ocasionado por



el rozamiento de las ruedas; un eje se había enrojecido, la incandescencia subió por la rueda hasta incendiar el maderamen del coche.

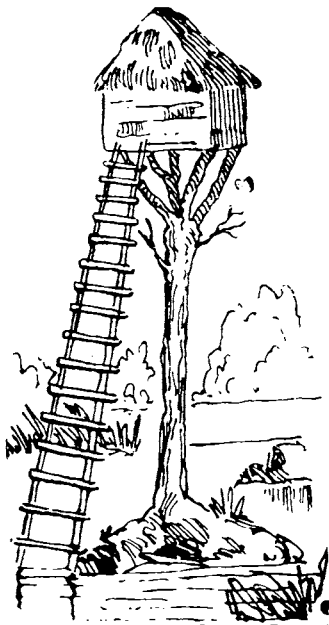
Los pasajeros que se alojaban en él, al sentir «olor á quemado» y ver el punto donde se iniciaba el achicharramiento general, ponen el grito en el cielo.

—¡Que pare!...que pare!. .Hé!...por Dios que pare!...

El guarda, tan asustado como los pasajeros, dice, para consolarlos sin duda:

—Imposible!...el tren señores, no podría parar aunque quisiera...se va solo!

Algunos habiáanse resignado ya á morir asados como San Lorenzo.



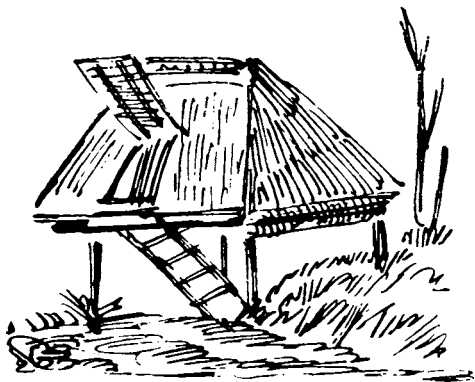
Tiempos prehistóricos.—Palacete de verano

—¿Qué pecado habré cometido, Dios santo!... Y se desconsuelan de una manera bien triste por cierto.

Los más siguen gesticulando, hablando, reprimando, maldiciendo. Alguno hubo que hasta proyectó arrojarse por las ventanillas.

Oeste Argentino como las demás, siempre peca por defecto, por exeso, nunca.

El tren vuelve á emprender su marcha, y las alboradas matinales diseñan la vista de las provincias de Cuyo. Se bajan las ventanillas



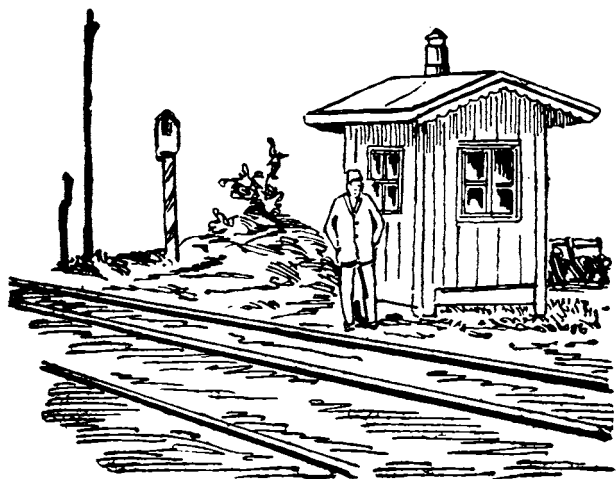
Edad de hierro.

pero una cerrazon impenetrable impide ver más allá de las narices. A las diez la niebla se despeja remolineando en vaporosidades ténues que por último se pierden á lo léjos con el humo de la locomotora. De pronto un ruido sonoro, indica que se pasa el puente del Rio V, perfectamente seco, pero que la constitucion de San Luis garantiza su libre navegacion en uno de sus artículos—por si algun dia se desborda. La discusion de la navegabilidad del rio

Prefería descrismarse á morir en las llamas—
Cuestion de gustos—otros se mueren de miedo:

Por fin el tren se detiene.

Ni le dieron tiempo. Todos los que allí ve-
nían se precipitan como condenados!...



—«Ah!!!... Uno de esos ah! de triunfo; re-
suello de vida. Se salvan del infierno, pero
les queda aun que pasar el purgatorio.

Se aporta agua de la máquina y como el
wagon no ha quedado muy seguro, los pasa-
jeros que ibán en él se alojan como pueden y
donde los admiten.

¡Pero qué remedio? La línea del Gran

quinto constituye uno de los hechos mas chistosos de la autonomía de las provincias de Cuyo: las cámaras de San Luis discutieron acaloradamente por quince días seguidos la libre na-



Edad de cobre

vegacion de aquella humildísima corriente— insignificante aun en los días de lluvia torrencial. ¡Para previsores los luisseños!

La naturaleza va declinando en exhuberancia vegetativa. La provincia de San Luis ofrece pocos vestigios de vida. Un suelo que empieza á ser á trechos salitroso, cubierto de guijarros, cuarzos lechosos y pedrizas de colores varios. Arboledas contadas, arbustos esca-

sos, raquíuticos, enfermizos, deshojados, aplicables solamente, previa incineración, á lejías jabonosas por su abundancia de carbonato potásico. Después, llanuras despobladas, incultas, y más allá la cordillera andina con sus



Edad de oro

eminencias talladas á pico y su lontananza de nubarrón que crece. Algunos ganados pacen á lo lejos, rebuscando la yerba entre las asperezas de un terreno estéril.

El tren lleva una marcha bochornosa. El último temporal ha aflojado la vía—ya floja de por sí. Por otra parte, cada vez que el convoy se detiene es un descalabro y cuando se mueve, otro. El maquinista ignora la mitad de su oficio y realiza su aprendizaje en las costillas de los pasajeros.

Al cruzar los límites de la provincia de San Luis, cuatro coches se desprenden del convoy

general y la máquina apresura un instante sus marcha.

—¡Que pare!... Que pare!

Los guardas, que parecen ser tan instruidos como los demás transmiten la orden de parar

El maquinista detiene la locomotora.

Por su parte los coches desprendidos, siguen en virtud de la inercia favorecida por el declive del terreno, y animados por la velocidad inicial.

El choque es inevitable.

Los que sacan la cabeza por las ventanillas ven venir el golpe.

—Vamos á chocar!

Y lo dicen como si fueran á experimentar una emocion de segundo orden.

El choque se produce: un golpazo formidable que va comunicándose hasta la locomotora, la que pega tal envion que revienta las cadenas que la ligan al wagon próximo. Los cristales se despedazan y varios coches se ofrecen á la vista, desmachimbrados, rajados y con astillamientos profundos.

—No dije!... sino debfa parar!...—exclamaban los que no habian chistado de susto.

Pero siguése la travesia.

Nada tan bello ni que más dulcifique el espíritu como viajar cuando se alberga una pasion grande en el alma: la fantasía se aviva y se es-

pande, se agiliza la inteligencia y la voluntad se llena de brios: verbosidad íntima á ratos conte-



nida; anhelos de cantar, de lanzarse en correrías bulliciosas por llanos montes y pedragales. Así Tulio, nuestro pobre Tulio, se daba sus regula-

res atracones de felicidad tranquila, pegado á los cristales del wagon, observando el soberbio panorama andino: á las cinco de la tarde los remontadas crestas de la cordillera, teñidas, arreboladas por los rayos del sol que se hunde tras la nívea vestidura; y en las eminencias, como en las ondulaciones libres, rastros luminosos, que semejan á trechos regueros de piedras múltiples, escintilando con luces moribundas en el purísimo lámpo de un cielo azul con reflejos de abismo; de otra parte, hácia la falda de la cordillera; clivadas vertientes, sembradas de arboledas montuosas, que trepan entre la nieve como pelusas y enredaderas, y allá lejos, en donde la vista apenas columbra una nube blanquizca que flota sobre otra mayor, la nevada cubre del gigante Tupungato, centinela misterioso, de dos nacionalidades predestinadas por las leyes geográficas, á ver fluctuar entre sus manos los destinos del continente sud.

Despues de la larga travesía por las campiñas insalubres de San. Luis y Mendoza, la entrada en la capital de esta última provincia produce el efecto de un oásis: setos poblados de hortalizas; plantíos interminables de verdura; viñedos inmensos, mayores aun que los trigales; avenidas de carolinos, de eucaliptus, de ombúes y de ciprés; casuchas enclavadas en bajos

esmaltados de verde por donde corretean los chicuelos del chinaje cotudo de extramuros;



alfalfaes feraces, mundos escondidos de vegetacion precoz y rebollante; aves que vuelan de rama en rama con movimientos nerviosos, co-

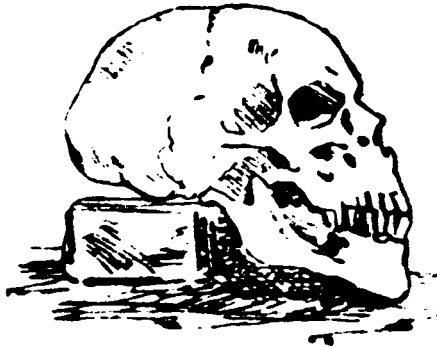
rrales de gallináceas, y vitalidad estraña como conviene á una zona de territorio cuyos habitantes viven con el Jesus en la boca.



**Terremoto de 1860 en Mendoza
Escenas de media noche**

Despues, el riñon de la ciudad con sus casas de poco vuelo, por cuya puerta corren las acequias nacies en los ventisqueros de la cordi-

llera, deslizándose en riachos por las sinuosas laderas andinas. Amplias calles, plazas adornadas de jardines, algunos edificios de arquitectura saboyana, y el movimiento comercial de las plazas de tránsito.

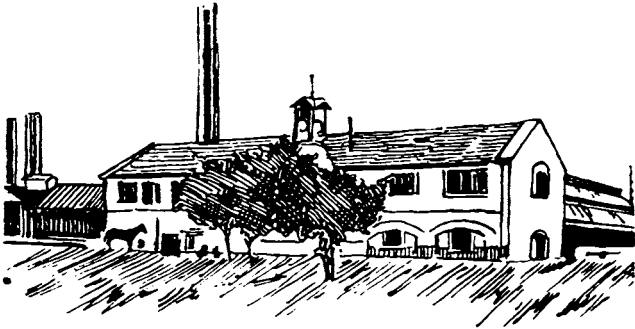


Cráneo de un sanjuanino de la edad de piedra.

Tulio no desea otra cosa que llegar á su destino para poner en práctica la manera de desenredar los asuntos de Don Ramon; intrincado compromiso por cuanto debe revisar protocolos, pedir desalojos y efectuar innúmera cantidad de diligenciamientos judiciales, á más de mensurar y vender, si es que halla compradores.

Munido de documentos en forma, tiene solamente que luchar en un principio con la in-

dolencia de unos y la iniquia de otros. Los políticos de provincia—en esto parecidos á los de la capital—que se entrometen hasta en los asuntos privados á fin de intrigar y producir percances de cualquier género, por ese pruri-



to de meter barullo que anima á todos los comedidos y comediantes electorales, dificultó no poco las gestiones de Tulio. Para mayor mal de males el gobernador había tenido sus puntilleos con el tribunal—dimes y diretes que las poblaciones pequeñas amplifican con datos chismográficos de pura fantasía.

Terminadas las tramitaciones esenciales, el apoderado de Don Ramon Zamora, entró á buscar compradores. Por suerte se había iniciado un ascenso en la valorización de las tier-

ras y pudo efectuar las ventas á precios inesperados.

En estos países de los revuelos de la propiedad raiz, no parecerá estraño que tierras adquiridas por treinta mil pesos, que su dueño creyó arrojados á la calle, á los veinte años se hayan vendido por doscientos cuarenta y cinco mil.

El jóven apoderado, seguro del júbilo que producirá en el ánimo del matrimonio que había dejado en ruinas, se apresura á transmitir la hermosa noticia.

En las horas que le quedan libres de sus quehaceres, váse á visitar las ruinas de la ciudad vieja y á meditar como Volney sobre las muy distintas de Palmira.

Otras veces recorre los alrededores, frecuenta los establecimientos vinícolas; el soberbio trapiche de Benegas, el viñedo de Godoy, el Borbollon, el Challao y no se vuelve á su albergue sino despues de haber corrido en grande por los hermosos parajes circunvecinos.

Engañado como todos por la ilusion de perspectiva, una tarde se propone llegar al mismo pié de la cordillera. Galopa tres, cuatro, hasta cinco leguas, pero la distancia permanece invariable.

—Iremos antes de almorzar había dicho el dia antes á un curial, que se le rió en la cara.

—¿Pero si estamos á dos pasos!...

—De la luna....contestó el otro con tono zumbon,

Resurreccion social

—

El Sr. Zamora está de parabienes. No hay como pasar días aciágos para apreciar debidamente los instantes venturosos.

Acaba de recibir el telégrama de Tulio en que le anuncia las ventas pingües de sus posesiones de Mendoza.

—Sofía! Sofía! salvados! Mira, lee el telegrama que acabo de recibir de nuestro amigo Tulio... Ya no nos mudaremos de alojamiento... y todavía podemos «repechar.»

Vaya que sí.

Con doscientos cuarenta mil pesos contantes y sonantes, en un país de combinaciones múltiples como éste ¡vaya si se puede!

Aquí se muere de pobre el que jamás llega

á medio. El que tiene cuatro reales, ó es un solemne estúpido ó le vemos en poco tiempo trepado á millonario.

¿Que nó?...

Buenos Aires se halla plagado de ricachos que han hecho su fortuna comprando, por que sí, Hoy adquieren un terreno por seis mil, ni eso. A los pocos meses, dias, se les presenta un señor que ofrece sesenta mil!...

Diablo!... esclama el propietario. Pues sí me prometen sesenta! ¿porque no ha de valer seiscientos?

Se cuela en la Bolsa y un especulador le brinda doscientos mil!

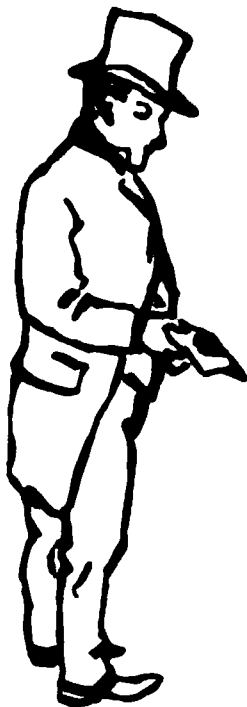
— «Que!... Ni por cuatrocientos, ni por quinientos! prorrumpe severamente; ni por seiscientos!... Son terrenos que... Vea Vd ... y se lo lleva aparteé inventa una historia cualquiera: «Allí se construirá el ferro-carril que irá á Tartagal... empalmará la línea del andino... la canalizacion es un hecho ... y además, el puerto!»...»

Resultado de cuentas: acaba por desprenderse de su propiedad mediante un millon de fuertes.

¿Fantasía? ...:

Un sugeto adquiere veinte mil metros de terreno en el Riachuelo á quince centavos por metro. Se habla de la construccion del puer-

to y le ofertan 65... aguarda un poco más y se le presenta comprador á 1.50!



Especulador en tierras

—No vendo! dice. Y le brindan cinco diez quince hasta veinte nacionales por metro. Y cádate con un hombre rico de la noche á la mañana: el sindicato del mercado de frutos.

¡Pero eso es lotería!

Sin embargo se sacan varias al cabo del día. Y no con terrenos de porvenir, con casuchones de mala muerte que hoy valen tres mil pesos, y puestos en remate público se enagenan por treinta mil. La gloria de nuestro tiempo, el génio de la especulación, consiste «en sacar partido de lo que nada sirve y dar valor á lo que nada vale.»

En otros países, un hombre se acuesta rico y amanece pobre; en Buenos Ayres un pobrete se acuesta como quiera y amanece de punta en blanco.

¡Desgraciadamente la literatura no efectúa este género de prodigios! Y realmente es lástima, por que la literatura es un gran vehículo... de las impaciencias de estómago, cuando no celestes..!

No obstante, conocemos literatos que por cien metros de terreno en la Boca del Riachuelo, y por algo ménos, quizá más de lo que se piensa, no mojarían la pluma en su vida, siempre que no fuera para descontar un pagaré. Responded ingenuamente, compañeros y amigos de la prensa bonaerense. ¿Escribiríais?...

Oh la literatura!... prosigamos con las tierras que es siempre un tema profícuo.

Los hábiles y activos, con dinero, prosperan.

Los brutos son siempre brutos y los pobres son generalmente dechados, maravillas de proyección angélica!...

Don Ramon hombre de negocios; conecedor de la plaza, de los hombres y de los asuntos «gordos», se presenta en la Bolsa al día siguiente de recibir el dinero «oliendo á plata,» los corredores se le abrieren en dos filas y realiza transacciones que al fin de mes habían triplicado su capital.

Al año vuelve á ser millonario.

—Por lo pronto hijita, nos amoldaremos á las circunstancias.... No comeremos puchero criollo, pero haremos ciertas economías...

Sofía se encogió de hombros.

Aquella estraña muger se afanaba en poetizar la vida de pobre. ¿Sería por que había libado de sobra en el cáliz de oro de los agazajos mundanales? Lo cierto era, que el bullicio de ese gran mundo que ayer la endiosaba y hoy la rehuía, para mañana calumniarla indefectiblemente, había acabado por parecerle odioso, estúpido: se sentía repleta, ahíta de placeres efímeros, y empezaba á experimentar en su atribulado corazón, el frío glacial de los sepulcros, el indiferentísimo embotado que sigue á los deleites fugaces. Quería hundirse, desaparecer de aquellos centros lujosísimos, en que la vista se pagaba de oropeles y el corazón de

zalemas jesuíticas, y donde la fantasmagoría social presentaba diariamente con colores irisados tantas y tantas inmundicias: huir, esconderse en el seno de un bosque, si posible fuera, para llorar sus penas sin testimonios irónicos que hicieran de sus lágrimas tema de dramones satíricos.

Experimentaba hacía tiempo, desde ántes, mucho ántes de los últimos sucesos de la «casa de hospedaje», como un derrumbamiento á su alrededor. Se sentía floja para luchar y sola para morir. En medio á la bulla de amigas, que no la entendían, de cortejantes soeces, de su marido mismo que no estaba en situacion de leer, de ahondar en su alma de muger superior, brindándole otros placeres, otra vida, que no aquella de fastidiosas entrevisiones de perdicion encantadora, Sofia se asfixiaba.

Quería ser pobre, porque el lujo, la paquetería de sus salones, se le aparecían como el sarcasmo más cruel dirigido á su desdicha íntima, apenas neutralizada por los recuerdos de su niñez, por el ciclo de su juventud sin gloria— sin más gloria que la banal de que un cronista de diario escribiera al dia siguiente de un zarao: «La Señora de Zamora espléndida, vestía etc.» Piropo impertinente y abusivo aplicado á cuanta matrona gorda y grande populaba en los salones del gran mundo bonaerense.

Si hubiera sido madre; si el Dios Todo Poderoso le hubiera concedido la dicha de ser madre. Ah! entonces, que felicidad comparable á la suya! Habría transformado su hogar en un santuario; habria elevado sus preces al altísimo prosternada al lado de la cuna del pedazo de su ser; habría bendecido...á la humanidad entera en la rizada cabeza de su ángel. Llorado!...indudablemente que habría llorado, pero con lágrimas santificadas al pié de la cruz del Redentor por la más sublime de las madres; habría podido hundir su cabeza, su corazon, su alma entera, hundirse ella misma, en los brazitos tiernos de su hijo que la besaría, que la acariciaría con la lealtad sobrealzada de la inocencia—cariños verdaderos, puros como el hálito de las florestas vírgenes, como el ósculo inefable de los ángeles del cielo; habría podido amar y amar con toda el ánsia de su vida, sin cuidado de sonrojarse jamás, sin temor á la maledicencia....y hasta podría haber muerto en un éxtasis de amor, obteniendo la sancion divina y humana, porque el sacrificio de una madre entenece hasta á los tigres, conmueve hasta las piedras....

Ah!...Pero Dios! aquel Dios tan bueno á quien elevava sus préces, á quien pidiera arrodillada á los pies de su lecho, el galardón de la ventura anhelada, no la oia, no queria oirla...Y

ella tendría que morir sin ser llorada, con el llanto leal, vívido, ardoroso de los hijos....

A veces hasta, llegó á idear proporcionarse una huerfanita del hospicio: un bebé á quien tuviera que tomar ama, y cuidarlo, quererlo y criarlo cual si fuera propio, ilusionarse hasta hacerle mamar sus pechos....Pero luego le asaltaba la duda de tropezar con un hijo de canalla, un vástago de gente corrompida, un pequeñuelo espúreo con las lácras y la índole de su estirpe en cada pústula....Y acababa por deshechar sus pensamientos....

Sin embargo ¡cómo envidiaba!...conque rábia secreta, veía ella, la «reina de los salones,» á la mendiga que se aproximaba á su puerta á pedir un mendrugo para su porretada de hijos!

—¡Que no le den!... esclamaba furiosa. ¡Que se mueran!...

Pero luego volvía á su estado normal. Hacía correr á la sirviente para llamar á la pobre madre, la recibía en su boudoir, y les hacía mil preguntas á los chicos.

—¿Cómo te llamas tú?....

Ramoncito... contestaba el pergenio súcio, despeinado y mocososo.

—«Ramoncito!...asi se hubiera llamado!»... Decíales luego mil pampilnas á las criaturas

todas y acababa por darles cuanto dinero tenia en su gaveta.

La medíga partía echando mil bendiciones, haciendo aspavientos tanto más ridículos cuanto que eran sinceros, y que malhumoraban soberanamente á Sofía. porque no gustaba la ostentacion charlatanesca de sentimientos profundos.

—Quizás sea una viciosa, una borracha, decía viéndola partir, algo arepentida de haber servido al diablo.

Y cuando la pobretona volvía por la renovación del donativo la hacía echar sin miramientos.

«Que se fuera, que ella no era pila de pobres»

AL RASO

«Nunca abandona la esperanza al loco
soñador de quimeras.»

Ha transcurrido un mes desde la fecha en que Tulio se ausentara para Mendoza.

Sofía descansa por la tarde, pensativa, abatida, triste, en una poltrona próxima á la ventana, observándo distraida el ir y venir de los carruajes, el paso indiferente de los traways y la agitacion bullidora de la calle que parece desbordar por las aceras llenas de transeuntes.

Reflexiona hace un largo rato con la mejilla apoyada en la mano á medio cerrar.

Medita en que tiene que comunicar una muy mala noticia, á la persona á quien mayor ventura deseara; á su buen amigo Tulio, que llega esa misma tarde de su escursion á los Andes.

Habría querido evadirse; dejar que lo supiera por otro conducto que no fuera el suyo. Ella era bien capaz de apreciar lo que tal nueva significaba.

Pero quería por otra parte, en su egoismo sentimentalista, gozarse en cierto modo, palpano los destrozos de un corazon hecho pedazos.

El tren debía llegar á las ocho y estas han pasado.

—¡Pobre Tuliol!...esclama consultando el reloj de la chimenea.

Un carruage de alquiler se ha detenido á la puerta.

—Es él, no me cabe duda! ...

Y á los pocos instantes, erguido, sonriente, con su sonrisa habitual, se presenta el jóven provinciano.

Don Ramon ha salido: Ella lo agasaja, lo mima casi como á un hermano. Tiene ganas hasta de tutearlo...

—¡Cuánto bien les ha hecho!...Ah! si pudieran retribuirle los gratos momentos que él les ha prodigado.

Sin embargo, parece que su imaginacion hu-

yera de los negocios de su marido, se antoja pue le importa poco haber salvado ó no de la ruina. Busca indudablemente la mejor manera de decir algo que la molesta, que la sofoca.

De pronto, se decide.

—Tulio...si me promete no desmayarse le voy á comunicar algo muy grave para Vd.

—Se lo prometo.....

—Me lo promete?.. Mire que es sério...

—No recuerdo haberme desmayado jamás en mi vida...Ademas vengo fuerte, rollizo....

—Pues entonces entérese de lo que dice este diario.

Tulio leyó el periódico. Empezaba asi:

«ENLACE DE LA SEÑORITA ALCIRA WAVING—Según veníase anunciando desde algun tiempo, anoche tuvo lugar el enlace de la bella Sta. Alcira Waving con el distinguido y apuesto caballero Alfredo de Almandas. Puede afirmarse que la fiesta habida con tan laudable objeto ha sido la más suntuosa de la temporada. Fueron padrinos de la boda el padre del novio y la madre de la desposada»

«Esta vestía espléndido traje blanco adornado de blondas y azahares, confeccionado por una de las principales y más afamadas modistas de Paris. Alcira estaba realmente deslumbradora de belleza. Parecía un ángel descendido

de la mansion divina para ahuyentar los dolores de la tierra.»

«La casa literalmente llena de regalos.»

«Algunos amigos del novio le han hecho un obsequio altamente significativo, y en cierto modo malicioso. Consiste en un tintero de madera tallada artísticamente, en el que se destaca un zorro apresando á una cándida paloma. Se nos ha asegurado, y nosotros tenemos poderosos motivos para creerlo, que el obsequiado no se ha mostrado resentido por ello, ántes el contrario se le ha visto sonreír satisfactoriamente: en identidad de circunstancias, nosotros hubieramos hecho lo mismo.»

«Sin embargo, encontramos defectuoso el equívoco (si lo hubo) porque un cazador nada tiene de semejante á un zorro, ni una paloma á un ángel.»

«De todas maneras deseamos á los nuevos conyugues una encantadora luna de miel, sin cuarto menguante.»

«Después de la ceremonia nupcial, se bailó hasta una hora avanzada, reinando la cordial efusion y franca cortesía que tanto distingue á los dueños de casa.»

«Los novios partieron en tren expreso á las cuatro de la mañana para el pueblo de Adrogué donde proyectan pasar las dulcísimas horas de la luna de miel.»

Tulio leyó atenta, efusivamente, palabra por palabra lo que decía el cronista. Deletreó casi con unción febril cada vocablo, y cuando hubo terminado la lectura, pálido, tembloroso pero dueño de sí mismo, entregó el diario á Sofía, sin decir palabra.

—Pobre Tulio!...lo compadezco en su aflicción íntima, exclamó Sofía suspirando.

—¡Y por qué?...

--¡Y me lo pregunta?...

—Es que la amo todavía!...

—¡A una muger casada!...¡Tulio! ¡no blasfeme que Dios lo escucha!...

—La amo!...

—Tulio!!...

—La habría amado muerta....¡figúrese Vd. si no la amaré casada!

.....

¡WHAT MIGHT HAVE BEEN!



FÉ DE ERRATAS

—

La fé de erratas queda librada al criterio del benevolente lector, el que se servirá anotar aquellas en las páginas en blanco.

ÍNDICE

Noches de Colon.
Sofía.
En la Exposicion Continental.
Escenas familiares.
El Dr. Escudero.
Una noche en el gran mundo.
Juegos infantiles y orgías de inocentes.
Fleur de minuit.
Hijo de bailarina.
Vida veraniega.
Alcira.
Fiesta hípica.
Dos paréntesis de contraversia amorosa.
Tulio Argüelles.
Horas tristes.
Tardes de palermo.
Boca del Riachuelo.
Dos alahajas.
Don Ramon Zamora.
Crac en la Bolsa de comercio.
Acciones del Banco Nacional.
Confesiones.
Hospedaje volante.
Dramas túrbios.
Un viaje á Mendoza.
Delicias del andino.
Resurreccion social.
Al raso.

—¿Y porqué no tienen hijos papá? prorrumpió Elodina.

—No vés!....repitió la señora.

—Mirá que tonta! agregó Felix; no tienen hijos porque Tata Dios no quiere ¿no es cierto papá? tú que eres médico sabes eso.

Festejóse «la salida» del chico. El padre rió incondicionalmente, aplaudiendo «la agudeza y la precocidad» del muchacho y echando á Tulio francas miradas de confidencial satisfacción. Por fin no le bastaron las miradas y abrazando al chiquilin decía:

—Y este «mandinga» que Vd vé aquí no tiene más que cinco años.

El provinciano fingió una cara de asombro tal, que dejó al padre más orondo que si le hubiera prodigado el piropo campanudo por excelencia. La señora que se había retirado, sinduda por no oír las candorosas estupideces de los chicos, se hizo evidente, en la habitación próxima, por los cariños que prodigaba á otro que indudablemente debía ser de mamadera.

—Eh?...Pilulo! clamó el padre radiante de gozo ¡que me traigan á Pilulin!....¡qué me lo traigan!

Y dirigiéndose á Tulio agregó:

—¡Eso es muchacho!....Ahora verá Vd.!

No tardó la niñera en comparecer con un berrinche de seis meses apenas.

Tulio tembló: tenía un asco invencible por los niños de pecho. Le hacían el efecto de comadreja, ó peor aun, de esos cuzcos pelados que las viejas solteronas cuidan cual generosos donativos del cielo y adoran como reliquias de santos milagrosos. Pero los padres en su prurito cariñoso, creen siempre, que el placer que despierta en sus corazones un chiquitin baboso, blando y con ojos de raton de agua, es asunto de quedarse «con la boca abierta.»

—Mire Vd que muchachon! decía el Doctor.

—Aga...go...buf, jerigoncéó el nene.

—Una monada!...¡que ojos!...esclamaba el infeliz provinciano con el estómago en pleno desorden, y muniéndose de un valor que hasta entónces él mismo no se conocía, barrumbó.—

Eh! ciudadanito!...—chuscada estúpida que ridiculizó el padre con una rotunda carcajada, y que para consolarlo sin duda del mal rato que le hiciera pasar, avergonzandolo delante de su esposa, propuso al nene que le diera «un besito.»

Tulio, de pálido se puso lívido, y á no estar la madre presente, hubiera propuesto de lleno un armisticio. La lucha se hacía superior á sus fuerzas. Resolvióse heroicamente á evitar el lance, haciendo nuevas tentativas de agasajar al mostrenco con melosidades de su repertorio, y empezó: